

KATHERINE MANSFIELD

Felicidad y otros cuentos

Traducción Natalia Orellana



SONORA

KATHERINE
MANSFIELD

Felicidad y otros cuentos

Katherine Mansfield, Felicidad y otros cuentos

© Katherine Mansfield

© de la edición digital: eBooks del Sur

© de la edición impresa: Editorial Sonora

ISBN Edición Impresa: 978-956-9274-47-3

ISBN Edición Digital: 978-956-9274-48-0

Primera edición, Octubre de 2016

Edición: Natalia Orellana

Arte de portada: Denisse Leveke

Le agradecemos que haya comprado una edición original de este libro. Al hacerlo, apoya al editor, estimulando la creatividad y permitiendo que más libros sean producidos y que estén al alcance de un público mayor.

La reproducción total o parcial de este libro queda prohibida, salvo que se cuente con la autorización por escrito de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

[FELICIDAD](#)

[LA MOSCA](#)

[LA CASA DE MUÑECAS](#)

[LA FIESTA EN EL JARDÍN](#)

[VIDA DE MA PARKER](#)

[LA MUJER DEL ALMACÉN](#)

[PRELUDIO](#)

[EL CANARIO](#)

[LA LECCIÓN DE CANTO](#)

FELICIDAD

A pesar de sus treinta años, Berta Young tenía momentos como éste de ahora, en los que hubiera deseado correr en vez de andar; deslizarse por los suelos relucientes de su casa, marcando pasos de danza; rodar un aro; tirar alguna cosa al aire para volverla a coger, o quedarse quieta y reír... simplemente por nada.

¿Qué puede hacer uno si, aún contando treinta años, al doblar la esquina de su calle le domina de repente una sensación de felicidad..., de felicidad plena..., como si de repente se hubiese tragado un trozo brillante del sol crepuscular y éste le abrasara el pecho, lanzando una lluvia de chispas por todo su cuerpo?

¿Es que no puede haber una forma de manifestarlo sin parecer «beodo o trastornado»? La civilización es una estupidez. ¿Para qué se nos ha dado un cuerpo, si hemos de mantenerlo encerrado en un estuche como si fuera algún valioso Stradivarius?

«No, la comparación con el violín no expresa exactamente lo que quiero decir —pensó mientras subía corriendo la escalera, y, después de buscar la llave en su bolso y ver que la había olvidado como de costumbre, repiqueteaba con los dedos en el buzón—. Y no lo expresa porque...».

—¡Gracias, Mary! —Entró en el vestíbulo—. ¿Ha vuelto la niñera?

—Sí, señora.

—¿Han traído la fruta?

—Sí, señora; ya está aquí.

—Haga el favor de llevarla al comedor; la arreglaré antes de vestirme.

El comedor estaba ya en penumbra y en él se sentía algo de frío; pero, a pesar de ello, Berta se quitó el abrigo: no podía soportarlo abrochado ni un momento más. El aire frío bañó sus brazos.

Pero en su pecho ardía aún aquel fuego resplandeciente que se extendía a

todos los miembros como una lluvia de chispas. Casi era insoportable. Apenas se atrevía a respirar por miedo a avivarlo más y, sin embargo, lo hacía muy hondamente. Tampoco se decidía a mirar al frío espejo..., pero miró al fin y vio en él a una mujer radiante, sonriente, de labios trémulos, con unos ojos grandes y oscuros, y en toda ella ese aire atento de quien escucha, esperando algo..., algo divino que va a pasar... y que sabe ha de ocurrir infaliblemente.

Mary trajo la fruta en una bandeja y dos grandes platos. Uno de ellos era de cristal y el otro de porcelana azul, muy bonito, con un reflejo extraño, como si lo hubiesen sumergido en un baño de leche.

—¿Doy la luz, señora?

—No, gracias; veo muy bien.

Había mandarinas como bolas de fuego, manzanas llenas de lozanía con tintes de rosa; peras amarillas tan suaves como la seda; uvas blancas con reflejos de plata y un gran racimo de uvas rojas, tan intensas que parecían moradas. Éstas las había comprado para que entonaran con la nueva alfombra del comedor. Sí, tal vez pareciera algo absurdo y rebuscado, pero no era otra la razón de haberlas elegido. En la frutería había pensado: «Tengo que llevarme un racimo de uvas rojas para que en la mesa haya algo que recuerde la alfombra». Y en aquel momento esta idea le pareció muy razonable.

Cuando hubo hecho con todas aquellas lustrosas redondeces dos pirámides, se alejó unos pasos para ver el efecto, que era realmente muy curioso. La mesa oscura se fundía en la penumbra de la habitación, y los dos platos —el azul y el de cristal cargados de fruta— parecían flotar en el aire. Esto, debido quizás a su estado de ánimo, le resultó increíblemente hermoso, y se echó a reír.

«¡No, no! Me estoy volviendo histérica», se dijo. Y cogiendo el bolso y el abrigo, subió hasta la habitación de la niña.

La niñera estaba sentada ante una mesita baja dando de cenar a la pequeña Berta después de haberla bañado. La niña vestía una bata de franela blanca y una chaquetilla de lana azul, y sus negros y finos cabellos los llevaba peinados hacia atrás terminados en un gracioso moñito. En cuanto vio a su madre, levantó la cabeza y empezó a saltar.

—No, querida, no; come quietecita como una niña buena —dijo la niñera

apretando los labios de una forma que Berta conocía ya. Aquello significaba que era uno de los momentos inoportunos para entrar al cuarto de la niña.

—¿Ha sido buena hoy, Nanny?

—Toda la tarde ha estado encantadora —contestó en voz baja—. Estuvimos en el parque y me senté en una silla. Cuando la saqué del cochecito se acercó un perro muy grande que me puso la cabeza sobre las rodillas, y la niña le agarró las orejas tirando de ellas. ¡Oh, me hubiese gustado que la señora la hubiese visto!

Berta quiso preguntarle si no le parecía peligroso dejar que la niña tirara de las orejas a un perro desconocido, pero no se atrevió y se quedó mirándolas con los brazos caídos, como una niña pobre delante de otra rica que tiene una muñeca.

Su hijita volvió a levantar la cabeza, contemplán-dola fijamente, y luego le sonrió de manera tan adorable que Berta, sin poder resistir más, dijo:

—¡Oh, Nanny, déjeme que termine de darle la cena mientras usted arregla las cosas del baño!

—Como quiera la señora; pero, mientras la niña come, no debe cambiarse la persona que le da de comer —contestó la niñera en voz baja.

¡Qué absurdo! ¿Para qué tener una niña si siempre había de estar guardada, no en una caja como un precioso y raro violín, sino en los brazos extraños de otra mujer?

—Bien, pero yo deseo darle de cenar —dijo Berta.

La niñera, muy ofendida, le entregó la niña.

—Sobre todo, le ruego a la señora que no la excite después de cenar. Ya sabe que es muy impresionable y luego para dormirla me hace pasar un mal rato.

Gracias a Dios la niñera había salido ya de la habitación con las toallas del baño.

—¡Ahora eres toda para mí, preciosa mía! —dijo Berta mientras la niña se apretaba contra ella.

Comió graciosamente, tendiendo los labios hacia la cuchara y agitando después sus manecitas. A veces no quería soltarla, y otras, en el momento que

Berta la tenía llena, hacía un además apartándola lejos de sí.

Cuando terminó la sopa, Berta se volvió hacia el fuego.

—Eres encantadora..., sencillamente encantadora —dijo mientras la besaba, sintiéndola tan tibia y suave—. ¡Te quiero tanto, tanto!

¡Claro que la quería! ¡La quería por entero! Le gustaba sentir su cuello tibio y ver los deliciosos dedos de sus pies que ahora brillaban con rojizas transparencias ante el fuego de la chimenea... Sí, la quería; la quería tanto, que aquella intensa sensación de dicha plena la dominó de nuevo, y otra vez no supo cómo expresarla, ni qué hacer con ella.

—La llaman al teléfono, señora —dijo la niñera volviendo con aire de triunfo y apoderándose de su pequeña Berta.

Bajó corriendo. Era Harry.

—¿Eres tú, Berta? Se me ha hecho tarde. Tomaré un taxi y llegaré tan pronto como pueda. Retrasa la cena unos diez minutos, ¿quieres?

—Sí, Harry; perfectamente. Oye...

—Dime.

¿Qué podía decirle? Nada, nada en absoluto. Sólo deseaba seguir en contacto con él un momento más; pero no podía gritarle absurdamente: «¡Qué días más preciosos hemos tenido!»

—¿Qué querías? —insistió la vocecita lejana.

—¡Nada! Entendí —dijo Berta, y colgó el auricular, pensando lo estúpida que es la civilización.

Tenían invitados a cenar. Los Norman Knight —una pareja muy bien avenida: él iba a abrir un nuevo teatro y a ella le interesaba la decoración de interiores—; un muchacho joven, llamado Eddie Warren, que acababa de publicar un tomito de versos y a quien todo el mundo invitaba a cenar, y Perla Fulton, un «hallazgo» de Berta. Ésta ignoraba lo que la señorita Fulton hacía. Se habían conocido en el club y Berta se entusiasmó enseguida con ella, como siempre le sucedía con una mujer guapa que tuviera algo extraño y misterioso.

Lo que más le atraía de la joven era que, a pesar de haberse visto y hablado muchas veces, aún no la comprendía. Hasta cierto punto, encontraba a la

señorita Fulton extraordinariamente franca; pero había en ella esa línea divisoria imposible de trasponer.

¿Existía algo más? Harry decía que no. Le parecía insulsa y fría como todas las rubias, y quizá con un poco de anemia cerebral. Pero Berta no estaba de acuerdo con él por el momento.

—Esa manera que tiene de sentarse ladeando un poco la cabeza y de sonreír oculta algo, Harry —le había dicho—. Tenemos que averiguar lo que es.

—Pues aseguraría que tiene un buen estómago —contestaba Harry.

Le gustaba dejar a su esposa sin respuesta con salidas de esta índole. Unas veces decía: «A mi juicio tiene el hígado helado». Otras: «Quizás padece de narcisismo». En ocasiones: «Tal vez sufre de una afección al riñón»... y cosas por el estilo. Sin embargo, por alguna razón extraña, a Berta le gustaba eso, y casi lo admiraba.

Se dirigió al salón y encendió el fuego en la chimenea. Luego cogió los cojines que Mary había arreglado con tanto esmero y volvió a disponerlos sobre los sillones y los sofás. Así ya era otra cosa. La habitación pareció de repente cobrar vida. Mientras dejaba el último almohadón, quedó sorprendida al ver que lo abrazaba fuerte y apasionadamente. Pero esto no logró extinguir el fuego que ardía en su pecho. ¡Oh, no, no; al contrario!

Las ventanas del salón se abrían a un balcón sobre el jardín. Al fondo, cerca de la tapia, un alto y esbelto peral, totalmente en flor, se erguía magnífico y sereno recortado en el cielo verde jade. Berta veía, a pesar de la distancia, que no tenía ni una flor ni un solo pétalo marchito. Más abajo, en los arriates, los tulipanes rojos y amarillos parecían apoyarse en la oscuridad. Un gato gris, arrastrando el vientre, se deslizaba a través del césped, y otro negro —como su sombra— le seguía. Al verlos tan rápidos y cautelosos, Berta sintió un extraño temblor.

—¡De qué forma más inquietante se arrastran esos animales! —balbuceó. Y, apartándose de la ventana, comenzó a pasear por el cuarto.

¡Cómo flotaba el aroma de los narcisos en el aire caliente del cuarto! ¿Olían demasiado? ¡Oh, no, no! Y, sin embargo, como si no hubiese podido resistir más el intenso perfume, se echó en un sofá apretándose los ojos con las manos.

—¡Soy feliz, demasiado feliz! —dijo con un susurro.

Aún persistía en su retina, bajo los párpados cerrados, el hermoso peral, con todas las flores completamente abiertas como el símbolo de su vida.

Realmente..., realmente..., lo tenía todo: era joven; Harry y ella se querían más que nunca, llevándose muy bien; tenían una niña adorable; no les agobiaban preocupaciones económicas; vivían en una hermosa casa, con jardín, que reunía todas las condiciones deseables, y tenían amigos, modernos e interesantes: escritores, pintores, poetas y hombres de mundo..., precisamente la clase de amistades que a ambos les gustaban. Y, para colmo de su dicha, había descubierto una modista maravillosa, el próximo verano saldrían de viaje por el extranjero, y su nueva cocinera sabía hacer unas tortillas sabrosísimas...

—¡Soy absurda, absurda! —murmuró levantándose. Pero notó que se sentía completamente aturdida, como embriagada. Sería seguramente la primavera. ¡Sí, era la primavera! Estaba tan cansada, que le costó trabajo subir a vestirse.

Se puso un vestido blanco, un collar de jade y zapatos verdes. Esta combinación no era casual. Lo había pensado tras muchas horas de haber visto el peral en flor por la ventana del salón.

Los pliegues de su vestido crujieron suavemente cuando entró en el vestíbulo y besó a la señora Knight que estaba quitándose un extravagante abrigo color naranja, adornado con una procesión de monos negros que orlaban todo el borde y subían después por las solapas.

—No hago más que preguntarme —dijo— por qué será la clase media tan obtusa y tendrá tan poco sentido del humor. Querida mía, estoy aquí por pura casualidad, y gracias a Norman, que me ha servido de protección. Mis adorables monos han revuelto el tren entero de tal manera, que todos los ojos no eran ya más que un solo par. Me comían con la mirada, sencillamente. No se reían, no; no les producía risa, cosa que al fin me hubiese gustado. Sólo me miraban muy fijos, como si quisieran atravesarme.

—Pero lo gracioso del caso... —repuso Norman calándose un gran monóculo con montura de concha—. No te importa que lo cuente, ¿verdad, Cara? —En casa y entre amigos se llamaban Cara y Careto—. Lo gracioso fue que cuando Cara estaba más enojada se volvió a la mujer que tenía a su

lado y le dijo: «¿Es que nunca ha visto usted un mono?»

—¡Oh, sí! —y su esposa unió su risa a la de los demás—. Tuvo gracia, ¿verdad?

Pero lo que resultó aún más divertido fue que, una vez quitado el famoso abrigo, la señora Knight parecía realmente un mono inteligente que se hubiese hecho un traje con tiras de papel de plátano. Y sus pendientes de ámbar eran como dos pequeñas nueces colgantes.

Sonó otra vez el timbre de la puerta. Era Eddie Warren, delgado y pálido como de costumbre y en su estado de extrema angustia.

—Es ésta la casa ¿verdad? ¿Es ésta? —preguntó.

—Sí, supongo que sí —contestó riéndose Berta.

—He pasado un rato malísimo con el chofer de un taxi: tenía un aspecto de los más siniestros y no había forma de hacerlo parar. Cuando más tocaba en el cristal para avisarle, más corría él. Bajo el claro de luna, era una figura grotesca con la cabeza achatada hundida en el volante...

Al quitarse un inmenso pañuelo de seda blanco que le envolvía el cuello se estremeció. Berta observó que sus calcetines también eran blancos. ¡Una combinación realmente encantadora!

—¡Debió ser horrible! —le dijo.

—Sí, verdaderamente lo fue —continuó Eddie siguiéndola al salón—. Yo me veía rodando hacia la eternidad en un taxi sin taxímetro.

A Norman Knight ya lo conocía, pues estaba escribiendo una obra para su teatro.

—¿Qué tal, Warren? ¿Cómo va esa comedia? —le preguntó, dejando caer el monóculo y concediendo a su ojo un momento de libertad para que pudiera dilatarse a gusto antes de volver a quedar otra vez prisionero tras el cristal.

La señora Knight también se acercó a él.

—¡Oh, señor Warren! Sus calcetines son preciosos.

—Celebro que le gusten —dijo mirándose los pies—. A la luz de la luna producen mucho mayor efecto. —Y volviendo su rostro delgado y triste hacia Berta, añadió—: Porque esta noche hay luna, ¿no lo sabía usted?

Berta sintió ganas de gritar: «¡Estoy segura de que la hay con frecuencia,

con mucha frecuencia!»

Verdaderamente, Warren era muy atractivo; pero también lo era Cara, que estaba inclinada ante el fuego, con su vestido de pieles de plátano, y Careto, que, dejando caer la ceniza de su cigarrillo, preguntaba:

—Pero, ¿dónde está el novio?

—Ahora llega.

Se oyó abrir y cerrar de golpe la puerta de la calle y Harry gritó:

—¡Un saludo a todos! ¡Estaré listo dentro de cinco minutos!

Y subió corriendo la escalera. Berta no pudo contener una sonrisa. Sabía que a Harry le gustaba hacer las cosas a gran velocidad, aunque al fin y al cabo, ¿qué importaban cinco minutos más o menos? Pero él se convencía a sí mismo de que eran importantísimos, y luego orgulloso entraba en el salón muy lento y sosegado.

Harry sabía exprimir a la vida todo su sabor y Berta lo admiraba por ello. También sentía admiración hacia él por su amor a la lucha, por dar en todo cuanto se le oponía una prueba de su fuerza y de su valor, aún cuando delante de personas que no lo conocían bien. Berta comprendía que este rasgo de su carácter lo ridiculizaba un tanto..., pues había momentos en los que se lanzaba a la lucha cuando ésta en realidad no existía. Hablando y riendo, Berta olvidó completamente que Perla Fulton no había llegado aún y no se dio cuenta de ello hasta que su marido entró en el salón exactamente como ella se había figurado.

—Estaba pensando si la señorita Fulton se habrá olvidado de nosotros...

—No me extrañaría —dijo Harry—. ¿Tiene teléfono?

—Ahora llega un taxi. —Y Berta sonrió con aquel aire de posesión que siempre adoptaba mientras sus nuevas amigas constituían para ella un misterio—. Es una mujer que vive en los taxis.

—Engordará demasiado si tiene esta costumbre —repuso Harry tranquilamente, tocando la campanita para la cena—. Y eso es un terrible peligro para las rubias.

—Harry, por favor —le suplicó Berta riendo.

Esperaron todavía un momento hablando y riéndose como si tal cosa, pero

quizá con demasiada naturalidad. Luego apareció la señorita Fulton con un vestido de tisú de plata y una cinta también de plata, sujetando sus rubios cabellos. Entró sonriendo y con la cabeza ladeada.

—¿Llego tarde? —preguntó.

—No, no, de ninguna manera —dijo Berta—. Venga. —Y, cogiéndola del brazo, la guió hasta el comedor.

¿Qué había en el contacto de su brazo frío que avivaba... que avivaba... y hacía arder aquel fuego de felicidad que Berta sentía en su interior sin saber cómo exteriorizarlo?

La señorita Fulton no advirtió nada en su rostro porque rara vez miraba a las personas cara a cara. Sus espesas pestañas le caían sobre los ojos, y una extraña sonrisa bailaba en sus labios. Parecía vivir más para escuchar que para mirar. Pero de repente Berta sintió como si se hubiera cruzado entre las dos la más íntima mirada y se hubiesen dicho la una a la otra: «¿Tú también?». Y Perla Fulton, mientras movía la sopa rojiza en el plato gris, sintió lo mismo.

¿Y los demás? Cara y Careto, al igual que Eddie y Harry, hablaban de diversas cosas mientras subían y bajaban las cucharas, se secaban los labios, desmenuzaban el pan y tocaban los tenedores y los vasos. De cosas así:

—La conocí una noche de estreno en el Alfa. Es un ser de lo más fantástico. No sólo tenía muy recortado el pelo, sino que parecía también haberse quitado trocitos de sus piernas y brazos, un pedazo de cuello, y algo de su pobre nariz.

—¿No está muy ligada con Michael Oat?

—¿El autor de *El amor con dentadura postiza*?

—Ahora quiere escribir un monólogo para mí. El argumento es un hombre que decide suicidarse. Expone primero todas las razones por las cuales debería hacerlo y a continuación las que a su juicio se lo impiden y, en el preciso momento en que después de sopesar el pro y el contra toma una determinación, cae el telón. Es una idea bastante buena.

—¿Cómo va a titularla? ¿*Digestión pesada*?

—Creo haber visto la misma idea en una pequeña revista francesa casi desconocida en Inglaterra.

No, no; ninguno compartía los sentimientos que a ella le animaban, pero todos eran encantadores...¡todos! Le gustaba tenerlos allí, sentados a su mesa, dándoles manjares exquisitos y buenos vinos. Y le alegraba tanto su presencia, que hubiese querido decirles lo simpáticos que eran, y lo decorativo que a su juicio resultaba el grupo en el que cada uno parecía servir para hacer resaltar al otro, como si fueran personajes de una comedia de Anton Chejov.

Harry estaba disfrutando con la comida. Formaba parte de su... no diremos exactamente, naturaleza, ni tampoco su actitud..., sino de su... algo... al hablar de los diversos platos y vanagloriarse de su «exagerada pasión por la carne blanca de la langosta» y «el verde de los helados de pistacho... tan verdes y fríos como los párpados de las danzarinas egipcias».

Cuando mirando a su esposa le dijo: «Berta, este soufflé es admirable», a ella le faltó poco para echarse a llorar de felicidad como una niña.

¡Oh! ¿Por qué sentía tanta ternura esta noche hacia el mundo entero? ¡Todo era bueno, todo justo! Cuanto ocurría colmaba más y más la copa rebosante de su dicha hasta hacerla desbordarse.

Y constantemente, en lo profundo de su pensamiento, tenía fija la imagen del peral. Ahora debía ser todo de plata bajo la luz de la luna a la que se refirió el pobre Eddie; plateado como la señorita Fulton, que estaba acariciando una mandarina con sus dedos largos y tan pálidos que parecían despedir una extraña y débil luz.

Lo que Berta no llegaba a comprender —y en ello estaba precisamente el milagro— era cómo había podido adivinar exactamente y en el instante preciso el pensamiento de la señorita Fulton, porque no tenía la más leve duda de que lo había adivinado y, sin embargo, ¿en qué se había fundado? En casi nada; en menos que nada.

«Supongo que esto pasa alguna vez, aunque muy raramente, entre mujeres, pero nunca entre hombres —pensó Berta—. Tal vez mientras prepare el café en el salón, la señorita Fulton hará o dirá algo que ha comprendido.»

En realidad no sabía lo que quería decir con esto. ¡Tampoco imaginaba lo que pasaría después!

Mientras pensaba de este modo se daba cuenta de que seguía hablando y riendo. Tenía que hacerlo así porque no le era posible contener su alegría.

«Tengo que reírme —se dijo—, si no, me moriría.»

Y cuando se dio cuenta de la extraña costumbre que Cara tenía de meterse la mano en el escote de su vestido, como si guardara allí una diminuta y secreta provisión de avellanas, Berta tuvo que clavarse las uñas en las manos para no estallar en una carcajada.

Por fin terminaron de cenar.

—Vengan a ver mi nueva cafetera exprés —les dijo.

—Cada quince días tenemos una nueva —comentó Harry.

Esta vez fue Cara quien la cogió del brazo. La señorita Fulton la siguió con la cabeza inclinada.

El fuego del salón convertido en ascuas brillaba como un ojo intenso y vacilante hecho «un nido de pequeños Fénix», como dijo Cara.

—No encienda todavía la luz. ¡Es tan bonito! —Y volvió a inclinarse cerca de las brasas. Siempre tenía frío. «Sin duda lo siento hoy porque no lleva su chaquetita de lana roja», pensó Berta.

Y en aquel instante la señorita Fulton hizo el signo de inteligencia esperado.

—¿Tienen ustedes jardín? —preguntó con voz tranquila y soñadora.

Pronunció estas palabras de una manera tan delicada, que Berta no pudo hacer más que obedecer. Atravesó el cuarto, y descorriendo las cortinas abrió los anchos ventanales.

—¡Aquí está! —murmuró.

Y las dos mujeres juntas contemplaron el esbelto árbol en flor. Lo vieron como la llama de una vela que se alargaba en punta, temblando en el aire tranquilo. Y mientras lo miraban les pareció que crecía más y más, casi hasta tocar el borde de la luna plateada.

¿Cuánto tiempo estuvieron así? Fue como si ambas hubieran sido aprisionadas por aquel círculo de luz sobrenatural; como si fueran dos seres de otro planeta que, perfectamente compenetrados, se preguntasen lo que estaban haciendo en este mundo, yendo como iban cargadas con aquel tesoro de felicidad que ardía en sus pechos y caía hecho de flores de plata de su cabeza y de sus manos.

¿Estuvieron así una eternidad? ¿un momento? La señorita Fulton murmuró:

—Sí, eso es —¿o soñó Berta que lo decía?

Luego alguien encendió la luz y, mientras Cara hacía el café, Harry dijo:

—Mi querida señora Knight, no me pregunte por mi hija, porque no la veo casi nunca. No quiero ocuparme de ella hasta que tenga novio—. Careto se quitó un momento el monóculo y enseguida volvió a ponérselo. Eddie Warren se tomó el café y dejó la taza con una expresión de angustia, como si al beber hubiera visto una araña.

—Lo que yo quiero es dar una oportunidad a los jóvenes —dijo Careto—. Creo que Londres está lleno de obras muy buenas, unas escritas y otras por escribir. A todos ellos quiero decirles: «Aquí hay un teatro; trabajen y adelante».

—¿No sabe usted, amigo —dijo la señora Knight—, que voy a decorar una habitación para los Jacob Narthan? Estoy tentada de llevar a la práctica una idea que tengo. Hacer una decoración a base de pescado frito: los respaldos de las sillas tendrían la forma de una sartén y en las cortinas irían bordadas unas lindas papas fritas haciendo dibujos.

—El inconveniente de nuestros jóvenes escritores —continuó Careto— es que aún son demasiado románticos. No es posible viajar por mar sin marearse y sin tener que echar mano de una palangana. Pero, ¿por qué no tienen el valor de decir que ésta se necesita?

—Un poema horrible que trataba de una niña a la que un mendigo sin nariz violaba en un bosquecillo.

La señorita Fulton se sentó en el sillón más bajo y hondo y Harry le ofreció cigarrillos.

Se puso delante de ella y presentándole la cigarrera de plata le dijo fríamente:

—¿Egipcios? ¿Turcos? ¿Virginia? Están todos mezclados.

Berta entonces comprendió que la señorita Fulton no sólo no le gustaba a Harry, sino que le molestaba. Y comprendió también, por el modo en que la señorita Fulton le contestó que no deseaba fumar, que esta antipatía la percibía y ofendía...

«¡Oh, Harry!» ¿Por qué no te agrada? Estás equivocado. Es extraordinaria, y, además, ¿cómo es posible que te sientas tan alejado de una persona que

significa tanto para mí? Cuando estemos acostados trataré de explicarte lo que ambas hemos sentido esta noche», se dijo.

Y con las últimas palabras, algo extraño y casi espantoso cruzó por la mente de Berta. Y éste algo ciego y sonriente le susurró: «Pronto se marcharán todos. Se apagarán las luces, y tú y él se quedarán solos, metidos en la cama caliente, con el dormitorio a oscuras...»

Se levantó rápidamente de la silla y corrió hacia el piano.

—¡Es una lástima que nadie sepa tocar! —dijo alto—. ¡Una verdadera lástima!

Por primera vez en su vida, Berta Young deseaba a su marido.

Antes sí, lo quería... estaba enamorada de él, pero de otras muy distintas maneras, no precisamente como ahora. Y también había comprendido que él era diferente. Lo habían discutido muchas veces. Al principio, a ella le había preocupado mucho descubrir que era tan fría; pero al cabo de algún tiempo pareció que aquello no tenía la menor importancia. Se trataban con entera confianza, eran muy buenos compañeros y, a su entender, esto era lo mejor de los matrimonios modernos.

Pero ahora lo deseaba, ¡ardientemente, ardientemente! Esta sola palabra la sentía de una forma dolorosa en su cuerpo abrasado. ¿Era esto lo que aquella sensación de felicidad significaba? Pero, ¡entonces, entonces!

—Querida mía —dijo la señora Knight—. Ya conoce usted nuestras desgracias: somos víctimas del tiempo y del tren. Vivimos en Hampstead y debemos retirarnos. Hemos pasado una agradable velada.

—Los acompañaré hasta el vestíbulo —dijo Berta—. No desearía que se marcharan aún, pero comprendo que no deben perder el último tren. ¡Es tan desagradable!, ¿verdad?

—Tome antes otro whisky, Knight —dijo Harry.

—No, gracias.

Como reconocimiento por esta palabra, Berta, al darle la mano, se la estrechó un poco más.

—¡Adiós! ¡Buenas noches! —les gritó desde la escalera, notando que su viejo ser se despedía de ellos para siempre. Cuando volvió al salón, los demás se disponían también a marcharse.

—Usted podrá ir parte de su trayecto en mi taxi —dijo la señorita Fulton a Warren.

—Me alegra mucho. Así no tendré que hacer solo otro viaje después de la horrible aventura de esta tarde.

—Encontrarán una parada al final de la calle. Sólo tendrán que andar unos metros.

—¡Qué cómodo! Voy a ponerme el abrigo.

La señorita Fulton se dirigió hacia el vestíbulo. Berta iba a seguirla cuando Harry se adelantó:

—Yo la acompañaré —dijo.

Berta comprendió que su esposo se arrepentía de la poca amabilidad anterior... y dejó que fuera él. ¡Era a veces tan niño en su comportamiento... tan impulsivo... tan sencillo!

Y Berta se quedó con Eddie junto al fuego.

—¿Ha leído el nuevo poema de Bilk Table d'Hote? —le preguntó Eddie lentamente—. ¡Es magnífico! Está en la última antología. ¿Tiene usted el volumen? Me gustaría poderse lo enseñar. Empieza con un verso increíblemente maravilloso: «¿Por qué darán siempre sopa de tomate?»

—Sí —dijo Berta. Y se dirigió silenciosamente a una mesita que estaba al lado de la puerta, seguida de Eddie. Tomó el librito y se lo dio, sin que ni él ni ella hubiesen hecho el más leve ruido.

Mientras Eddie buscaba la página correspondiente, Berta volvió la cabeza hacia el vestíbulo y vio a Harry con el abrigo de la señorita Fulton en las manos y a ésta de espaldas a él con la cabeza ladeada. Harry arrojó de pronto el abrigo, la cogió por los hombros y la hizo volverse violentamente. Sus labios dijeron:

—Te adoro.

La señorita Fulton le puso sus manos con aquellos dedos como rayos de luna en el rostro y le sonrió con su sonrisa de perezosa. Harry entonces se estremeció y sus labios dibujaron una terrible mueca mientras decían en voz baja:

—¿Mañana?

Y la señorita Fulton, bajando los párpados, contestó:

—Sí.

—¡Aquí está! —exclamó Eddie—. «¿Por qué darán siempre sopa de tomate?». Es completamente cierto. ¿No le parece? La sopa de tomate es desesperadamente eterna.

—Si lo desea —dijo Harry en el vestíbulo— puedo pedirle un taxi por teléfono.

—No es necesario —contestó la señorita Fulton. Y acercándose a Berta le tendió sus dedos levísimos—. Adiós, y mil gracias.

—Adiós —dijo Berta.

La señorita Fulton le estrechó un poco más la mano.

—¡Su hermoso peral...! —murmuró.

Y se fue. Eddie la siguió, como el gato negro había seguido al gato gris.

—Bueno, cerremos la tienda —dijo Harry extraordinariamente frío y sereno.

«¡Su hermoso peral...! ¡Su hermoso peral...!»

Berta corrió hacia la ventana.

—¿Qué va a pasar ahora? —gritó.

Y el peral alto y esbelto, cargado de flores, seguía inmóvil como la llama de una vela que alargándose estuviera casi a punto de tocar el borde plateado de la luna.

LA MOSCA

—Pues sí que está usted cómodo aquí —dijo el viejo señor Woodifield con su voz de flauta. Miraba desde el fondo del gran butacón de cuero verde, junto a la mesa de su amigo el jefe, como lo haría un bebé desde su cochecito. Su conversación había terminado; ya era hora de marchar. Pero no quería irse. Desde que se había retirado, desde su... apoplejía, la mujer y las chicas lo tenían encerrado en casa todos los días de la semana excepto los martes. El martes lo vestían y lo cepillaban, y lo dejaban volver a la ciudad a pasar el día. Aunque, la verdad, la mujer y las hijas no podían imaginarse qué hacía allí. Suponían que incordiar a los amigos... Bueno, es posible. Sin embargo, nos aferramos a nuestros últimos placeres como se aferra el árbol a sus últimas hojas. De manera que ahí estaba el viejo Woodifield, fumándose un puro y observando casi con avidez al jefe, que se arrellanaba en su sillón, corpulento, rosado, cinco años mayor que él y todavía en plena forma, todavía llevando el timón. Daba gusto verlo.

Con melancolía, con admiración, la vieja voz añadió:

—Se está cómodo aquí, ¡palabra que sí!

—Sí, es bastante cómodo —asintió el jefe mientras pasaba las hojas del *Financial Times* con un abrecartas. De hecho estaba orgulloso de su despacho; le gustaba que se lo admiraran, sobre todo si el admirador era el viejo Woodifield. Le infundía un sentimiento de satisfacción sólida y profunda estar plantado ahí en medio, bien a la vista de aquella figura frágil, de aquel anciano envuelto en una bufanda.

—Lo he renovado hace poco —explicó, como lo había explicado durante las últimas, ¿cuántas?, semanas—. Alfombra nueva —y señaló la alfombra de un rojo vivo con un dibujo de grandes aros blancos—. Muebles nuevos —y apuntaba con la cabeza hacia la sólida estantería y la mesa con patas como de caramelo retorcido—. ¡Calefacción eléctrica! —con ademanes casi eufóricos indicó las cinco salchichas transparentes y anacaradas que tan suavemente refulgían en la placa inclinada de cobre.

Pero no señaló al viejo Woodifield la fotografía que había sobre la mesa. Era el retrato de un muchacho serio, vestido de uniforme, que estaba de pie en uno de esos parques espectrales de estudio fotográfico, con un fondo de nubarrones tormentosos. No era nueva. Estaba ahí desde hacía más de seis años.

—Había algo que quería decirle —dijo el viejo Woodifield, y los ojos se le nublaron al recordar—. ¿Qué era? Lo tenía en la cabeza cuando salí de casa esta mañana. —Las manos le empezaron a temblar y unas manchas rojizas aparecieron por encima de su barba.

Pobre hombre, está en las últimas, pensó el jefe. Y sintiéndose bondadoso, le guiñó el ojo al viejo y dijo bromeando:

—Ya sé. Tengo aquí unas gotas de algo que le sentará bien antes de salir otra vez al frío. Es una maravilla. No le haría daño ni a un niño.

Extrajo una llave de la cadena de su reloj, abrió un armario en la parte baja de su escritorio y sacó una botella oscura y rechoncha.

—Ésta es la medicina —exclamó—. Y el hombre de quien la adquirí me dijo en el más estricto secreto que procedía directamente de las bodegas del castillo de Windsor.

Al viejo Woodifield se le abrió la boca cuando lo vio. Su cara no hubiese expresado mayor asombro si el jefe hubiera sacado un conejo.

—¿Es whisky, no? —dijo débilmente.

El jefe giró la botella y cariñosamente le enseñó la etiqueta. En efecto, era whisky.

—Sabe —dijo el viejo, mirando al jefe con admiración— en casa no me dejan ni tocarlo. —Y parecía que iba a echarse a llorar.

—Ah, ahí es donde nosotros sabemos un poco más que las señoras —dijo el jefe, doblándose como un junco sobre la mesa para alcanzar dos vasos que estaban junto a la botella del agua, y sirviendo un generoso dedo en cada uno—. Bébaselo, le sentará bien. Y no le ponga agua. Sería un sacrilegio estropear algo así. ¡Ah! —Se tomó el suyo de un trago; luego se sacó el pañuelo, se secó apresuradamente los bigotes y le hizo un guiño al viejo Woodifield, que aún saboreaba el suyo.

El viejo tragó, permaneció silencioso un momento, y luego dijo débilmente:

—¡Qué fuerte!

Pero lo reconfortó; subió poco a poco hasta su entumecido cerebro... y recordó.

—Eso era —dijo, levantándose con esfuerzo de la butaca—. Supuse que le gustaría saberlo. Las chicas estuvieron en Bélgica la semana pasada para ver la tumba del pobre Reggie, y dio la casualidad que pasaron por delante de la de su chico. Por lo visto quedan bastante cerca la una de la otra.

El viejo Woodifield hizo una pausa, pero el jefe no contestó. Sólo un ligero temblor en el párpado demostró que estaba escuchando.

—Las chicas estaban encantadas de lo bien cuidado que está todo aquello —dijo la vieja voz—. Lo tienen muy bonito. No estaría mejor si estuvieran en casa. ¿Usted no ha estado nunca, verdad?

—¡No, no! —Por varias razones el jefe no había ido.

—Hay kilómetros enteros de tumbas —dijo con voz trémula el viejo Woodifield— y todo está tan bien cuidado que parece un jardín. Todas las tumbas tienen flores. Y los caminos son muy anchos. —Por su voz se notaba cuánto le gustaban los caminos anchos.

Hubo otro silencio. Luego el anciano se animó sobremanera.

—¿Sabe usted lo que les hicieron pagar a las chicas en el hotel por un bote de confitura? —dijo—. ¡Diez francos! A eso yo le llamo un robo. Dice Gertrude que era un bote pequeño, no más grande que una moneda de media corona. No había tomado más que una cucharada y le cobraron diez francos. Gertrude se llevó el bote para darles una lección. Hizo bien; eso es querer hacer negocio con nuestros sentimientos. Piensan que porque hemos ido allí a echar una ojeada estamos dispuestos a pagar cualquier precio por las cosas. Eso es. —Y se volvió, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Tiene razón, tiene razón! —dijo el jefe. aunque en realidad no tenía idea de sobre qué tenía razón. Dio la vuelta a su escritorio y siguiendo los pasos lentos del viejo lo acompañó hasta la puerta y se despidió de él. Woodifield se había marchado.

Durante un largo momento el jefe permaneció allí, con la mirada perdida, mientras el ordenanza de pelo canoso, que lo estaba observando, entraba y salía de su garita como un perro que espera que lo saquen a pasear.

De pronto:

—No veré a nadie durante media hora, Macey —dijo el jefe—. ¿Ha entendido? A nadie en absoluto.

—Bien, señor.

La puerta se cerró, los pasos pesados y firmes volvieron a cruzar la alfombra chillona, el fornido cuerpo se dejó caer en el sillón de muelles y echándose hacia delante, el jefe se cubrió la cara con las manos. Quería, se había propuesto, había dispuesto que iba a llorar...

Le había causado una tremenda conmoción el comentario del viejo Woodifield sobre la sepultura del muchacho. Fue exactamente como si la tierra se hubiera abierto y lo hubiera visto allí tumbado, con las chicas de Woodifield mirándolo. Porque era extraño. Aunque habían pasado más de seis años, el jefe nunca había pensado en el muchacho excepto como un cuerpo que yacía sin cambio, sin mancha, uniformado, dormido para siempre. «¡Mi hijo!», gimió el jefe. Pero las lágrimas todavía no acudían. Antes, durante los primeros meses, incluso durante los primeros años después de su muerte, bastaba con pronunciar esas palabras para que lo invadiera una pena inmensa que sólo un violento episodio de llanto podía aliviar. El paso del tiempo, había afirmado entonces, y así lo había asegurado a todo el mundo, nunca cambiaría nada. Puede que otros hombres se recuperaran, puede que otros lograran aceptar su pérdida, pero él no. ¿Cómo iba a ser posible? Su muchacho era hijo único. Desde su nacimiento el jefe se había dedicado a levantar este negocio para él; no tenía sentido alguno si no era para el muchacho. La vida misma había llegado a no tener ningún otro sentido. ¿Cómo diablos hubiera podido trabajar como un esclavo, sacrificarse y seguir adelante durante todos aquellos años sin tener siempre presente la promesa de ver a su hijo ocupando su sillón y continuando donde él había abandonado?

Y esa promesa había estado tan cerca de cumplirse. El chico había estado en la oficina aprendiendo el oficio durante un año antes de la guerra. Cada mañana habían salido de casa juntos; habían regresado en el mismo tren. ¡Y qué felicitaciones había recibido por ser su padre! No era de extrañar; se desenvolvía maravillosamente. En cuanto a su popularidad con el personal, todos los empleados, hasta el viejo Macey, no se cansaban de alabarlo. Y no era en absoluto un mimado. No, él siempre con su carácter despierto y

natural, con la palabra adecuada para cada persona, con aquel aire juvenil y su costumbre de decir: «¡Sencillamente espléndido!».

Pero todo eso había terminado, como si nunca hubiera existido. Había llegado el día en que Macey le había entregado el telegrama con el que todo su mundo se había venido abajo. «Sentimos profundamente informarle que...» Y había abandonado la oficina destrozado, con su vida en ruinas.

Hacía seis años, seis años... ¡Qué rápido pasaba el tiempo! Parecía que había sido ayer. El jefe retiró las manos de la cara; se sentía confuso. Algo parecía que no funcionaba. No estaba sintiéndose como quería sentirse. Decidió levantarse y mirar la foto del chico. Pero no era una de sus fotografías favoritas; la expresión no era natural. Era fría, casi severa. El chico nunca había sido así.

En aquel momento el jefe se dio cuenta de que una mosca se había caído en el gran tintero y estaba intentando infructuosamente, pero con desesperación, salir de él. ¡Socorro, socorro!, decían aquellas patas mientras forcejeaban. Pero los lados del tintero estaban mojados y resbaladizos; volvió a caerse y empezó a nadar. El jefe tomó una pluma, extrajo la mosca de la tinta y la depositó con una sacudida en un pedazo de papel secante. Durante una fracción de segundo se quedó quieta sobre la mancha oscura que rezumaba a su alrededor. Después las patas delanteras se agitaron, se afianzaron y, levantando su cuerpecillo empapado, empezó la inmensa tarea de limpiarse la tinta de las alas. Por encima y por debajo, por encima y por debajo pasaba la pata por el ala, como lo hace la piedra de afilar por la guadaña. Luego hubo una pausa mientras la mosca, aparentemente de puntillas, intentaba abrir primero un ala y luego la otra. Por fin lo consiguió, se sentó y empezó, como un diminuto gato, a limpiarse la cara. Ahora uno podía imaginarse que las patitas delanteras se restregaban con facilidad, alegremente. El horrible peligro había pasado; había escapado; estaba preparada de nuevo para la vida.

Pero justo entonces el jefe tuvo una idea. Hundió otra vez la pluma en el tintero, apoyó su gruesa muñeca en el secante y mientras la mosca probaba sus alas, una enorme gota cayó sobre ella. ¿Cómo reaccionaría? ¡Buena pregunta! La pobre criatura parecía estar absolutamente acobardada, paralizada, temiendo moverse por lo que pudiera acontecer después. Pero entonces, como dolorida, se arrastró hacia delante. Las patas delanteras se agitaron, se afianzaron y, esta vez más lentamente, reanudó la tarea desde el

principio.

Es un diablillo valiente —pensó el jefe— y sintió verdadera admiración por el coraje de la mosca. Así era como se debían de acometer los asuntos; ésa era la actitud. Nunca te dejes vencer; sólo era cuestión de... Pero una vez más la mosca había terminado su laboriosa tarea y al jefe casi le faltó tiempo para recargar la pluma, y descargar otra vez la gota oscura de lleno sobre el recién aseado cuerpo. ¿Qué pasaría esta vez? Siguió un doloroso instante de incertidumbre. Pero ¡atención!, las patitas delanteras volvían a moverse; el jefe sintió una oleada de alivio. Se inclinó sobre la mosca y le dijo con ternura: «Ah, astuta cabroncita». Incluso se le ocurrió la brillante idea de soplar sobre ella para ayudarla en el proceso de secado. Pero a pesar de todo, ahora había algo de tímido y débil en sus esfuerzos, y el jefe decidió que ésta tendría que ser la última vez, mientras hundía la pluma hasta lo más profundo del tintero.

Lo fue. La última gota cayó en el empapado secante y la extenuada mosca quedó tendida en ella y no se movió. Las patas traseras estaban pegadas al cuerpo; las delanteras no se veían.

—Vamos —dijo el jefe—. ¡Espabila! —Y la removió con la pluma, pero en vano. No pasó nada, ni pasaría. La mosca estaba muerta.

El jefe levantó el cadáver con la punta del abrecartas y lo arrojó a la papelera. Pero lo invadió un sentimiento de desdicha tan agobiante que verdaderamente se asustó. Se inclinó hacia delante y tocó el timbre para llamar a Macey.

—Tráigame un secante limpio —dijo con severidad— y dese prisa. —Y mientras el viejo perro se alejaba con un paso silencioso, empezó a preguntarse en qué había estado pensando antes. ¿Qué era? Era... Sacó el pañuelo y se lo pasó por delante del cuello de la camisa. Aunque le fuera la vida en ello no se podía acordar.

LA CASA DE MUÑECAS

Cuando la buena Sra. Hay volvió a la ciudad luego de su estancia en casa de los Burnell, les mandó a las niñas una casa de muñecas. Era tan grande que el cochero y Pat la llevaron al patio, y la dejaron ahí, apoyada en dos cajones de madera junto a la puerta de la despensa. Nada malo podía pasarle, era verano. Y quizás se le habría ido el olor a pintura cuando hubiera que entrarla. Porque, realmente, el olor a pintura de esa casa de muñecas («¡Pero qué agradable la Sra. Hay, por supuesto! ¡tan dulce y generosa!») —el olor a pintura era suficiente para enfermar a cualquiera, según la Tía Beryl. Aún antes que la desarrollaran. Y cuando lo hicieron...

Ahí estaba la casa de muñecas, de un verde espinaca oscuro y oleoso, realzado con amarillo brillante. Sus dos sólidas y pequeñas chimeneas, pegadas al techo, estaban pintadas de rojo y blanco, y la puerta, por el brillo amarillento del barniz, parecía un trozo de caramelo. Tenía cuatro ventanas, ventanas de verdad, con vidrios divididos por gruesas rayas verdes. Y hasta tenía un pequeño porche pintado de amarillo, con grandes grumos de pintura coagulada colgando de los bordes.

¡Es perfecta, perfecta esta casita! ¿A quién podría importarle el olor? ¡El olor a nuevo es parte del encanto!

—¡Que alguien la abra rápido!

El gancho en el costado estaba hundido. Pat lo forzó haciendo palanca con su cortaplumas, y todo el frente de la casa se balanceó hacia atrás, y... ¡allí estaba!, pudimos verlo todo de una vez: la sala, el comedor, la cocina y dos dormitorios. ¡Este es el modo de abrir una casa! ¿Cómo es que no se abren así todas las casas? ¡Cuánto más emocionante que espiar a través de la rendija de una puerta un pequeño recibidor, en el que sólo hay un perchero y dos paraguas! Esto es lo que uno ansía saber sobre una casa cuando pone su mano en el llamador. Quizás es así como Dios abre las casas en medio de la noche mientras da un paseo silencioso con un ángel...

—¡Oh! ¡Oh! —Las niñas Burnell parecían enloquecidas. Era demasiado maravilloso; era demasiado para ellas. Nunca en su vida habían visto algo así. Todos los cuartos estaban empapelados. Sobre las paredes había cuadros pintados sobre el papel, con marcos dorados y todo. Todos los pisos, excepto el de la cocina, alfombrados de rojo; sillas de felpa carmesí en la sala, verde en el comedor; mesas, camas con sábanas y mantas de verdad, una cuna, una cocina, un aparador con muchos platos pequeños y una jarra grande. Pero lo que a Kezia le gustaba más que nada, lo que le gustaba con locura, era la lámpara. Estaba colocada en el medio de la mesa del comedor, una pequeña y exquisita lámpara de ámbar con un globo blanco. Estaba llena y lista para ser encendida, aunque —claro— no se la podía encender. Pero había algo adentro que parecía aceite y se movía al agitarlo.

El papá y la mamá muñecos, despatarrados y muy rígidos como si se hubieran desmayado en la sala, y sus dos pequeños hijos dormidos en el primer piso, eran demasiado grandes para la casa, como si estuvieran fuera de lugar. Pero la lámpara era perfecta. Parecía sonreírle a Kezia, decirle, «Yo vivo aquí.» La lámpara era de verdad.

A la mañana siguiente, a las niñas Burnell les parecía que no iban a llegar nunca a la escuela. Ardían por contarle a todo el mundo, por describir, bueno... por alardear de su casa de muñecas antes que tocaran la campana.

—Yo cuento —dijo Isabel— porque soy la mayor. Ustedes dos pueden sumarse después. Pero yo cuento primero.

No había réplica posible. Isabel era mandona, pero siempre tenía razón, y Lottie y Kezia tenían bien claro el poder que le confería ser la mayor. Caminaron sin hablar por el costado del camino, rozando las margaritas silvestres.

—Y a mí me corresponde elegir quién vendrá a verla primero. Mamá me dio permiso.

Se había convenido que mientras la casa de muñecas estuviera en el patio, ellas podrían invitar a las chicas de la escuela, de dos en dos, a mirarla. No para el té, por supuesto, ni para revolotear por la casa. Sólo para pararse quietas en el patio mientras Isabel señalaba las maravillas, y Lottie y Kezia se mostraban encantadas...

Pero aunque se apuraron mucho, cuando llegaron a la cerca alquitranada del

campo de juego de los varones, había comenzado ya el ruido discordante de la campana. Apenas tuvieron tiempo de sacarse el sombrero y ponerse en la fila antes que tomaran lista. No importa. Isabel trató de conformarse dándose aires de importancia y cuchicheando misteriosa con las chicas que tenía cerca: —Tengo algo que contarles en el recreo.

Llegó el recreo y todas rodearon a Isabel. Las chicas de su clase se peleaban por abrazarla, por caminar a su lado, por llenarla de halagos, por ser su mejor amiga. Tenía toda una corte bajo los pinos, junto al campo de juego. Codeándose y riéndose tontamente, las pequeñas se apiñaban cerca de ella. Las únicas dos que se quedaron fuera del grupo eran las que siempre estaban afuera, las pequeñas Kelvey. Sabían que era mejor no acercarse a las Burnell.

Lo cierto era que la escuela a la que concurrían las Burnell no era la clase de lugar que sus padres hubieran elegido, de haber opción, pero no la había. Era la única escuela en millas a la redonda. En consecuencia, era inevitable que todas las chicas del vecindario, las niñas del juez, las hijas del doctor, las del tendero, las del lechero, estuvieran todas mezcladas. Sin mencionar un igual número de muchachitos groseros y revoltosos. Pero la línea debía trazarse en alguna parte. Se trazó en las Kelvey. Muchas de las chicas, incluyendo a las Burnell, tenían prohibido hablarles. Pasaban al lado de las Kelvey con sus cabezas en alto, y como eran ellas quienes dictaban la ley en asuntos de modales, las Kelvey eran evitadas por todas. Hasta la maestra les hablaba con una voz especial, y les daba a las otras una sonrisa especial cuando Lil Kelvey se acercaba a su escritorio con un ramo de flores espantosamente vulgares.

Eran las hijas de una mujercita enérgica y muy trabajadora, que iba de casa en casa todo el día lavando ropa. Esto ya era suficientemente atroz. ¿Pero dónde estaba el Sr. Kelvey? Nadie estaba seguro, pero todos decían que estaba en prisión. Así que eran las hijas de una lavandera y un presidiario. ¡Linda compañía para las otras niñas! Y su aspecto no las ayudaba en nada. No se entendía por qué la Sra. Kelvey les ponía esa ropa tan llamativa. Lo cierto es que andaban vestidas con retazos que le daban sus patrones. Por ejemplo Lil, que era grandota y feúcha, muy pecosa, venía a la escuela con un vestido hecho de un mantel verde estampado de los Burnell, con mangas de felpa roja de una cortina de los Logan. El sombrero le bailaba arriba de la cabeza; era un sombrero de señora mayor, que había sido de Miss Lecky, la

dependiente del correo. Se doblaba en la parte de atrás y tenía como adorno una gran pluma color escarlata. ¡Qué mamarracho! Imposible no reírse. Y su hermanita menor, nuestra Else, usaba un vestido blanco largo, algo así como un camisón, y un par de botines de varón. Pero usara lo que usara nuestra Else, igual se vería extraña. Era una niña esmirriada, con el pelo cortito y los ojos enormes y solemnes, como una pequeña lechuga blanca. Nunca nadie la había visto sonreír; casi no hablaba. Iba por la vida agarrándose de Lil, apretujando en su mano un pedazo de la pollera de su hermana. Adonde iba Lil, nuestra Else la seguía. En el campo de juegos, en el camino a la escuela, allí iba Lil marchando adelante y nuestra Else aferrándose a ella por detrás. Sólo cuando quería algo, o cuando estaba exhausta, nuestra Else le daba un tirón, una sacudida, y Lil paraba y se daba vuelta a mirarla. Las Kelvey siempre se entendían.

Ahora estaban revoloteando, en el borde; no se podía evitar que escucharan. Cuando las niñas se daban vuelta y sonreían burlonas, Lil, como siempre, les entregaba su tonta sonrisa avergonzada. Nuestra Else sólo miraba.

Y la voz de Isabel, tan orgullosa, seguía contando. La alfombra hizo sensación, como las camas con mantas de verdad, y la cocina con horno.

Cuando terminó, Kezia intervino: —Isabel, te olvidaste de la lámpara.

—¡Ah sí! —dijo Isabel— sobre la mesa del comedor, hay una lamparita en miniatura de vidrio amarillo, con un globo blanco. Igual a una auténtica.

—¡La lamparita es lo mejor de todo! —gritó Kezia. Ella pensó que Isabel no le daba ni la mitad de la importancia que tenía. Pero nadie le prestó atención. Isabel estaba eligiendo a las dos que volverían con ella esa tarde para ver la casa de muñecas. Eligió a Emmie Cole y a Lena Logan. Pero cuando las demás supieron que todas tendrían la ocasión de verla, se deshicieron en atenciones con Isabel. Una por una la tomaban de la cintura y caminaban con ella. Todas tenían algo que contarle, un secreto. «Isabel es mi amiga.»

Sólo las Kelvey se alejaron olvidadas; no tenían nada más que escuchar.

Los días pasaron, y cuantas más chicas vieron la casa de muñecas, su fama se extendió. Se transformó en el tema del día, el furor del momento. La pregunta clave era: «¿Viste la casa de muñecas de las Burnell? ¿No es preciosa? ¿No la viste? ¡Qué pena!»

Incluso la hora del almuerzo se destinaba a hablar de la casa. Las chicas se

sentaban bajo los pinos a comer sus sandwiches de carnero y grandes trozos de torta untados con manteca. Y siempre, tan cerca como las dejaran, se sentaban las Kelvey, nuestra Else aferrada a Lil, intentando escuchar, mientras masticaban los sandwiches de mermelada que sacaban de un papel de diario embadurnado de rojo.

—Mamá —dijo Kezia— ¿no puedo invitar a las Kelvey aunque sea una vez?

—Por supuesto que no, Kezia.

—¿Pero por qué?

—Vamos, Kezia; sabes muy bien por qué.

Al final todas la habían visto menos ellas. Ese día el interés languideció. Era la hora del almuerzo. Las chicas estaban todas juntas bajo los pinos, y de pronto, cuando vieron a las Kelvey comiendo de su papel, siempre solas, siempre intentando escuchar, les dieron ganas de molestarlas. Emmie Cole empezó el cuchicheo: «Lil Kelvey va a ser sirvienta cuando crezca.»

—¡Oh, qué horror! —dijo Isabel Burnell, y le guiñó un ojo a Emmie.

Emmie se contuvo y asintió con la cabeza a Isabel, como había visto a su madre hacer en esas ocasiones.

—Es verdad, es verdad, es verdad —repitió.

Los ojitos de Lena Logan chispearon. —¿Le pregunto? —murmuró.

—Apuesto a que no —dijo Jessie May.

—Bah, no tengo miedo —dijo Lena. De pronto lanzó un chillido mientras bailaba frente a las otras. —¡Miren! ¡Mírenme! ¡Ahora van a ver! —gritó Lena. Y deslizándose, escurriéndose, arrastrando un pie, riéndose burlona, Lena llegó hasta las Kelvey.

Lil levantó la vista de su comida. Envolvió rápido los restos. Nuestra Else dejó de masticar. ¿Y ahora qué iba a pasar?

—¿Es verdad que vas a ser sirvienta cuando seas grande, Lil Kelvey? —le gritó Lena.

Silencio de muerte. Pero en lugar de contestar, Lil le sonrió con su tonta sonrisa avergonzada. La pregunta no parecía importarle en absoluto. ¡Qué bochorno para Lena! Las demás chicas se reían entre dientes.

Lena no lo pudo soportar. Puso sus manos en jarra y sacó pecho. —¡Tu padre está preso! —le chistó desdeñosa.

Era tan maravilloso haber dicho esto, que las niñas se alejaron rápido todas juntas, excitadísimas, muertas de alegría. Alguien encontró una soga larga, y empezaron a saltar. Nunca habían saltado tan alto, entrado y salido tan rápido, hecho cosas tan osadas como esa mañana.

Por la tarde Pat fue a buscar a las niñas Burnell con el coche y las llevó de vuelta a casa. Había visitas. Isabel y Lottie, a quienes les encantaban las visitas, fueron arriba a cambiarse los delantales. Pero Kezia se escabulló hacia el fondo. No había nadie; empezó a balancearse sobre los portones blancos del patio. De pronto, mirando a lo lejos el camino, vio dos pequeñas manchas. Se fueron agrandando, venían hacia ella. Ya podía ver que una iba adelante y la otra pegada atrás. Ahora pudo ver que eran las Kelvey. Kezia dejó de balancearse. Se bajó del portón como si fuera a salir corriendo. Luego dudó. Las Kelvey se acercaban, y junto a ellas caminaban sus sombras, muy largas, estirándose a través del camino con sus cabezas en las margaritas silvestres. Kezia se volvió a trepar al portón; había tomado una decisión; se bajó.

—Hola —les dijo a las Kelvey.

Estaban tan sorprendidas que se detuvieron. Lil sonrió tontamente. Nuestra Else abrió grandes los ojos.

—Pueden venir a ver nuestra casa de muñecas si quieren —dijo Kezia, y arrastró la punta del pie por el suelo.

Lil se puso colorada y negó bruscamente con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Kezia.

Lil tomó aliento y le contestó: —Tu mamá le dijo a la nuestra que no debes hablarnos.

—Bueno —dijo Kezia. No sabía qué responder—. No importa. Pueden venir de todos modos y ver nuestra casa de muñecas. Vamos. Nadie nos mira.

Pero Lil negó con su cabeza aún más fuerte.

—¿No quieren? —preguntó Kezia.

De pronto, hubo una sacudida, un tirón en la pollera de Lil. Ella se dio vuelta. Nuestra Else la estaba mirando con grandes ojos implorantes; tenía el

ceño fruncido; quería ir. Por un momento Lil la miró llena de dudas. Pero entonces nuestra Else tiró de su pollera una vez más. Entonces comenzó a andar. Kezia las condujo. Como dos gatitos perdidos la siguieron a través del patio hasta donde estaba la casa de muñecas.

—Ahí está —dijo Kezia.

Hubo una pausa. Lil suspiró ruidosamente, casi resopló; nuestra Else estaba inmóvil como una roca.

—Ahora se las abro —dijo Kezia amablemente. Soltó el gancho y ellas miraron adentro.

—Allí están la sala y el comedor, y esa es la...

—¡Kezia!

¡Ay, cómo se sobresaltaron!

—¡Kezia!

Era la voz de la tía Beryl. Se dieron vuelta. En la puerta de atrás estaba la tía Beryl, clavándoles los ojos como si no pudiera creer lo que veía.

—¿Cómo te atreves a hacer pasar a las Kelvey al patio? —increpó su voz furiosa y fría—. Sabes tan bien como yo, que te está prohibido hablarles. Vamos, chicas, váyanse de una vez. Y no vuelvan. dijo la tía Beryl. Y bajó al patio y las espantó como si fueran pollos.

—¡Se van inmediatamente! —gritó, orgullosa y gélida.

No necesitaron que se los repitiera. Ardiendo de vergüenza, encogiéndose de miedo, Lil agazapada como su madre, nuestra Else aturdida, cruzaron el patio como pudieron y se escabulleron a través del portón apenas abierto.

—¡Qué niña mala y desobediente! —dijo la tía Beryl disgustada, y cerró de un golpe la casa de muñecas.

La tarde había sido horrenda. Había llegado una carta de Willie Brent, una carta atterradoramente amenazante, en la que le decía que si no se encontraba con él esa noche en los matorrales de Pulman, vendría a la puerta de entrada de su casa ¡a pedirle explicaciones! Pero ahora que había asustado a esas ratitas Kelvey y dado un escarmiento a Kezia, su corazón estaba más liviano. Aquella presión fantasmal había cesado. Volvió a la sala tarareando.

Cuando las Kelvey estuvieron bien lejos de la casa de las Burnell, se

sentaron a descansar sobre un enorme caño rojo al costado del camino. Las mejillas de Lil todavía ardían; se sacó el sombrero y lo apoyó en sus rodillas. Como en una ensoñación, miraron largamente los corrales, atravesando la ensenada, hasta la valla de juncos donde las vacas de Logan esperaban el ordeño. ¿Qué pensaban?

De pronto nuestra Else codeó suavemente a su hermana. Ya se había olvidado de la señora enojada. Acarició con su dedito la pluma del sombrero de su hermana y le dio una de sus poco frecuentes sonrisas.

—Yo vi la lamparita —dijo suavemente.

LA FIESTA EN EL JARDÍN

Y, después de todo, el tiempo era ideal. Si lo hubieran hecho de encargo no habría resultado un día más perfecto para la fiesta en el jardín. Sin viento, cálido, el cielo sin una nube. Como ocurre a veces al principio del verano, una neblina de oro pálido velaba, apenas, el azul. El jardinero estaba en pie desde el alba, segando el prado y barriéndolo, hasta que el césped y los rosetones chatos y oscuros donde habían estado las margaritas parecieron brillar. En cuanto a las rosas, no se podía negar que habían comprendido que las rosas son las únicas flores que impresionan a la gente en una fiesta en el jardín, las únicas flores que a todos interesan. Cientos, sí, literalmente cientos habían abierto en la noche; las zarzas verdes estaban inclinadas como si los arcángeles las hubieran visitado.

No había concluido el almuerzo cuando vinieron los hombres a levantar la carpa.

—¿Mamá, dónde quieres poner la carpa?

—Mi hija querida, es inútil preguntármelo. He resuelto que este año las niñas se encarguen de todo. Olviden que soy la madre. Trátenme como a un invitado de honor.

Pero Meg no podía vigilar a los hombres. Antes de almorzar se había lavado la cabeza, y estaba sentada tomando café; llevaba un turbante verde, con un oscuro rizo húmedo pegado en cada mejilla. Josefina, la mariposa, acostumbraba a bajar con sólo un viso verde y encima su kimono.

—Tú tendrás que ir, Laura; tú que eres artística.

Allá fue Laura, con su pedazo de pan y mantequilla en la mano. Es tan delicioso encontrar una excusa para comer fuera, y, además, adoraba arreglar cosas; encontraba que podía hacerlas tanto mejor que cualquier otro.

Cuatro hombres en mangas de camisa estaban juntos en un camino del jardín. Llevaban estacas cubiertas con rollos de tela, y grandes cajas de herramientas a la espalda. Eran impresionantes. Laura hubiera querido no

tener ese pedazo de pan y mantequilla en la mano, pero ni había donde ponerlo, ni se lo podía tragar entero. Enrojeció y trató de parecer muy seria y hasta un poco corta de vista cuando se acercó a ellos.

—Buenos días —dijo, imitando la voz de su madre.

Pero resultó tan horriblemente afectado que se avergonzó, y tartamudeó como una niña.

—¡Oh, ustedes vienen...! ¿es por la carpa?

—Así es, señorita —replicó el más alto de todos, un tipo flaco y pecoso, cambiando de lado su caja de herramientas, echando atrás su sombrero de paja y sonriéndole—. Es para eso.

Su sonrisa era tan espontánea, tan amistosa, que Laura se repuso. ¡Qué lindos ojos tenía! ¡Pequeños, pero de un azul tan oscuro! Miró a los demás que también sonreían. Parecían decirle: «¡Ánimo, no te vamos a comer!» ¡Qué obreros tan simpáticos! ¡Y qué hermosa mañana! Pero no tenía que mencionar la mañana; debía ser una persona de negocios: la carpa.

—Bueno, ¿qué les parece aquel macizo de lilas? ¿Servirá?

Y señalaba el macizo de lilas con la mano que no tenía el pan y mantequilla. Se volvieron, y miraron. Uno de ellos, bajo y gordo, apretó el labio inferior; el más alto frunció el ceño.

—No me gusta —dijo—. No es bastante importante. Sabe, tratándose de una carpa —y se volvió hacia Laura—, hay que ponerla en un lugar donde dé un golpe en el ojo, como quien dice.

Laura se quedó pensando si no era una falta de respeto que un trabajador hablara de dar un golpe en el ojo. Pero entendió muy bien.

—Una esquina de la cancha de tenis —sugirió—. Pero la orquesta estará en otra esquina.

—Hum, ¿van a tener una orquesta? —preguntó otro de los obreros. Era uno pálido. Tenía una mirada feroz, mientras sus ojos oscuros medían la cancha de tenis. ¿Qué pensaría?

—Sólo una pequeña orquesta —dijo Laura con dulzura.

Si la orquesta era pequeña, quizá no le parecería mal. Pero el hombre alto la interrumpió.

—Mire, señorita, ése es el lugar. Junto a aquellos árboles. Allá arriba. Ahí estará bien.

Junto a los karakas. Así los karakas quedarían escondidos. Y eran tan hermosos, con sus anchas hojas centelleantes, y sus racimos amarillos. Eran como árboles de una isla desierta, orgullosos, solitarios, elevando sus hojas y frutos al sol en una especie de silencioso esplendor. ¿Debía esconderlos la carpa?

Y los escondería. Ya los hombres habían cargado las estacas y estaban arreglando el sitio. Sólo el alto quedó atrás. Se inclinó, apretó una varita de alhucema, se llevó el pulgar y el índice a la nariz y aspiró el perfume. Cuando Laura vio el gesto olvidó los karakas, en su asombro de que al hombre le gustara una cosa así, le gustara el perfume de la alhucema. ¿Cuántos hombres de los que ella conocía hubieran hecho tal cosa? ¡Oh, qué simpáticos son los obreros! ¿Por qué no podía tener amigos obreros en vez de los muchachos tontos con quienes bailaba y que venían a cenar los domingos? Se entendería mucho mejor con hombres así.

Tienen la culpa —decidió, en el momento en que el hombre alto dibujaba algo en el dorso de un sobre, algo que debía ser izado o quedar colgado— estas absurdas distinciones de clase. Bueno, por su parte, ella no las sentía. En lo más mínimo, ni un átomo... Y ahora viene el tac—tac de los martillos. Uno de los hombres silbaba, otro cantaba: «¿Estás bien ahí, camarada?» «¡Camarada!» El compañerismo, el... el... Para probar qué contenta estaba y mostrar al hombre alto qué cómoda se sentía, y cuánto despreciaba las convenciones estúpidas, Laura dio un gran mordisco a su pan y mantequilla, mientras observaba el dibujito. Se sentía como una pequeña obrera.

—¡Laura, Laura! ¿Dónde estás? ¡El teléfono, Laura! —gritó una voz desde la casa.

—¡Ya voy! —Y salió corriendo, por el césped, por el sendero, subió los escalones, cruzó la terraza y llegó al pórtico. En el pasillo, su padre y Lorenzo estaban cepillando sus sombreros, listos para irse a la oficina.

—Mira, Laura —dijo Lorenzo con prisa—, podrías revisar mi traje para luego. Mira si no le hace falta un planchazo.

—¡Ya lo creo!

De repente no pudo contenerse. Corrió hacia Lorenzo y le dio un rápido

apretón.

—¡Oh! adoro las fiestas; ¿y tú? —murmuró Laura.

—Bastante —dijo Lorenzo con su voz cálida de muchacho. También apretó a su hermana y luego le dio un empujón—. Rápido, al teléfono, chica.

El teléfono.

—Sí, sí; ¡oh, sí! ¿Kitty? Buenos días, querida. ¿Vienes a almorzar? Sí, querida. Encantada. Va a ser una comida ligera: restos de sándwiches y de merengues y alguna otra cosita. Sí, ¿no es un día divino? ¿El blanco? ¡Oh, seguramente! Un momento; espera. Mamá me llama—. Laura se sentó. —¿Qué, mamá? No oigo.

La voz de la señora Sheridan bajó flotando por la escalera.

—Dile que traiga ese delicioso sombrero que usó el domingo.

—Dice mamá que te pongas ese sombrero delicioso que llevabas el domingo. Bueno. A la una. Adiós.

Laura colgó el auricular, levantó los brazos sobre la cabeza, hizo una aspiración profunda, los estiró y los dejó caer. ¡Uf!, suspiró, y en seguida se enderezó en el asiento. Se quedó quieta, escuchando. Todas las puertas de la casa parecían abiertas. La casa estaba viva, con rápidas pisadas y voces incesantes. La puerta de bayeta verde que conducía a la cocina se abría y cerraba con un golpe sordo. Ahora se sentía un sonido absurdo, cloqueando. Era el piano tan pesado arrastrado sobre sus ruedas tiesas. Y ¡qué aire! Si uno se pone a pensar ¿será el aire siempre así? Céfiros suaves se perseguían fuera y allá arriba, en las ventanas. Y había dos marchitas de sol, una en el tintero, otra en un marco de plata, jugando también. Deliciosas marchitas, sobre todo encima de la tapa del tintero. Estaba casi caliente. Una cálida estrellita de plata. Daban ganas de besarla.

Sonó el timbre de la puerta y se oyó crujir el vestido estampado de Sadie por la escalera. Una voz de hombre murmuró; Sadie respondió, sin interés:

—Le digo que no sé. Espere. Voy a preguntar a la señora.

—¿Qué hay, Sadie? —preguntó Laura entrando en el pasillo.

—Es el florista, señorita.

Y ahí estaba. En la puerta abierta de par en par, había una ancha bandeja

colmada de macetas con lirios rosados. Nada más. Nada más que lirios, lirios, lirios, grandes flores rosadas, muy abiertas, radiantes, terriblemente vivas sobre sus rojos tallos lustrosos.

—¡Ooh, Sadie! —dijo Laura como en un gemido. Se agachó como para calentarse en ese resplandor de lirios; los sintió en sus dedos, en sus labios, creciendo en su pecho.

—Debe ser una equivocación —dijo en voz muy baja—. No se han pedido tantos. Sadie, vete a buscar a mamá.

En ese mismo instante llegó la señora Sheridan.

—Está bien —dijo con calma—. Sí, yo los encargué. ¿No son divinos?

Apretó el brazo de Laura.

—Pasaba por la florista ayer y los vi en el escaparate. Y de repente se me ocurrió que por una vez en la vida tendría todos los lirios que quisiera. La fiesta en el jardín era una buena excusa.

—Pero yo te oí decir que tú no querías intervenir.

Sadie había entrado. El hombre de las flores volvió al camión, Laura rodeó el cuello de su madre con un brazo y suave, muy suavcito, le mordió la oreja.

—Queridita, tú no quieres tener una madre lógica, ¿verdad? No hagas eso. Aquí está el hombre.

Traía todavía más lirios, otra bandeja llena.

—Deposítelos junto a la entrada, por favor, a los lados del pórtico —dijo la señora—. ¿No te parece, Laura?

—Oh, sí, mamá.

En el salón, Meg, Josefina y el pequeño Hans habían logrado, al fin, cambiar el piano de sitio.

—Ahora, si pusiéramos este cofre contra la pared y sacáramos todo menos las sillas, ¿no les parece?

—Bueno.

—Hans, lleva esas mesas al cuarto de fumar, y que vengan a barrer para sacar esas marcas de la alfombra y... un momento, Hans...

A Josefina le gustaba dar órdenes a los sirvientes, y a ellos les gustaba obedecer. Les hacía pensar que tomaban parte en un drama.

—Diga a mamá y a la señorita Laura que vengan en seguida.

—Muy bien, señorita Josefina.

Se volvió hacia Meg.

—Quiero ver cómo suena el piano, por si alguien me pide que cante esta tarde. Vamos a ensayar «Esta vida es triste».

¡Pom... Ta-ta-ta! El piano sonó con tal furia que Josefina cambió de color. Juntó las manos. Les pareció triste y enigmática a su madre y a Laura cuando entraron.

Esta vida es triste,

Una lágrima... un suspiro.

Un amor que cambia.

Esta vida es triste

Una lágrima... un suspiro.

Un amor que cambia,

Y entonces... ¡Adiós!

Pero en la palabra «adiós», y aunque el piano parecía más desesperado que nunca, su rostro se iluminó con una brillante sonrisa, terriblemente antipática.

—¿Estoy en voz, mamita? —sonrió.

Esta vida es triste,

La esperanza viene a morir.

Un sueño... Un despertar.

Pero Sadie interrumpió el canto:

—¿Qué hay, Sadie?

—Por favor, señora, la cocinera pregunta si la señora tiene esas tarjetas para los sándwiches.

—¿Las tarjetas para los sándwiches, Sadie? —repitió como un eco la señora Sheridan, casi ausente.

Y las hijas se dieron cuenta de que no las tenía.

—Vamos a ver —dijo a Sadie con firmeza—, diga a la cocinera que las llevaré dentro de diez minutos.

Sadie desapareció.

—Bueno, Laura —dijo la madre rápidamente—, ven conmigo al cuarto de fumar. Tengo los nombres por ahí, escritos en el dorso de un sobre. Tendrás que copiarlos. Meg, sube y quítate en seguida ese trapo mojado de la cabeza. Josefina, corre a vestirse en el acto. Niñas ¿me oyen, o tendré que decírselo a su padre cuando vuelva esta noche a casa? Y... y, Josefina, si vas a la cocina trata de calmar a la cocinera, ¿quieres? Me tenía aterrada esta mañana.

Al fin el sobre apareció detrás del reloj del comedor, aunque la señora Sheridan no se daba cuenta cómo había ido a parar allí.

—Una de ustedes debe de haberlo robado de mi cartera porque recuerdo perfectamente... queso fresco y cuajada con limón. ¿Lo escribieron?

—Sí.

—Huevo y... —la señora Sheridan alargó los brazos y retiró el sobre—. Parece atún, pero no puede ser, ¿verdad?

—Aceitunas, queridita —dijo Laura, leyendo por encima del hombro.

—Por supuesto, aceitunas. ¡Qué combinación atroz: huevos y aceitunas!

Por fin acabaron, y Laura los llevó a la cocina. Allí se encontró con Josefina calmando a la cocinera, que no parecía tan aterradora.

—Nunca he visto sándwiches tan exquisitos —dijo Josefina, con voz extasiada—. ¿Cuántas clases hay? ¿Quince?

—Quince, señorita Josefina.

—Bueno, la felicito.

La cocinera recogió las cortezas con el cuchillo de cortar pan, y sonrió satisfecha.

—Han venido de casa de Godber —anunció Sadie, saliendo de la despensa—, vi pasar al hombre desde la ventana.

Eso significaba que habían llegado los pastelitos de crema. Godber era famoso por sus pastelitos de crema. A nadie se le ocurría hacerlos en casa.

—Tráigalos y póngalos sobre la mesa —ordenó la cocinera.

Sadie los trajo y volvió a la puerta. Por supuesto, Laura y Josefina eran demasiado grandotas para ocuparse de estas cosas. Con todo, no podían negar que eran muy buenos. Mucho. La cocinera empezó a arreglarlos,

sacudiéndoles el azúcar sobrante.

—¿No le traen a uno el recuerdo de todas las fiestas pasadas? —dijo Laura.

—Supongo que sí —respondió la práctica Josefina, que no gustaba de recordar—. Parecen ligeros y plumosos, hay que reconocerlo.

—Tomen uno cada una, queridas —dijo la cocinera con voz amable—. Mamá no se dará cuenta.

Oh, imposible, ¡pastelitos de crema tan enseguida del almuerzo!, la sola idea hacía estremecer. Pero dos minutos después Josefina y Laura se estaban chupando los dedos con ese aire absorto que sólo da la crema de batida.

—Salgamos al jardín por el camino de atrás —sugirió Laura—. Quiero ver cómo van los hombres con la carpa. ¡Son tan simpáticos!

Pero la puerta trasera estaba bloqueada por la cocinera, Sadie, el hombre de Godber y Hans.

Algo pasaba.

—Tac-tac-tac —cloqueaba la cocinera como una gallina asustada. Sadie tenía una mano oprimiéndose la cara como si le dolieran las muelas. La cara de Hans estaba fruncida en un esfuerzo por comprender. Sólo el dependiente de Godber parecía contento. Él era quien contaba la cosa.

—¿Qué hay, qué ha sucedido?

—Un horrible accidente —dijo la cocinera—, un hombre ha muerto.

—¡Un muerto! ¿Dónde, cuándo?

Pero el dependiente de Godber no iba a perder su relato.

—¿Conoce, señorita, conoce aquellas casitas allá abajo?

¿Conocerlas? Claro que ella las conocía.

—Bueno, allí vive un muchacho carretero, se llama Scott. A su caballo lo asustó esta mañana un camión y lo tiró de cabeza en la esquina de la calle Hawke. Murió.

—¡Muerto! —y Laura miró al hombre con asombro.

—Ya estaba muerto cuando lo levantaron —contestó el hombre con fruición—. Llevaban el cuerpo a la casa cuando yo venía.

Y dirigiéndose a la cocinera:

—Deja una mujer y cinco chicos.

—Josefina, ven acá —Laura tomó a su hermana de un brazo y se la llevó por la cocina al otro lado de la puerta de bayeta verde. Se recostó contra ella.

—Josefina —le dijo horrorizada— ¿vamos a suspender los preparativos?

¡Suspender todo, Laura! —gritó Josefina atónita—. ¿Qué quieres decir?

—Suspender la fiesta en el jardín, claro—. ¿Por qué fingía Josefina?

Pero Josefina estaba cada vez más asombrada.

—¿Suspender la fiesta? Mi querida Laura, no seas loca. No podemos hacer nada de eso. Nadie espera tal cosa. No seas extravagante.

—Pero no es posible celebrar una fiesta en el jardín con un muerto frente a nuestra puerta.

Decir eso era realmente exagerado, porque las casitas estaban en un terreno aparte, en el fondo de una cuesta empinada que llevaba a la casa. Había una calle ancha de por medio. Es cierto que estaban demasiado cerca. Eran un verdadero adfesio y no tenían derecho a estar en ese barrio. Eran pequeñas viviendas mezquinas, pintadas de un color chocolate. En los retazos de jardín no había más que repollos, gallinas flacas y latas de tomate. Hasta el humo que salía de las chimeneas era miserable. Hilachas y fragmentos de humo, tan distinto de los grandes penachos de plata que se elevaban de las chimeneas de los Sheridan. Vivían lavanderas y barrenderos, y un remendón, y un hombre que tenía todo el frente de la casa con jaulitas de pájaros. Los chicos hormigueaban. Cuando los Sheridan eran pequeños les estaba prohibido acercarse, por el lenguaje que usaban los pobres y las enfermedades que podían contagiarles. Pero desde que eran grandes Laura y Josefina, en sus andanzas, solían meterse por ahí. Era sórdido y asqueroso. Salían estremecidas. Pero se debe ir a todas partes; uno debe verlo todo. Por eso iban.

—Estoy pensando lo que será la música de la orquesta para esa pobre mujer —dijo Laura.

—¡Oh, Laura! —Josefina empezó a irritarse seriamente.

—Si vas a suprimir la música cada vez que sucede un accidente, vas a llevar una vida muy triste. Yo lo siento tanto como tú. Comprendo como tú —. Sus ojos se endurecieron y miró a su hermana como la miraba cuando era

pequeña y tenían una pelea—. No vas a resucitar a un obrero borrachón con sentimentalismos —dijo blandamente.

—¡Borrachón! ¿Quién ha dicho que estaba borracho? —Laura se volvió furiosa hacia Josefina. Dijo justamente lo que acostumbraban decir en ocasiones semejantes—: Se lo voy a contar a mamá, ahora mismo.

—Ve, querida —dijo Josefina con un arrullo.

—Mamá, ¿puedo entrar? —Laura hizo girar el picaporte de cristal.

—Por supuesto, querida. Pero ¿qué pasa? ¿Qué te ha hecho poner tan colorada? —La señora Sheridan se volvió hacia atrás en su mesa tocador. Se estaba probando un sombrero nuevo.

—Mamá, ha muerto un hombre —empezó Laura.

—¿Pero no en el jardín? —interrumpió la madre.

—¡No, no!

—¡Ah, qué susto me has dado! —la señora Sheridan dio un suspiro de alivio, se quitó el gran sombrero y lo puso en sus rodillas.

—Pero escucha, mamá —dijo Laura. Sin aliento, medio ahogada, contó la terrible historia—. Claro que no podremos celebrar nuestra fiesta, ¿verdad? —suplicó—. La música y la gente llegando. Nos van a oír, mamá; están cerquita, ¡son vecinos!

Con gran asombro de Laura, su madre se comportó como Josefina; y era peor, porque la idea parecía divertirla. Se negó a tomar en serio a Laura.

—Pero, querida mía, hay que tener sentido común. Sólo por casualidad lo hemos sabido. Si alguien hubiera muerto ahí de muerte natural —y no sé cómo están vivos en esos oscuros agujeros— tendríamos igual nuestra fiesta, ¿verdad?

Laura tuvo que decir que sí, pero comprendía que no era justo. Se sentó en el sofá y empezó a tironear el fleco de los almohadones.

—Mamá, ¿no es una falta de consideración de nuestra parte? —preguntó.

—¡Vidita! —la señora Sheridan se le acercó, llevando el sombrero. Antes que Laura pudiera evitarlo se lo plantó en la cabeza—. ¡Hija mía! —dijo la madre—, el sombrero es tuyo. Lo mandé hacer para ti. Es demasiado joven para mí. Nunca te he visto más bonita. ¡Mírate! —y levantó su espejo de

mano.

—Pero, mamá —volvió a decir Laura. No se podía mirar; se puso de lado.

Pero ya la señora Sheridan había perdido la paciencia lo mismo que Josefina.

—Laura, te estás volviendo absurda —dijo fríamente—. Gente de esa clase no espera de nosotros ningún sacrificio. Y no es altruismo aguararnos la fiesta, como lo estás haciendo.

—No entiendo —dijo Laura, y salió apresurada del cuarto para encerrarse en el suyo. Allí, por pura casualidad, lo primero que vio fue una encantadora muchacha en el espejo, con su sombrero negro adornado de margaritas doradas y una larga cinta de terciopelo negro. Nunca se imaginó que podía resultar tan bien. ¿Tendría razón mamá? Y ahora deseaba que mamá tuviera razón. ¿Sería exagerada? Tal vez fuese una locura. Sólo por un momento tuvo la visión de aquella pobre mujer y de aquellas pobres criaturas, y del cuerpo que llevaban a la casa. Pero parecía borroso, irreal, como una fotografía en el periódico. Lo recordaré nuevamente después de la fiesta. Decidió. Desde todos los puntos de vista le pareció el mejor plan...

Terminaron de almorzar a la una y media. A las dos y media todo se hallaba en orden de batalla. Los músicos con casacas verdes ya estaban colocados en una esquina de la cancha de tenis.

¡Querida! —aulló Kitty Maitland— ¿no te parecen ranas verdes? Los debían haber colocado alrededor del estanque y el director, en una hoja, en el centro.

Llegó Lorenzo y los saludó al pasar para ir a vestirse. Al verlo, Laura volvió a pensar en el accidente. Quería contárselo a él. Si Lorenzo estaba de acuerdo con los demás entonces tendrían razón. Y lo siguió al pasillo.

—¡Lorenzo!

—¡Hola! —estaba en la mitad de la escalera, pero cuando se volvió y vio a Laura, infló las mejillas y revolvió los ojos—. ¡Lo juro, Laura! Te ves despampanante. ¡Qué sombrero más elegante!

Laura dijo a media voz:

—¿Te parece?... —le sonrió, y no le contó nada.

Poco después empezó a llegar la gente a montones. La orquesta rompió a

tocar; los sirvientes de alquiler corrían de la casa a la carpa. Dondequiera que uno miraba se veían parejas paseándose, inclinándose sobre las flores, saludando, caminando por el césped. Parecían brillantes pájaros que se habían posado en el jardín de los Sheridan por una tarde en su vuelo... ¿a dónde? ¡Ah, qué felicidad es estar con personas alegres, estrechar manos, oprimir mejillas, sonreírse en los ojos!

—¡Laura, querida, qué bien estás!

—¡Qué bien te va ese sombrero, criatura!

—Laura, pareces española. Nunca te he visto más admirable.

Y Laura, radiante, preguntaba con dulzura: «¿Le han servido té? ¿No quiere un helado? Los helados de fruta son especiales». Corrió adonde estaba su padre y suplicó:

—Papito querido, ¿le podemos servir algo de beber a la orquesta?

Y la tarde perfecta culminó lentamente, se desvaneció lentamente, cerró sus pétalos lentamente.

«Nunca hubo fiesta más deliciosa...» «Un gran éxito...» «La más grande...»

Laura ayudó a su madre en las despedidas. Estuvieron una al lado de la otra hasta que todo se acabó.

—Se acabó, se acabó, gracias al cielo —dijo la señora Sheridan—. Llama a los demás. Tomaremos café. Estoy deshecha. Sí, un gran éxito. Pero, ¡ah, estas fiestas, estas fiestas! ¿Por qué insisten, hijitas, en dar fiestas?—. Tomaron asiento en la carpa abandonada.

—Toma un sándwich, papito.

—Gracias —el señor Sheridan se lo comió de un bocado. Tomó otro—. ¿Supongo que no han sabido nada del horrible accidente de hoy? —dijo.

—Querido —dijo la señora Sheridan, levantando una mano— ya lo sabíamos. Casi nos estropea la fiesta. Laura quería suspenderla.

—¡Oh, mamá! —Laura no quería que la fastidiaran con eso.

—¡De todos modos, es un asunto horrible! —dijo el señor Sheridan—. Además, el hombre era casado. Vivía en la callejuela de abajo, y deja, según dicen, una mujer y media docena de chiquillos.

Hubo un silencio embarazoso. La señora no sabía qué hacer con la taza. Era una falta de tacto por parte de papá...

De pronto levantó los ojos. Estaba la mesa llena de sándwiches y pastas y pastelitos que tendrían que tirarse. Tuvo, entonces, una de sus grandes ideas.

—Ya sé —dijo—. Vamos a preparar una canasta. Vamos a mandarle a esa pobre un poco de estas cosas tan ricas. A lo menos será una fiesta para los chicos. ¿No les parece? Y, además, se alegrará de tener vecinos que la visiten. ¡Qué suerte que estén listos! ¡Laura! —se levantó de un salto. —Trae la canasta grande de la alacena que está en la escalera.

—Pero, mamá, ¿crees de veras que es una buena idea? —dijo Laura.

Y otra vez ¡qué raro! parecía sentir distinto a los demás! Llevar sobras de la fiesta. ¿Le gustaría eso a la pobre mujer?

—Claro, ¿qué te pasa hoy? Hace una hora o dos insistías en mostrar simpatía, y ahora...

—¡Oh, bueno!

Laura corrió con la canasta. La llenaron; la señora Sheridan la dejó colmada.

—Llévala tú misma, queridita; corre, así como estás. No, espera, lleva unos lirios. A esa gente le gustan los lirios.

—Los tallos van a estropearle el traje —dijo la práctica Josefina.

Es cierto, muy a tiempo.

—Entonces sólo la canasta. Pero Laura —la madre la siguió hasta afuera de la carpa—, de ningún modo...

—¿Qué, mamá?

No, mejor no poner tales ideas en la cabeza de la criatura.

—Nada, vete pronto.

Empezaba a oscurecer cuando Laura cerró el portón. Un perro grande corría como un fantasma. El camino blanco brillaba y las casitas estaban allá abajo en profunda oscuridad. ¡Qué tranquilo parecía todo después de la tarde! Iba cuesta abajo hacia un sitio donde yacía un muerto, y no podía creerlo. ¿Cómo iba a poder? Se detuvo un minuto. Le parecía que llevaba dentro besos, voces, tintineo de cucharillas, risas, el olor del césped aplastado. No podía

pensar en otra cosa. ¡Qué raro! Miró el cielo pálido y lo único que se le ocurrió fue: «Sí, ha sido todo un éxito la fiesta».

Llegó a un cruce del camino donde empezaba la callejuela, oscura y llena de humo. Mujeres con chales y hombres de gorra transitaban por allí. Sobre las empalizadas había otros hombres asomados; los chicos jugaban en las puertas de calle. Un débil susurro se oía en las casitas miserables. En algunas se veía fluctuar una luz y algunas sombras moverse como fantoches, tras las ventanas. Laura inclinó la cabeza y apresuró el paso.

Hubiera debido ponerse un abrigo. ¡Qué llamativo era su traje! Y el gran sombrero con las cintas colgando; ¡si a lo menos llevara otro sombrero! ¿La estarían mirando? Seguramente. Era un error haber venido; ella sabía que era un error. ¿No sería mejor volver?

No, demasiado tarde. Aquí estaba la casa. Debía ser ésa. Delante había un grupo oscuro de gente. Al lado de la puerta una vieja con una muleta estaba sentada, mirando. Descansaba los pies sobre un diario. Al acercarse Laura, cesaron las voces. Se abrió el grupo. Era como si la esperasen, como si supieran que iba hacia allí.

Laura estaba nerviosísima. Echando la cinta de terciopelo sobre el hombro preguntó a una de las mujeres ahí paradas:

—¿Es aquí la casa de la señora Scott?

Y la mujer, sonriendo de un modo raro:

—Aquí es, señorita.

¡Oh, salir de esto! Repetía: «Ayúdame, Dios mío», mientras subía la estrecha vereda y llamaba. No poder estar lejos de esas miradas o cubierta con alguno de esos chales. Dejaré la cesta y me marcharé, decidió. No voy a esperar que la vacíen.

Se abrió la puerta. Una mujercita de luto apareció en la sombra.

Laura preguntó:

—¿Es usted la señora Scott?

Pero con gran horror suyo, la mujer contestó:

—Entre, por favor, señorita —y se encontró encerrada en el pasillo.

—No, no quiero entrar; sólo quería dejar esta cesta. Mamá envió...

La mujer en el pasillo oscuro no pareció oírla.

—Por acá, si gusta, señorita —dijo con voz aceitosa; y Laura la siguió.

Llegó a una cocina pequeña, bajita y maltrecha, iluminada por una lámpara ahumada. Una mujer estaba sentada ante el fuego.

—Emilia —dijo la mujer que la dejó entrar—. ¡Emilia!... es una señorita. —Se volvió hacia Laura. Dijo humildemente: —Soy la hermana. Discúlpela, señorita.

—¡Oh, por supuesto! —dijo Laura—. Por favor, por favor no la moleste. Yo... yo sólo quería dejar...

Pero en ese momento la mujer que estaba junto al fuego se volvió. Su cara inflada, colorada, con ojos y labios hinchados, era horrible. Parecía no comprender por qué Laura estaba ahí. ¿Qué significaba? ¿Por qué esta desconocida estaba en la cocina con una canasta? ¿Qué quería decir eso? Y el pobre rostro se frunció de nuevo.

—Está bien, querida —dijo la otra—. Yo atenderé a la señorita. —Y comenzó otra vez—: Discúlpela, señorita —y su cara, hinchada también, ensayó una untuosa sonrisa.

Laura no pensaba más que en irse, en irse. Volvió al pasillo. Abrió la puerta. Entró directamente al dormitorio en que yacía el muerto.

—¿No quiere verlo? —dijo la hermana de Emilia, y empujó a Laura hacia la cama—. No tenga miedo, señorita —y su voz era cariñosa, confidencial. Tiernamente bajó la sábana—, parece un cuadro. No hay mucho que ver. Venga, querida.

Laura la siguió.

Ahí estaba un joven dormido, profundamente dormido, tan dormido que estaba lejos, muy lejos de las dos. ¡Oh, tan remoto, tan lleno de paz! Estaba soñando. No se despertaría jamás. Tenía la cabeza hundida en la almohada; los ojos cerrados estaban ciegos bajo los párpados cerrados. Estaba absorto en su sueño. ¿Qué le importaban las fiestas en los jardines, los cestos y los encajes? Ya estaba lejos de esas cosas. Era asombroso, bellísimo. Mientras ellos reían y la orquesta tocaba, había sucedido ese milagro en la callejuela. Feliz... feliz... Todo está bien, decía el rostro dormido. Es lo que debe ser. Estoy contento.

Pero aún así hacía llorar, y Laura no pudo dejar el cuarto sin decirle algo. Sollozó como una niña.

—Perdone mi sombrero —le dijo.

Y no esperó esta vez a la hermana de Emilia. Encontró el camino para salir. Pasó por entre el grupo oscuro de gente, vereda abajo. Al doblar la callejuela encontró a Lorenzo.

Surgió de la sombra.

—¿Eres tú, Laura?

—Sí.

—Mamá estaba inquieta. ¿Todo fue bien?

¡Sí, Lorenzo! —tomó su brazo, se apretó contra él.

—¿Pero no estás llorando, verdad? —le preguntó el hermano.

Laura movió la cabeza. Estaba llorando.

Lorenzo le pasó un brazo por el cuello:

—No llores —dijo con su voz afectuosa y cálida—. ¿Era horrible?

—No —sollozó Laura—. Era maravilloso. Pero Lorenzo...

Se detuvo, miró a su hermano.

—La vida es... —tartamudeó—. La vida es...

No podía explicar qué era la vida. No importaba. Él comprendió.

—¿Verdad que lo es, queridita? —dijo Lorenzo.

VIDA DE MA PARKER

Cuando el caballero literato, cuyo apartamento limpiaba la anciana señora Ma Parker todos los martes, le abrió la puerta aquella mañana, aprovechó para preguntarle por su nieto. Ma Parker se detuvo sobre el felpudo del pequeño y oscuro recibidor, alargó el brazo para ayudar al señor a cerrar la puerta, y sólo después replicó apaciblemente:

—Ayer lo enterramos, señor.

—¡Dios santo! No sabe cuánto lo siento —dijo el caballero literato en tono desolado. Estaba a medio desayunar. Llevaba una bata deshilachada y en una mano sostenía un periódico arrugado. Pero se sintió incómodo. No podía volver al confort de la sala sin decir algo, sin decirle algo más. Y como aquella gente daba tanta importancia a los entierros, añadió amablemente:

—Espero que el entierro fuese bien.

—¿Cómo dice, señor? —dijo con voz ronca la anciana Ma Parker.

¡Pobre mujer! Estaba acabada.

—Que espero que el entierro fuese bien... —repitió.

Ma Parker no respondió. Agachó la cabeza y se encaminó hacia la cocina, llevando aquella usada bolsa de pescado en la que guardaba las cosas de la limpieza, un mandil y unas zapatillas de fieltro. El literato enarcó las cejas y volvió a sumirse en su desayuno.

—Supongo que está abatida —dijo en voz alta, tomando un poco de mermelada.

Ma Parker se quitó los dos alfileres que le sujetaban la toca y la colgó detrás de la puerta. Se desabrochó la raída chaqueta y también la colgó. Luego se ató el mandil y se sentó para quitarse las botas. Ponerse o quitarse las botas era un verdadero martirio, pero lo había sido durante años. De hecho estaba ya tan acostumbrada a aquel dolor que su rostro se contraía en una mueca dispuesto a sentir el pinchazo mucho antes de que hubiese empezado a

desatarse los lazos. Terminada esta operación, se recostó momentáneamente en la silla con un suspiro y empezó a frotarse suavemente las rodillas...

—¡Abuela, abuela! —gritaba su nietecillo subido con sus botines sobre su falda. Acababa de volver de jugar en la calle.

—¡Mira cómo le has dejado la falda a la abuela...! ¡Malo, más que malo!

Pero él le echaba los brazos al cuello y frotaba su mejillita contra la de ella.

—Abuelita, ¡danos una moneda! —le decía, zalamero.

—Fuera de aquí; ya sabes que la abuela no tiene dinero.

—Sí, sí tienes.

—No, no tengo.

—Sí, sí tienes. ¡Danos una moneda!

Y ella ya estaba buscando su bolso viejo y desvencijado de cuero negro.

—Muy bien, ¿y tú a cambio qué le darás a tu abuela?

El niño soltó una tímida risita y se apretujó más contra ella. Notó sus pestañas haciéndole cosquillas en la mejilla.

—Pero si yo no tengo nada... —murmuró el niño.

La anciana se levantó como impulsada por un resorte, tomó el hervidor de metal que estaba sobre la cocina de gas y la llevó hasta el fregadero. El ruido del agua llenando el hervidor amortiguó su dolor, o eso parecía. Aprovechó para llenar también el balde y el barreño.

Se necesitaría un libro entero para describir el estado de aquella cocina. Durante la semana el caballero literato «se las apañaba solo». Lo cual significaba que vaciaba una y otra vez los restos del té en un tarro de mermelada colocado a propósito para tal fin, y cuando se quedaba sin tenedores limpios limpiaba uno o dos en un trapo de cocina. Por lo demás, como solía explicar a sus amigos, su «sistema» era bastante sencillo, y no acababa de entender cómo la gente tenía tantos problemas con la vida doméstica.

—No hay más que ensuciar todo lo que tienes, contratar a una vieja una vez por semana para que lo limpie todo, y ya está.

El resultado era una especie de descomunal basurero. Incluso el suelo estaba plagado de trozos de tostadas, sobres y colillas. Pero Ma Parker no le

tenía inquina. Le daba lástima que aquel pobre caballero, todavía joven, no tuviese quién le cuidara. Por la ventanita tiznada se divisaba una inmensa extensión de cielo tristón, y siempre que había nubes parecía que fuesen nubes raídas, usadas, desgastadas por los bordes, agujereadas, como oscuras manchas de té.

Mientras el agua se calentaba Ma Parker empezó a barrer el suelo. «Sí — pensó, mientras la escoba iba dando bandazos—, entre una cosa y otra ya he soportado lo mío. Ha sido una vida dura.»

Incluso sus vecinos se lo decían. Muchas veces, cuando volvía exhausta a casa llevando aquella bolsa de pescado, les oía decir, entre ellos, mientras esperaban en una esquina, o se inclinaban sobre la verja de alguna casa: «Vaya una vida dura que le ha tocado vivir a la pobre Ma Parker». Y era tan cierto, que no sentía el menor orgullo por ello. Era como si alguien hubiese comentado que vivía en el sótano interior del número 27 ¡Qué vida más dura...!

A los dieciséis años había abandonado Stratford para ir a Londres como ayudante de cocina. Sí, había nacido en Stratford-on-Avon. ¿Shakespeare, decía? No, señor, todo el mundo le preguntaba siempre por él. Pero nunca había oído ese nombre hasta verlo en las carteleras de los teatros.

Ya no recordaba nada de Stratford excepto aquel «sentados junto al hogar podían verse las estrellas por la chimenea», y «mamá siempre había tenido sus lonjas de tocino colgando del techo». Y aún había algo más —una mata —, junto a la puerta de la casa, una mata que siempre olía maravillosamente. Pero la mata era algo muy difuso. Sólo la recordó una o dos veces en el hospital, la vez que había estado tan enferma.

Aquella casa había sido horrible: la primera casa. No la dejaban salir nunca. Nunca subía a la planta como no fuese para rezar por la mañana y por la noche. El sótano no estaba mal, pero la cocinera era una mujer cruel. Le quitaba las cartas que le escribía su familia antes de que hubiese tenido tiempo de leerlas y las echaba al fuego porque la hacían soñar... ¡Y las cucarachas! ¿Quién lo hubiera dicho, eh? Pues lo cierto era que hasta que había ido a Londres jamás había visto una cucaracha negra. Al llegar a este punto Ma siempre soltaba una risita, como si... ¡mira que no haber visto nunca una cucaracha! ¡vaya! Era como si alguien dijera que nunca se había

visto los pies.

Cuando aquella familia fue desahuciada se fue como «ayudanta» a la casa de un doctor, y después de dos años allí, corriendo arriba y abajo todo el día, se casó con su marido. Un panadero.

—¡Un panadero, señora Parker! —exclamaba el caballero literato. Porque algunas veces dejaba de lado sus volúmenes y la escuchaba o, al menos, escuchaba ese producto llamado Vida—. ¡Debe de ser bastante bonito estar casada con un panadero!

La señora Parker no parecía tan segura.

—Es un oficio tan limpio —argüía el literato.

La señora Parker no estaba muy convencida.

—¿No le gustaba entregar el pan calentito a los clientes?

—Mire, señor —decía Ma Parker—, yo no subía a la tahona muy a menudo. Tuvimos trece niños y enterramos a siete. ¡Cuando aquello no era un hospital, era una enfermería, como quien dice!

—Ni que lo diga, señora Parker ni que lo diga —exclamaba el literato, estremeciéndose, y volviendo a empuñar la pluma.

Sí, siete habían muerto, y cuando los otros seis todavía eran pequeños su marido se volvió tísico. Harina en los pulmones, le había dicho a ella el médico... Su marido estaba sentado en la cama con la camisa subida hasta la cabeza, y el dedo del doctor trazó un círculo sobre su espalda.

—Fíjese, si ahora se abriese un agujero aquí, señora Parker, vería que tiene los pulmones embozados de pasta blanca. Respire, buen hombre, ¡respire hondo! —Y la señora Parker jamás supo si había visto o si había imaginado que veía una gran nube de polvo blanco salir de los labios de su pobre marido...

Y lo que había tenido que luchar para sacar adelante a aquellos seis renacuajos y para mantenerse en pie. ¡Había sido terrible! Y entonces, cuando ya empezaban a ser suficientemente mayores para ir al colegio, la hermana de su marido había ido a vivir con ellos para ayudarles un poco, y cuando todavía no llevaba allí dos meses se había caído por una escalera lastimándose el espinazo. Y durante cinco años Ma Parker cargó con otro niño —¡y vaya una cuando le daba por llorar!— a quien cuidar. Luego la

pequeña Maudie optó por el mal camino y arrastró con ella a su hermana Alice; los dos chicos emigraron, y el pequeño Jim se fue a la India con el ejército, y Ethel, la más pequeña, se casó con un camarerillo pelafustán que murió de úlceras el año que nació el pequeño Lennie. Y ahora le había tocado al pequeño Lennie, mi nietecito...

Lavó y secó la pila de tazas y de platos sucios. Limpió los cuchillos negros con un trozo de patata y con el corcho de un tapón. Fregó la mesa, el aparador y el fregadero en el que flotaban colas de sardina...

Nunca había sido un niño demasiado fuerte, nunca, desde que nació. Era uno de esos bebés rubios a quien todo el mundo toma por una niña. Tenía rizos blancos, plateados, ojos azules, y un lunar, como un diamante, a un lado de la nariz. ¡Lo que les había costado a Ethel y a ella criarlo! ¡Habían probado tantas cosas que habían leído en los periódicos! Cada domingo por la mañana Ethel leía en voz alta mientras Ma Parker hacía la colada.

Señor director:

Solo un par de líneas para comunicarle que mi pequeño Myrtil que se hallaba grave de muerte... Y tras cuatro frascos de... aumentó 8 libras en 9 semanas, y todavía continúa engordando.

Y entonces sacaban del aparador la huevera que servía de tintero y se escribía la carta, y al día siguiente por la mañana, camino del trabajo, Ma compraba el impreso para el giro postal. Pero no servía de nada. No había modo de que el pequeño Lennie engordase.

Ni siquiera llevándolo al cementerio cogía un poco de color; y un buen ajeteo en el autobús tampoco lograba que mejorase su apetito.

Aunque desde el principio había sido el niño mimado de su abuela...

—¿Quién te quiere a ti? —dijo la anciana Ma Parker abandonando los fogones y dirigiéndose hacia la mugrienta ventana. Y una vocecita tan cálida y próxima que casi la sobresaltó —pues parecía brotar de debajo de su corazón— se echó a reír, respondiendo: «¡La abuelita!».

En aquel momento se oyeron pasos y el literato apareció, vestido de calle.

—Señora Parker, voy a salir.

—Perfectamente, señor.

—Encontraré la media corona en la bandejita del tintero.

—Gracias, señor.

—Por cierto, señora Parker —dijo el caballero rápidamente—, ¿no tiraría usted por casualidad un poco de cacao la última vez que vino a limpiar, verdad?

—No, señor.

—¡Qué extraño! Hubiera jurado que quedaba una cucharadita de cacao en la lata —explicó—. Y —añadió amablemente pero con firmeza—: siempre que tire alguna cosa dígamelo, ¿eh, señora Parker? —Y salió muy contento de sí mismo, convencido, en realidad, de haberle demostrado a la señora Parker que, bajo su aparente despiste, era tan observador como una mujer.

Se oyó el portazo. Ma Parker tomó la escoba y el trapo del polvo y se encaminó al dormitorio. Pero cuando empezó a hacer la cama, tirando de las sábanas, metiéndolas bien y alisándolas, el recuerdo del pequeño Lennie se hizo insoportable. ¿Por qué había tenido que sufrir tanto? Eso era lo que ella no podía comprender. ¿Por qué aquel angelito había tenido que hacer esfuerzos sobrehumanos por respirar, luchando por cada gota de aire? No tenía ningún sentido que un niño sufriese de aquel modo.

Del pecho del niño, de aquella cajita, salía un sonido como si algo hirviese. Tenía un gran bulto, algo bulléndole en el pecho y no podía expulsarlo. Cuando tosía toda la cabecita se le cubría de sudor; los ojos se le saltaban, le temblaban las manos, y el gran bulto oscilaba como una patata dentro de un cazo. Pero lo peor de todo era que cuando no tosía permanecía sentado, recostado en la almohada, y nunca hablaba ni contestaba, incluso hacía como si no oyese. Se limitaba a quedarse con la mirada fija, como si estuviese ofendido.

—La abuelita no puede hacer nada, cariñín —decía Ma Parker, apartándole suavemente el pelo húmedo de las coloradas orejas. Pero Lennie movía la cabeza y se apartaba. Parecía tremendamente enfadado con ella... y solemne. Agachaba la cabeza y la miraba de reojo, como si nunca hubiera podido pensar que su abuela fuese capaz de aquello.

Cuando menos... Ma Parker echó la colcha sobre la cama. No, simplemente no podía pensar en ello. Era demasiado... le había tocado sufrir demasiado en esta vida. Y hasta ahora había aguantado, no había dejado que el sufrimiento hiciese mella en ella, y nadie la había visto llorar ni una sola vez. Nunca,

nadie. Ni sus hijos la habían visto dejarse dominar por la desesperación. Siempre había mantenido la cabeza alta. ¡Pero ahora...! Lennie había muerto... ¿qué le quedaba? Nada. Era lo único que le quedaba en esta vida, y ahora también se lo habían llevado. «¿Por qué habrá tenido que ocurrirme precisamente a mí?», se preguntó.

—¿Qué he hecho? —dijo la anciana Ma Parker—. ¿Qué he hecho?

Y mientras pronunciaba estas palabras dejó caer inesperadamente el plumero. Y se encontró en la cocina. Se sentía tan desgraciada que volvió a ponerse el sombrero y las agujas que sujetaban la toca y la chaqueta y salió del apartamento como una sonámbula. No sabía lo que hacía. Era como una persona que traumatizada por el horror de lo que le acaba de ocurrir, echa a andar... sin dirección alguna, simplemente como si andando pudiese alejarse...

En la calle hacía frío. Soplaban un viento helado. La gente pasaba con andar rápido, muy aprisa; los hombres caminaban como tijeras; las mujeres deslizándose como gatos. Pero nadie sabía nada, a nadie le preocupaba. Aunque se hubiese dejado llevar por la desesperación, aunque después de todos aquellos años se hubiese echado a llorar, tanto si le gustaba como si no, habría terminado por encontrarse metida en algún aprieto.

Y al pensar en la posibilidad de llorar fue como si el pequeño Lennie hubiera vuelto a saltar a sus brazos. Ah, sí, eso es lo que quiero hacer, pichoncito. La abuela quiere llorar. Si ahora pudiese romper a llorar, si pudiese llorar cuanto quisiera, por todo cuanto le había ocurrido, empezando por la primera casa en la que había servido y aquella cruel cocinera, siguiendo por la familia del doctor, por los siete hijos muertos, por la muerte de su marido, por la partida de los hijos, si pudiese llorar por todos aquellos años de miseria que llevaban hasta el pequeño Lennie. Pero llorar cabalmente por todas esas cosas requería muchísimo tiempo. De todos modos, había llegado el momento de hacerlo. Tenía que hacerlo. No podía continuar aplazándolo ni un minuto más; ya no podía esperar... ¿Adónde podía ir?

«Una vida muy dura la de Ma Parker, muy dura.» ¡Sí, más de lo que creían, durísima! La barbilla le empezó a temblar; no tenía tiempo que perder. Pero ¿adónde?, ¿adónde?

No podía ir a su casa; Ethel estaba allí. La pobre se hubiera llevado un susto

de muerte. No podía sentarse en un banco en cualquier parte; la gente se pararía a hacerle preguntas. Y no podía regresar al hogar del caballero literato; no tenía ningún derecho a llorar en casa de otros. Y si se sentaba en la escalera de cualquier edificio algún policía le diría que estaba prohibido hacerlo.

¡Ay! ¿No existía ningún sitio donde pudiese esconderse, estar sola tanto como quisiera, sin que nadie la molestase y sin molestar a otros? ¿No existía ningún lugar en el mundo donde pudiese, por fin, solazarse llorando?

Ma Parker permaneció inmóvil, mirando a uno y otro lado. El gélido viento le hinchó el delantal como si fuese un globo. Y empezó a llover. No, aquel sitio no existía.

LA MUJER DEL ALMACÉN

Durante todo el día hizo un calor terrible. El suelo levantaba un viento cálido, que silbaba entre los montecillos de hierba y se arrastraba por todo el camino, empujando. El blanco polvo calcáreo se elevaba en remolinos, impulsado por el viento, envolviéndonos la cara y posándose sobre nuestros cuerpos como otra piel reseca e irritante. Los caballos iban con paso lento, resoplando. El que llevaba la carga estaba enfermo, con una gran llaga abierta que hería su vientre. De vez en cuando se detenía en seco, giraba la cabeza para mirarnos, como a punto de llorar, ¿relinchando? Cientos de alondras gemían en el aire. El cielo se había teñido de un color brillante y los gemidos de las alondras me parecieron los que hacía la tiza al escribir en un pizarrón. Se veía sólo una extensión de manojos de hierba, una fila tras otra de montones de hierba, con alguna flor púrpura perdida o zarzas secas cubiertas de telarañas densas.

Jo cabalgaba adelante. Llevaba una camisa azul de tela gruesa, pantalones de pana y botas altas de montar. Un pañuelo blanco con lunares rojos — parecía que acababa de limpiarse la sangre de las narices— le rodeaba el cuello. Bajo las alas anchas de su sombrero se veían mechones de cabellos blancos; sus cejas y el bigote estaban cubiertos de polvo. Jo cabalgaba balanceándose muy suelto sobre la silla y se quejaba de tanto en tanto. Ni una sola vez en el día, cantó aquello que decía:

No me interesa, porque verás, tengo a mi suegra siempre delante.

Era el primer día, luego de un mes de estar juntos, en que no le habíamos oído canturrear aquella canción. Su silencio nos ponía melancólicos. Jim iba junto a mí, blanco de polvo, de la cabeza a los pies. Su rostro parecía el de un payaso y sus ojos negros brillaban más que nunca en esa máscara empolvada; a cada rato, sacaba la lengua para humedecerse los labios. Su chaqueta corta, de tela gruesa de algodón y los pantalones azules, sostenidos por un cinturón muy ancho, mostraban su color ante los huecos abiertos en la capa de polvo. Apenas si habíamos cruzado algunas palabras desde el amanecer.

A mediodía nos detuvimos junto al borde barroso de un arroyo para

almorzar galletas duras y duraznos.

—Tengo el estómago como buche de gallina —dijo Jo—. Veamos, Jim: tú que eres el guía de nuestro grupo, ¿dónde diablos está ese almacén del que siempre nos hablas? «Por supuesto», nos dices, «yo conozco un buen almacén, con sus troncos gruesos para atar los caballos y una pradera verde bordeada por un arroyo. Su dueño es un buen amigo mío», nos has dicho, «un tipo correcto que te ofrece un trago de whisky y luego te da la mano». Me gustaría ver ese almacén, Jim, aunque sólo fuera para calmar mi curiosidad. No quiero decir con eso que dude de tu palabra, tú lo sabes muy bien, pero...

Jim se echó a reír.

—No olvides que en el almacén hay una mujer, Jo; una hermosa mujer de ojos azules y cabello rubio como el oro, que te ofrece algo mejor que el whisky antes de estrecharte la mano. Métete eso en la cabeza y no lo olvides.

—El calor te debilita la cabeza —comentó Jo, subiendo al caballo. Clavó las espuelas en los ijares y nosotros lo seguimos unos metros más atrás. A poco de andar me quedé medio dormida sobre la silla y, entre sueños, tuve la desagradable sensación de que todos los caballos se detenían. De pronto me vi encima de un caballito de madera y mi madre, que se hallaba detrás de mí, me retaba por levantar tanto polvo de la alfombra. «La has gastado tanto que sus hermosos dibujos desaparecieron», me decía y se abalanzó sobre mí para darme un golpe en los riñones. Empecé a llorar en voz baja y me desperté asustada y encontré a Jim inclinado sobre mí, sonriendo con malicia.

—Esa sí que es buena —me dijo—. Acabo de sorprenderte. ¿Qué te sucede? ¿En qué mundo andabas?

—Ninguno —le respondí con énfasis, alzando la cabeza—. ¡Gracias a Dios, por fin llegamos a alguna parte!

Estábamos al pie de la colina y, más abajo, se veía un techo de chapa acanalada. Ocupaba el centro de un amplio jardín, distanciado del camino. A su alrededor, una pradera verde se extendía con un arroyo zigzagueante. El paraje estaba aislado por una cantidad de sauces jóvenes. Por la chimenea, ascendía recto un hilillo de humo azul, asomando por un rincón del techo. Mientras observaba la forma de aquel cobertizo vi salir a una mujer seguida por una niña y un perro ovejero. La mujer parecía llevar en la mano una larga vara negra. Nos había visto y estaba haciéndonos alguna seña. Los caballos

soltaron un prolongado y sonoro resoplido final. Jo se quitó el ancho sombrero, dio un grito, sacó pecho y empezó a cantar aquello de «no me interesa, porque ya ves...» De repente, el sol reapareció entre las nubes pálidas e iluminó con brillosos resplandores aquella escena. Uno de los rayos acentuó el cabello rubio de la mujer, resplandeció el delantal agitado por el viento y brilló también el rifle que llevaba en la mano. La chiquilla se escondió detrás de su madre, y el perro ovejero, de pelaje blanco y sucio, regresó trotando al cobertizo, con la cola entre las patas. Tiramos de las riendas, los caballos se detuvieron en seco y desmontamos.

—¡Hola! —gritó la mujer—. Creía que eran tres buitres. Mi chica llegó corriendo, azorada. «Mamá», me dijo, «vienen bajando por la colina tres cosas grises». Yo me preparé para recibirlas, estén seguros de eso. «Tienen que ser buitres», le respondí a la chica. No saben la cantidad de buitres que hay por aquí.

La niña nos dirigió la mirada con uno de sus ojos, por detrás de las faldas de su madre, y se ocultó de nuevo.

—¿Dónde está su hombre? —preguntó Jim.

La mujer parpadeó rápidamente, se pasó una mano por la boca y giró la cabeza para observarnos.

—Se fue a la esquila —nos dijo, demorando su respuesta—. Hace casi un mes que anda fuera. Supongo que no permanecerán aquí, ¿verdad? Una tormenta se avecina.

—No se intranquilece, pero nos quedamos —afirmó Jo—. ¿De modo que está sola, señora?

Permaneció quieta, con la cabeza gacha y empezó a acomodar los pliegues del delantal. Luego nos miró de reojo, uno a uno, con una expresión de pajarito hambriento. Me sonreí al pensar en la burla que le había hecho Jim a Jo, hablándole siempre sobre aquella hermosa mujer del almacén. Ciertamente ella tenía los ojos azules y el poco pelo que le quedaba era rubio como el oro viejo, pero no era bonita. Su figura tenía un aspecto ridículo que daba lástima. Al observarla, se tenía la impresión de que bajo su blanco delantal, sólo había palos y alambres retorcidos. Los dientes de delante le faltaban, sus manos largas, agrietadas y enrojecidas, le colgaban inútiles de los brazos y llevaba un par de botas de hombre arrugadas, cubiertas de polvo.

—Voy a soltar los caballos en el prado —dijo Jim—. ¿No tiene por casualidad algún linimento? El pobre Poi tiene una llaga hecha un demonio.

—¡Un momento! —gritó la mujer con algo de histérica. Se quedó en silencio, mirándonos, llena de ira: las narices se le dilataron, temblándole al respirar. Y volvió a gritar con el mismo tono chillón—. Es mejor que no se detengan. Váyanse y se acabó. No quiero que los caballos pasten en mi prado. Tienen que irse; no tengo nada para ofrecerles.

—¡Vaya, que me cuelguen! —dijo Jo sorprendido. Me apartó hacia un costado—. El diablo salió de su cuerpo —murmuró—. Será porque hace tiempo que está sola. Si la tratamos con respeto, volverá a la coherencia.

Pero no fue necesario poner en práctica la propuesta. La mujer había vuelto a sus cabales por sí sola.

—Quédense, si quieren —nos dijo de mala gana, encogiendo los hombros. Luego giró y me dijo—: Si viene conmigo, le daré el linimento para el caballo.

—Muy bien, yo se los llevaré después al prado.

Seguí por el largo sendero que atravesaba el jardín. A ambos lados había plantado repollos y tal vez por eso el lugar olía a agua podrida. También había flores: una fila de amapolas dobles y toda una plantación de arvejillas de olor. Me llamó la atención una porción de tierra removida en medio de las flores, señalada por hileras de conchas y caracoles. Al rato advertí que aquel terreno pertenecía a la niña, porque al pasar frente a él se desprendió de las faldas de su madre y corrió para escarbar esa porción de tierra con una percha rota. El perro atravesaba el umbral de la puerta, matando las pulgas a mordiscos. La mujer lo apartó de nuestro camino, de una patada.

—¡Eh, fuera de aquí, bestia inmundada...! La casa está desordenada. No tuve tiempo de arreglarla... Estuve planchando. ¡Adelante!

La «casa» era tan sólo una habitación amplia cuyas paredes estaban empapeladas con las hojas de viejos diarios londinenses. A primera vista, me pareció que el número más actual era de la época del jubileo de la Reina Victoria. Había una mesa con una tabla de planchar, un cubo de agua, algunos recipientes de madera, un diván desarmado con un forro de crin negro y varias sillas de cañas rotas y apoyadas contra la pared para que no se cayeran. La repisa que se hallaba encima de la estufa estaba adornada con

papel encarnado, flores, tallos y hojas secas en floreros cubiertos de polvo y con una imitación de Richard Seddon en colores. Había cuatro puertas: una, por el olor, parecía dar al almacén; la otra, seguramente al patio trasero; en la tercera, que estaba entreabierta, se podía ver una cama. Las moscas, volando en bandada, zumbaban contra el cielo raso. Y sobre las cortinas de la única ventana tenía adheridos papeles matamoscas y un montón de tréboles secos.

De repente me encontré sola en la amplia habitación. La mujer se había ido al almacén a buscar el linimento. Oía sus pasos recios y sus murmullos groseros. Hablaba sola, se preguntaba y se respondía: «Tengo linimento», decía. «¿Dónde habré puesto la botella? Estará detrás del frasco de los pepinillos... No está». Desocupé un rincón sobre la mesa para sentarme allí, balanceando las piernas. Oía la lejana voz de Jo, cantando en el prado y los golpes del martillo de Jim clavando las estacas para afirmar la tienda de campaña. Era el momento del crepúsculo. En Nueva Zelanda los días no gozan de la penumbra del poniente: tienen una media hora de luz extraña y siniestra, donde todo es grotesco, deforme y espantoso, como si el alma salvaje del país emergiera de repente sobre antiguos poderes y renegara de lo que contemplaba. Al verme sola en la gran habitación, iluminada por la escabrosa luz del poniente neocelandés, sentí miedo. Aquella mujer tardaba demasiado en encontrar el linimento. ¿Qué estaría haciendo allí dentro? Me pareció que la había oído golpear con las manos alguna mesa y la escuché quejarse otra vez, luego toser y limpiarse la garganta. Tuve deseos de gritar que regresara, pero me contuve y esperé en silencio. «¡Qué vida atroz, Dios mío!», pensaba yo. «¿Cómo será eso de compartir un día tras otro, con esa niña roñosa y el perro sucio siempre cerca? ¿Qué será eso de planchar aquí y de...? ¡Loca! ¡Claro que está loca! Quisiera saber hace cuánto tiempo que vive aquí. Quisiera que me hablara...»

En ese preciso momento, la mujer asomó su largo perfil por la puerta.

—¿Qué era lo que querían? —me preguntó.

—Linimento.

—¡Ah, me había olvidado! Ya lo encontré. Estaba junto al frasco de pepinillos —al decir esto, me alargó la botella—. Se la ve nerviosa —agregó—. Le voy a preparar unos panecillos dulces para la cena. Hay un poco de lengua en el almacén y si les gusta, cocinaré un repollo.

—Muy bien, gracias —repuse sonriendo—. Luego venga a nuestra tienda, en el prado, y lleve a la niña para que nos acompañe a tomar la merienda.

Sacudió la cabeza, mostrando los labios.

—Oh, no. Creo que no iremos. Les mandaré a la niña con las cosas, cuando termine de cocinar los panecillos. ¿Quiere que le amase algunos más para llevarlos mañana?

—Gracias.

Se quedó de pie en la puerta, apoyada contra el marco.

—¿Qué edad tiene la niña?

—En Navidad cumplirá seis años. Tuve muchos dolores de cabeza con ella, por varias cuestiones. No pude darle leche hasta que la chica tuvo un mes, estaba desnutrida y flaca como una varilla.

—No se parece a usted. ¿Salió a su padre?

Así como se había exaltado antes, cuando nos indujo a que nos fuéramos, ahora se enfadó contra mí.

—¡No! ¡No es verdad! —gritó hecha una furia—. Se parece a mí. Es mi vivo retrato. Hasta un ciego puede verlo. —Luego, se dirigió a la niña, que seguía removiendo su terreno.

—Ven acá, rápido, Else, y deja de remover esa tierra.

Me encontré con Jo pasando sobre el cerco del prado.

—¿Qué tiene la vieja bruja en el almacén? —me preguntó.

—No sé. No entré.

—¡Vaya! ¡Qué tontería! Jim te anda buscando. ¿Qué estuviste haciendo durante todo este tiempo?

—Buscando el linimento. Oye, Jo... ¡qué elegante y bien peinado estás!

Jo se había aseado, traía el pelo reluciente, peinado con raya al medio. Había elegido un saco limpio por encima de la camisa. Me hizo un guiño.

Jim me quitó de las manos la botella de linimento. Me fui sola, a través del prado, donde los sauces se juntan, para bañarme en el arroyo. El agua clara me cubría el cuerpo, suave como el aceite. Entre las hierbas y las raíces de las orillas, el agua formaba orlas de espuma que se agitaban. Me quedé en el

agua mirando cómo los sauces movían sus hojas por un momento y luego las dejaba quietas. El aire traía olor a lluvia. Me olvidé de la mujer y de su hija, hasta que regresé a la tienda. Jim estaba tendido sobre el césped, mirando el fuego de la hoguera que acababa de encender. Le pregunté si la chica había traído algo de comer y dónde estaba yo.

—¡Bah! —repuso Jim con disgusto, girando su cuerpo para acostarse de espaldas y observar de cara al cielo—. ¿No te has dado cuenta de que Jo está como embrujado? Se fue al almacén demasiado prolijo y me dijo: «¡Que me cuelguen si esa mujer no es más bonita de noche que de día! De todas maneras, muchacho, es carne de mujer». Esas palabras me dijo.

—Recuerda que tú tienes la culpa por haber hecho creer a Jo, y a mí también, que había una mujer bella en este almacén.

—No. No se trata de eso. Escucha: no puedo entenderlo. Hace cuatro años pasé por este lugar y permanecí dos días aquí. El marido de esa mujer fue compañero mío cuando ambos deambulábamos por las costas occidentales. Es lo que yo llamo un buen tipo, del tamaño de un toro y con una voz similar a un trombón. La mujer había sido camarera en una cabaña de la costa, hermosa como una muñeca. Cuando estuve en este almacén, cada quince días, la diligencia pasaba. Todo esto era antes de que inauguraran el ferrocarril de Napier. Y puedo asegurar que aquella mujer no perdía el tiempo. Recuerdo que me dijo, en un momento de confesión, que ella besaba de ciento veinticinco maneras diferentes y todas sensuales e irresistibles.

—¡Vamos, Jim! Por supuesto que no se trata de la misma mujer.

—Tiene que serlo..., de otra manera no me lo explico. Lo que yo creo es que su marido se fue y la abandonó. Que engañe a otro con la historia de la esquila. ¡Qué terrible soledad! Los únicos que aparecerán por aquí, de vez en cuando, serán los maoríes.

A pesar de la oscuridad, divisamos el blanco delantal de la niña. Caminaba arrastrándose hacia nosotros, con una enorme canasta al brazo y una olla de leche en la mano. Revisé dentro de la canasta mientras la chica me miraba hacer.

—Ven aquí —le dijo Jim haciéndole gestos con el dedo.

Se acercó. La lámpara que colgaba del techo de la tienda la alumbró de cuerpo entero. Era una pobre criatura escuálida y débil, con el cabello

blancuzco y los ojillos tristes. Se había parado con las piernas abiertas y el vientre al aire.

—¿Qué haces durante el día? —le preguntó Jim.

La chica escarbó con el dedo meñique su oreja, miró lo que había sacado y respondió:

—Dibujo.

—¿Eh? ¿Qué dibujas? ¡Deja de escarbarte las orejas!

—Dibujos.

—¿Dónde los haces?

—En papeles llenos de grasa, con el lápiz de mamá.

—¡Vaya! ¡Cuántas palabras de golpe! —Jim la miraba sonriendo, con algo de afecto—. ¿Ovejitas que hacen beee y vaquitas que hacen mu?

—No. Todas las cosas. Los dibujaré a todos antes de que se vayan, a sus caballos y a la tienda y a ésa con ningún vestido en el arroyo —dijo, señalándome a mí—. Yo la veía desde un lugar donde ella no me veía.

—Te felicito —le respondió Jim—. Así llegarás lejos en la pintura.

Entonces, le preguntó algo atrevido:

—¿Dónde está papá?

La chica pareció asustarse y comenzó a balbucear.

—No se lo voy a decir porque no me gusta su rostro. Y volvió a escarbarse la otra oreja.

—Bueno —le dije—. Vete a casa, llévate la canasta y avísale al otro hombre que venga a comer.

—No quiero.

—¡Te voy a dar una cachetada si no obedeces! —la amenazó Jim, con suma violencia.

—¡Ay, ay! Se lo diré a mamá, se lo diré a mamá —dijo la chica y salió corriendo.

Comimos hasta hartarnos. Había llegado la hora del café y los cigarrillos, cuando Jo regresó, muy colorado y contento, con una botella de whisky en la mano.

—Bébanse los dos un trago —nos dijo alzando muy fuerte la voz y sacudiendo la botella en nuestras narices—. ¡Vamos! ¡Levanten las copas!

—Ciento veinticinco maneras distintas... —le murmuré a Jim en el oído.

—¿Eh? ¿Cómo dicen? ¡Basta de eso! —dijo Jo, serio—. ¿Por qué se la agarran siempre conmigo? Parecen niños de escuela dominical en una excursión. Si quieren saberlo, nos ha invitado a los tres para que visitemos su casa esta noche y charlemos. Yo —levantó la mano, como si quisiera detener nuestras felicitaciones antes de tiempo— he sabido tratarla y sé cómo tranquilizarla.

—Te creo —comentó Jim riendo—. Pero ¿te dijo dónde está su marido?

Jo lo miró entre sorprendido e irritado.

—En la esquila. Ella misma te lo dijo, idiota.

La mujer había limpiado y arreglado la habitación, incluso la adornó con un ramo de arvejillas en el centro de la mesa. Fui a sentarme al lado de ella, frente a Jo y Jim. Además de las flores de adorno, sobre la mesa había una lámpara de petróleo, la botella de whisky, vasos y una jarra de agua. La chica, arrodillada en el suelo, dibujaba en un papel de envoltura. Me pregunté, sobresaltada, si acaso no estaría reproduciendo la escena del arroyo.

No había duda de que Jo tenía razón cuando dijo que la mujer se vería mejor de noche. En verdad, esa noche presentaba mejor aspecto. Las hebras de su cabello rubio estaban prolijas, recogidas y alisadas, tenía cierto color en las mejillas y brillaban sus ojos. Y advertimos que sus pies se hallaban apretados, bajo la mesa, por las botas de Jo. Su delantal grasoso había sido reemplazado por una falda de lana negra y una blusa blanca. La chica llevaba una cinta azul en el pelo. Así, en la atmósfera asfixiante de aquella habitación, entre el zumbido de las moscas que giraban en espirales ascendentes hacia el techo y descendían sobrevolando la mesa, nos emborrachamos lentamente.

—Ahora escúchenme —interrumpió la mujer dando puñetazos sobre la mesa—. Hace seis años que me casé y he tenido cuatro abortos. Le dije a mi marido: ¿Quién crees que soy yo para que me tengas aquí? Si estuviéramos en la Costa, te haría colgar por infanticidio. Y le repetía: has doblegado y sometido mi espíritu, me has arruinado el cuerpo, la apariencia. ¿Para qué? ¡Eso es lo que quiero saber! ¿Para qué? —Se agarró la cabeza con las manos,

apoyó los codos sobre la mesa, mirándonos fijamente. Y comenzó a hablar de nuevo, con rapidez—. Durante días enteros, que sumados formaban meses, me torturaban la cabeza aquellas dos benditas palabras. ¿Para qué? A veces estaba aquí, frente a la estufa, cocinando papas, y al levantar la tapa de la cacerola para moverlas, oía las mismas palabras de siempre y no sólo aquel «¿Para qué?», con las papas y con la chica y con... Quiero decir que... quiero decir... —un ataque de hipo la interrumpió—. ¡Usted sabe lo que quiero decir, señor Jo!

—Lo sé —dijo Jo rascándose la cabeza.

—Lo peor era —continuó la mujer, inclinándose sobre la mesa— que me dejaba sola mucho tiempo. Cuando las diligencias dejaron de venir, se iba por muchos días, semanas y hasta meses, dejándome encargada del almacén. Y después regresaba, contento como en Pascuas. «¡Hola!», me decía. «¿Cómo has estado? Ven aquí y dame un beso». Y yo iba. Y cuando me negaba a ser afectuosa, él volvía a irse, a desaparecer sin decir nada. Aunque si yo me mostraba complaciente, también se iba. Cuando lo recibía, esperaba hasta hacerme bailar sobre un dedo y después se despedía: «Bueno; hasta siempre. Ya me voy». ¿Y creen que yo podía retenerlo? ¡No! Yo, no.

—Mamá —gritó la chica—. Hice un dibujo de todos ellos, bajando por la colina, y de ti y de mí y el perro, abajo.

—¡Cállate! —gritó la mujer.

La luz de un relámpago iluminó en forma eléctrica la habitación y a los pocos segundos se oyó el sacudón del trueno.

—Menos mal que se larga —comentó Jo—. El clima nos ha estado sofocando desde hace tres días.

—¿Dónde está ahora su marido? —insistió Jim, acentuando cada palabra.

Metió la cabeza entre sus brazos, apoyados sobre la mesa, y empezó a lloriquear.

—Se ha ido a la esquila y otra vez me dejó —gritó entre gemidos.

—¡Eh! ¡Cuidado con esos vasos! —exclamó Jo—. Levante la cabeza y tome otro trago. No tiene sentido alguno llorar por maridos ausentes. La has hecho buena, Jim.

—Señor Jo —suspiró la mujer, levantando la cabeza y secándose las

lágrimas con la solapa de su chaqueta blanca—, usted es un tipo decente. Si yo fuera mujer de secretos, le confiaría todo a usted. Y no crea que me opongo a beberme otro vaso de whisky.

La luz de los relámpagos era cada vez más fuerte, lo mismo que la potencia de los truenos. Jim y yo estábamos en silencio. La chica seguía de rodillas, apoyada en el banco y sin moverse. Tenía la punta de la lengua fuera de la boca y, de vez en cuando, soplabla sobre el papel en que dibujaba.

—Es la soledad —exclamó la mujer, dirigiéndose hacia Jo, que la escuchaba con afecto—. Es la tristeza de estar aquí, como una gallina ponedora en su nido.

Jo extendió su brazo sobre la mesa y tomó la mano de la mujer. A pesar de que la posición de los dos parecía muy incómoda, sobre todo al servirse whisky y al beberlo, mantuvieron unidas sus manos, como si estuvieran adheridas.

Me levanté para acercarme a la niña. Ella, por su parte, se incorporó con decisión y se sentó sobre el banco y los papeles de sus dibujos, mirándome con desconfianza.

—No puede verlos —dijo, desafiante.

—Vamos, no seas tonta.

Jim se acercó a nosotros. Los dos habíamos bebido bastante, tomamos a la niña por los brazos y la arrancamos del banco para ver sus dibujos. Los analizamos y, para mi asombro, estaban bien hechos, algo repulsivos y groseros. Eran las composiciones de un lunático, hechas con la habilidad de un lunático. No había duda de que la niña tenía la mente perturbada. Y ahora se mostraba alegre de que viéramos sus dibujos. A medida que los mostraba, sus nervios eran crecientes, reía, temblaba y tiritaba en nuestros brazos con una fuerza muy particular.

—¡Mamá! —gritó en un momento dado, en un punto extremo de la excitación—. Voy a hacerles el dibujo que tú me dijiste que no hiciera nunca. Lo haré ahora.

Con una velocidad inusitada, la mujer se levantó de la mesa, se lanzó hacia su hija y la golpeó con brusquedad en la cabeza, con las dos manos abiertas.

—¡Te daré azotes desnuda si te atreves a decir eso otra vez! —le gritaba,

convertida en una fiera.

Jo estaba muy embriagado como para darse cuenta de lo que sucedía. Jim tomó los brazos de la mujer para que no siguiera pegando a la niña. La niña no lloró ni lanzó un solo grito. Al terminar el forcejeo, se acercó pausadamente a la ventana y se quedó allí despegando las moscas del papel.

Todos volvimos a la mesa. Esta vez me senté junto a Jim para que la mujer se ubicara al lado de Jo y se reclinara sobre su pecho. Nos quedamos los cuatro diciendo estupideces. «Este cayó cerca. Otro más, y otro», y Jo, justo en medio del estruendo de un trueno: «Ahora viene. Ya está. Agárrense. Ya llega», hasta que empezaron a caer gotas gruesas sobre el techo de chapas acanaladas, que perturbaban.

—Será mejor que esta noche se queden a dormir aquí —dijo la mujer.

—Así es —afirmó Jo que, por otra parte, estaba más que interesado por el ofrecimiento.

—Saquen lo que necesiten de la tienda. Ustedes dos pueden dormir en el almacén junto con la niña, que ya está acostumbrada a dormir allí y no le importará.

—Nunca he dormido ahí, mamá —interrumpió la niña.

—¡Cállate y no digas mentiras! El señor Jo puede dormir aquí.

La distribución de lugares resultó absurda, pero era inútil cambiar su propuesta. Sin duda, Jo y la mujer ya se habían puesto de acuerdo.

Mientras ella organizaba este plan, Jo permaneció inmóvil en su silla, con una seriedad pocas veces vista en él, con los carrillos enrojecidos y jugando con el bigote.

—Préstanos una linterna —dijo Jim—. Iré a buscar las cosas a la tienda.

Salimos juntos. La lluvia nos golpeaba la cara y al caminar sentíamos debajo de nosotros la tierra blanda, como si fueran cenizas. Como niños frente a una aventura, y corriendo por el prado, saltando, gritando, riendo entre el pavoroso estruendo de los truenos.

Al volver al almacén, la niña ya estaba acostada sobre el mostrador. La mujer nos entregó una lámpara y Jo tomó, de manos de Jim, el bolso con su ropa y salió con la cabeza baja, cerrando la puerta.

—¡Buenas noches! —gritó desde el otro lado.

Jim y yo nos dejamos caer sobre dos bolsas de papas, sin poder aguantar la risa. De las vigas del techo colgaban bolsos repletos de cebollas y piernas de jamón. Por doquiera que miráramos se hallaban los anuncios del «Café Camp» y estantes con latas de carne. Nos los mostrábamos uno al otro, tratando de leer los títulos de letras más pequeñas, entre risas e hipos. La niña nos miraba desde el mostrador, sin otra expresión que su mirada triste. De pronto, arrojó a un costado la frazada y saltó al suelo. Se quedó donde había caído, muy seria, con su camisón de franela gris, rascándose el empeine de un pie con la uña del dedo gordo del otro pie. No le prestamos casi nada de atención.

—¿De qué se ríen? —nos preguntó molesta.

—¡De ti! —repuso Jim, rápido—. De ti y de tu tribu, niña mía.

La niña se ofuscó de pronto y se daba golpes con los puños, gritando:

—¡No quiero..., no quiero que se rían de mí! ¡Malos! ¡Malditos!

Jim se acercó a la chica, la alzó con poca firmeza y la arrojó con violencia sobre el mostrador.

—¡Duérmete y calla! O dibuja, si quieres. Aquí tienes lápiz, y usa si quieres el libro de cuentas de tu mamá.

Nos quedamos sentados en silencio, y entre el murmullo de la lluvia oímos claramente los pesados pasos de Jo en el piso de madera de la habitación vecina, luego una puerta que se abría, y un rato después, cerrarse la misma puerta.

—Es la soledad —murmuró Jim.

—¡Pobre de él! ¡Ciento veinticinco distintas maneras de besar, señor mío!

La chica arrancó violentamente una hoja del libro de cuentas de su madre y, desde el mostrador, la arrojó hacia donde estábamos nosotros.

—¡Allí está! —nos dijo con su voz chillona de niña caprichosa—. Aunque no lo quiere mamá, lo hice. Lo hice porque me encerró aquí, con ustedes. El dibujo que ella no quiere que haga. Dijo que me mataría si lo hacía, pero lo hice igual. ¡No me importa! ¡No me importa!

La chica había dibujado a una mujer disparando un rifle contra un hombre y

a la misma mujer haciendo un foso en la tierra para enterrar al muerto. Saltó del mostrador y se puso a caminar por el interior del almacén, mordiéndose las uñas. Jim y yo nos quedamos sentados sobre las bolsas, sin decir palabra, al lado del dibujo, hasta que comenzó a aclarar. La lluvia había cesado y la niña dormía respirando con dificultad. Salimos rápidamente del almacén y corrimos hacia el prado, a nuestra tienda. En el cielo color rosa transitaban pequeñas nubes blancas y soplaba un viento frío con olor a hierba mojada. Cuando montamos para partir, Jo salió de la casa y nos hizo señas de que nos fuéramos.

—Los alcanzaré después —gritó.

En el primer recodo del camino, perdimos de vista aquel lugar.

PRELUDIO

I

Ni un dedo de espacio quedaba en el coche para Lottie y Keiza. Se tambalearon, cuando Pat las sentó en la cima del equipaje. La abuela tenía lleno de bultos su regazo, y a Linda Burnell le hubiera resultado imposible llevar en el suyo ni siquiera una parte de chiquillo durante cualquier trayecto del viaje. Dominándolo todo iba Isabel, en lo alto, junto al nuevo criado, en el asiento del cochero. Paquetes, maletas y cajas se apilaban en el fondo.

—Son cosas absolutamente necesarias, que yo no quiero perder de vista un solo momento —dijo Linda Burnell, con voz temblona por la excitación y la fatiga.

Lottie y Kezia permanecían sobre el césped, precisamente detrás de la verja, dispuestas para el suceso, con sus chaquetillas de botones de metal, marcados con un ancla y con sus gorras de cintas que llevaban el nombre de un acorazado. Cogidas de la mano, con los ojos muy redondos y graves, miraban fijamente, primero, «esas cosas absolutamente necesarias»; después, a su madre.

—Habrás, sencillamente, que dejarlas. Podemos abandonarlas —dijo Linda Burnell.

Una extraña risita se escapó de sus labios; Linda se recostó contra los mullidos cojines de cuero y cerró los ojos. La risa hacía temblar su boca. Felizmente, la señora Samuel Joseph, que había seguido la escena desde detrás de la cortina de su salón, se acercaba contoneándose a lo largo del sendero del jardín.

—¿Por qué no dejarme los niños, señora Burnell? ¡Podrían ir en el coche del almacenero, cuando baje esta tarde! Hay que llevar todo lo que está en el

camino, ¿verdad?

—Sí. Hay que llevar todo lo que está fuera —dijo Linda Burnell, señalando con su blanca mano las mesas y las sillas colocadas patas arriba, sobre el césped, ante la casa.

¡Qué absurdas parecían! O se colocaban en sentido opuesto o era preciso que Lottie y Kezia se mantuviesen también con las patas para arriba. Linda tenía ganas de decir: «¡pónganse patas arriba, niñas, y esperen el camión!». Esto le parecía tan deliciosamente gracioso que no podía escuchar a la señora Samuel Joseph.

El cuerpo crujiente y grasiento se apoyó en la barrera y la cara voluminosa de jalea sonrió.

—No se atormente usted, señora Burnell. Lottie y Kezia podrán tomar el té con los niños en el cuarto, y luego los meteré en el camión.

La abuela reflexionó:

—Sí, es verdad, es lo mejor; se lo agradecemos mucho, señora Samuel Joseph. Niñas, den las gracias a la señora Joseph.

Respondieron tímidamente: —Muchas gracias, señora Joseph.

—Sean buenas niñas... acérquense —ellas se aproximaron—. No olvidarse de pedir a la señora Joseph cuando tengan necesidad de...

—¡No, abuela!

—No se atormente usted, señora Burnell.

A última hora, Kezia soltó la mano de Lottie y corrió al coche.

—Yo quiero besar a mi abuela y decirle adiós otra vez.

Pero llegó demasiado tarde. El coche rodaba ya a lo largo de la carretera que subía una pendiente. Isabel, henchida de orgullo, levantaba la nariz sobre el mundo entero; Linda Burnell estaba abatida, la abuela huroneaba entre el curioso baratillo que había juntado a última hora en su bolso de seda negra, para encontrar en él algo que dar a su hija. El coche desapareció en lo alto de la cuesta entre los reflejos del sol que doraban el fino polvo del camino. Kezia se mordió el labio; pero Lottie, después de haber buscado cuidadosamente su pañuelo, comenzó a lamentarse.

—¡Mamá, abuela!

La señora Samuel Joseph la envolvió como una enorme y caliente cubretetera de seda negra.

—Eso está bien, querida mía. Tienes que ser una niña valiente, ven a jugar en el cuarto.

Colocó su brazo alrededor de Lottie que lloraba y se la llevó. Kezia siguió haciendo muecas al ver la falda de la señora Samuel Joseph, desabrochada como siempre, que dejaba pasar dos largos lazos rosa del corsé...

Las lágrimas de Lottie se secaron mientras subía la escalera; su aspecto con los ojos hinchados y la nariz enrojecida, hizo mucha gracia a los pequeños de Samuel Joseph sentados en dos bancos, delante de una larga mesa cubierta de un mantel de hule, adornada con grandes platos llenos de rebanadas de manteca y dos jarras cafés que humeaban débilmente.

—¡Oh! ¡Has llorado!

—¡Oh! ¡Se te han hundido los ojos en la cabeza!

—¡Miren como tiene su nariz! —¡Estás toda colorada!

Lottie se dió cuenta de su éxito, se hinchó y sonrió tímidamente.

—Sientate junto a Zaidee, querida —dijo la señora Samuel Joseph— y tú, Kezia, siéntate al extremo de la mesa, cerca de Moses.

Moses se rio maliciosamente y la pellizcó al sentarse, pero ella fingió no haberlo sentido. ¡Cuánto aborrecía a los chicos!

—¿Qué prefieres? —preguntó Stanley, inclinado sobre la mesa, muy contento y sonriente—. ¿Por dónde quieres empezar, por las fresas con natilla o por el pan untado?

—Fresas con crema, por favor —contestó.

¡Ja, ja, ja! Cómo se reían todos, golpeando la mesa con sus cucharitas de té. ¡Ah! ¡Cayó en la trampa! ¡Cómo se había burlado de ella el viejo Stan!

—Mamá. ¡Ha creído que era verdad!

La misma señora Samuel Joseph no pudo contener la sonrisa, vertiendo el agua y la leche.

—No hay que hacerlas rabiar en su último día —dijo, haciendo ruido al respirar.

Kezia mordió un enorme bocado de su rebanada y la plantó sobre su plato.

La huella de los dientes formaba una delicia de enrejado. ¡No! ¡Todo eso le daba igual! Una lágrima corría a lo largo de su mejilla, pero no lloraba, no hubiera podido llorar delante de esos horribles niños Samuel Joseph; se sentó con la cabeza gacha, y cuando se le deslizaba dulcemente una lágrima, la engulló con un diestro lengüetazo, y se la bebió antes de que nadie la viese.

II

Después del té, Kezia volvió a dar vueltas por la casa. Lentamente subió por la escalera de servicio, atravesó el lavadero y entró en la cocina. Sólo quedaba un pedazo de un áspero jabón amarillo en un rincón de la ventana, y en el otro, un trapo de franela manchado por una bolsa azul. La chimenea estaba llena de despojos. Kezia buscó, pero no encontró más que un pinche para el pelo con un corazón pintado encima, que había pertenecido a la criada; lo dejó también y se fue deslizándose a lo largo del estrecho pasillo hasta el salón. Habían corrido el estor, pero no por completo, y se filtraban largas y brillantes rayas de sol. La sombra movediza de un arbusto, bailaba afuera sobre las franjas doradas; unas veces inmóvil, otras revoloteando, rozando los pies de Kezia. ¡Zuum...! ¡Zuum...! Una mosca azul chocaba contra el techo; los clavos que había sujetado la alfombra aún tenían adheridas pelusas rojas.

La ventana del comedor tenía vidrios de colores en cada ángulo. Unos azules, otros amarillos. Kezia se asomó para ver una vez más la azul avenida con los lirios azules que crecían junto a la verja, y después, la avenida amarilla con los lirios y la valla amarilla. Mientras ella miraba, una pequeña Lottie con su kimono avanzó sobre el césped y se puso a desempolvar las mesas y las sillas con la punta de su delantal. ¿Era realmente Lottie? Kezia no estuvo segura del todo hasta haberla mirado a través de la ventana común. Arriba, en la habitación de sus padres, Kezia encontró un pastillero, negro y brillante por fuera y rojo por dentro, que contenía un pequeño copo de algodón.

—Podría guardar un huevo de pájaro —decidió.

En la habitación de la criada encontró un botón atascado entre las grietas del entablado, y en otra grieta, algunas perlas y una larga aguja. Kezia sabía que en la habitación de su abuela no había nada; ella la había visto empacar; fue hacia la ventana y se apoyó, apretando sus manos contra el cristal. A Kezia le gustaba quedarse así ante la ventana. Le gustaba la sensación del cristal frío y brillante contra sus palmas calientes y le gustaba también mirarse las yemas de sus dedos, que se quedaban blancas al apretarlos contra el cristal. Mientras permanecía allí, el día se extinguió y cayó la noche. Y con la noche llegó soplando el viento fuerte. Las ventanas de la casa vacía temblaron; un crujido salía de los muros y de los entarimados, un trozo de hierro desprendido golpeaba lúgubrementemente contra el tejado. Kezia se quedó de pronto en absoluta tranquilidad, con los ojos muy abiertos y las rodillas apretadas una contra otra. Tenía miedo. Quería llamar a Lottie y quiso seguir llamándola mientras bajaba la escalera hasta que saliera de la casa. Pero la cosa estaba justamente detrás de ella, esperándola en la puerta, en lo alto de la escalera, al pie de la escalera, oculta en el corredor, lista para abalanzarse sobre ella en la puerta de servicio. Pero en la puerta de servicio estaba también Lottie.

—¡Kezia! —la llamaba alegremente—. ¡El almacenero está aquí! ¡Todo está ya en el camión, y hay tres caballos, Kezia! La señora Samuel Joseph nos ha dado un gran chal para abrigarnos y ha dicho que te abroches el abrigo. Ella no saldrá porque tiene el asma.

Lottie se sentía muy importante.

—¡Vamos, niñas! —gritó el almacenero.

Hundió sus gruesos pulgares bajo los brazos de las niñas, y las levantó por el aire. Lottie se arregla el chal «de un modo admirable» y el almacenero arrojó sus pies con una manta vieja.

—Levántenlos despacio.

Ellas hubieran podido ser un par de jóvenes ponis. El almacenero revisó las cuerdas que sujetaban su carga, desenganchó la cadena de la rueda y, silbando, se ubicó al lado de las niñas.

—¡Apriétate contra mí! —dijo Lottie—, porque si no, me vas a dejar sin chal, Kezia!

Pero Kezia se acercó al almacenero, que se erguía alto como un gigante y

que olía como las nueces y las cajas nuevas de madera.

III

Lottie y Kezia no habían estado nunca afuera hasta tan tarde. Todo tenía un aspecto diferente; las casas de madera pintada parecían mucho más pequeñas que durante el día, los jardines, mucho más grandes y salvajes. El cielo estaba sembrado de estrellas brillantes y la luna pendía sobre el puerto tiñendo las olas con pinceladas de oro. Alcanzaban a ver el faro que brillaba en la isla Quarantine y las luces verdes de las viejas barcazas carboneras.

—Ahí viene el barco de Picton —dijo el almacenero, señalando un vaporcito coronado de luces de colores.

Pero cuando llegaron a la cima de la colina y emprendieron el descenso, el puerto desapareció y, aunque aún no habían salido de la ciudad, las niñas se sintieron perdidas. Se cruzaron con otros carretones que avanzaban, rechinantes, en dirección contraria. Todo el mundo conocía al almacenero.

—Buenas, Fred.

—¡Muy buenas! —gritaba él.

A Kezie le gustaba mucho escucharlo. Cada vez que divisaba un carro a la distancia, la niña levantaba la vista para mirarlo y esperaba que hablara. Era un viejo amigo, ella y la abuela habían ido a menudo a su casa a comprarle uvas. El almacenero vivía solo en una cabaña a la que había agregado un invernadero construido por él mismo. Una hermosa parra formaba arcadas que cubrían todo el invernadero. El almacenero tomó de las manos de Kezia la canasta parda, colocó en ella tres hojas grandes y luego sacó de su cintura un cuchillo con mango de asta. Se paraba en puntas de pie para cortar un gran racimo azulado que depositaba sobre las hojas con tanta ternura que Kezia contenía la respiración para mirarlo. Era un hombre muy grande. Usaba pantalones de terciopelo marrón y tenía una larga barba castaña. Pero nunca usaba cuello, ni siquiera los domingos. Tenía la nuca curtida y enrojecida por el sol.

—¿Y ahora dónde estamos? —preguntaba una de las niñas a cada rato.

—Bien, esto es la calle Hawk o Charlotte Crescent.

—Por supuesto que sí —decía Lottie, que había parado la oreja ante este último nombre, pues siempre había sentido que Charlotte Crescent le pertenecía de un modo especial. Había pocas personas que tuvieran calles con su mismo nombre.

—Mira, Kezia, ahí está Charlotte Crescent. ¿No parece diferente?

Todas las cosas familiares quedaron atrás. El carro traqueteó internándose en un país desconocido, atravesando nuevos caminos con elevadas banquinas arcillosas, subiendo colinas muy empinadas, descendiendo a frondosos valles, cruzando ríos anchos y playos. Seguía y seguía. Lottie empezó a cabecear, se dejó ir y se reclinó a medias sobre el regazo de Kezia, y allí se quedó. Pero Kezia no podía tener los ojos más abiertos. Soplaban el viento y se estremeció, pero le ardían las mejillas y las orejas.

—¿Las estrellas soplan alguna vez? —preguntó. —No que yo sepa —dijo el almacenero.

—Tenemos un tío y una tía que viven cerca de nuestra nueva casa —dijo Kezia—. Tienen dos niños. El mayor se llama Pips y el menor Rags. Rag tiene un carnero. Tiene que alimentarlo con una tetera esmaltada que tiene un dedo de guante en el pico. ¿Qué diferencia hay entre un carnero y una oveja?

—Bien, un carnero tiene cuernos y te ataca.

Kezia reflexionó.

—No tengo demasiado interés de verlo —dijo—. Odio a los animales que embisten, como los perros y los loros. A menudo sueño con animales que me embisten, hasta camellos, y mientras me corren sus cabezas se vuelven enormes.

El almacenero no respondió. Kezia lo escudriñó, achicando los ojos. Después le acarició la manga con un dedo: era peluda al tacto.

—¿Estamos cerca? —preguntó.

—Falta poco —respondió el almacenero—. ¿Estás cansada?

—No tengo ni una pizca de sueño —dijo Kezia—, pero se me caen los párpados de un modo tan raro.

Exhaló un largo suspiro y cerró los ojos para evitar que los párpados se le siguieran cayendo... Cuando volvió a abrirlos el carro traqueteaba por un sendero que cortaba el jardín como un latigazo, contorneando de pronto una isla de verdor y, detrás de la isla pero oculta a la vista hasta que uno no llegaba a ella, estaba la casa. Era larga y baja, con una veranda con columnas y rodeada por un balcón. Su silueta blanca y suave se extendía en el jardín como una bestia dormida. Y primero una y luego otra ventana revivía con la luz. Alguien caminaba con una lámpara por los cuartos vacíos. En una ventana de la planta baja fluctuaba el resplandor de una chimenea. Una excitación bella y extraña parecía emanar de la casa en trémulas oleadas.

—¿Dónde estamos? —dijo Lottie, incorporándose. Se le había ladeado la gorrita de marinero y en su mejilla se marcaba la huella del botón con el ancla en el que se había apoyado al dormirse. Con ternura el almacenero la alzó, le enderezó la gorrita y le estiró las ropas. Se quedó parpadeando en el primer peldaño de la escalera de la veranda, observando a Lottie que parecía acercarse volando hacia ella.

—¡Ooh! —gritó Kezia, extendiendo los brazos. La abuela emergió del oscuro vestíbulo con una lámpara. Sonreía.

—¿Encontraron el camino en la oscuridad? —preguntó.

—Sin problemas.

Pero Lottie se tambaleaba en la escalera como un pajarito caído del nido. Si se quedaba quieta un instante se dormía, los ojos se le cerraban si se apoyaba en alguna parte. No podía dar otro paso más.

—Kezia —dijo la abuela—, ¿te animas a llevar la lámpara?

—Sí, abuelita.

La anciana se agachó y puso en sus manos la lucecita fluctuante y luego alzó en sus brazos a la adormilada Lottie. —Por aquí.

A través de un vestíbulo cuadrado colmado de bultos y de cientos de papagayos (aunque sólo en el empapelado), cruzaron un estrecho corredor en el que los papagayos se obstinaban en volar delante de la lámpara de Kezia.

—No hagan nada de ruido —advirtió la abuela, poniendo a Lottie en el suelo y abriendo la puerta del comedor—. La pobre mamá tiene una espantosa jaqueca.

Linda Burnell, reclinada en un sillón de caña, con los pies en un escabel y una manta sobre las rodillas, se hallaba junto a un crepitante fuego. Burnell y Beryl, sentados ante una mesa en mitad del cuarto, comían un plato de chuletas fritas y bebían té servido en una tetera de porcelana marrón. Isabel estaba inclinada sobre el respaldo de la silla de su madre. Tenía un peine en la mano y, con aire dulce y absorto, alisaba los rizos de la frente de su madre. Fuera del charco de luz de la lámpara y del fuego de la chimenea, el cuarto se extendía, desnudo y obscuro, hasta el hueco de las ventanas.

—¿Han llegado las niñas? —preguntó Linda Burnell, aunque en realidad no le importaba: ni siquiera abrió los ojos.

—Deja la lámpara, Kezia —dijo la tía Beryl—, a la casa estará en llamas antes de que hayamos tenido tiempo de desempacar. ¿Más té, Stanley?

—Bien, tal vez puedes servirme cinco octavos de taza —dijo Burnell, inclinándose sobre la mesa. — Toma otra chuleta, Beryl. Carne de primera, ¿no es cierto? Ni demasiado magra ni demasiado gorda. —Se volvió hacia su esposa—: ¿Estás segura de que no cambiarás de idea, Linda querida?

—Me basta con pensarlo —dijo, levantando una ceja con ese gesto tan suyo.

La abuela trajo pan y leche para las niñas y ellas se sentaron a la mesa, sonrojadas y somnolientas tras la leche que humeaba.

—Comí carne en la cena —dijo Isabel, sin dejar de peinar a su madre.

—Comí una chuleta entera, con hueso, y todo y salsa Worcester, ¿no es cierto, papá? —insistió.

—Oh, no te jactes, Isabel —dijo la tía Beryl.

Isabel se quedó atónita.

—No me jactaba, ¿no es cierto, mamá? Ni se me ocurrió jactarme. Pensé que les gustaría saber. Sólo quise contarles.

—Muy bien. Basta ya —dijo Burnell. Hizo a un lado su plato, buscó un mondadientes en su bolsillo y empezó a limpiarse los dientes fuertes y blancos. —Se le podría dar algo a Fred en la cocina antes de que se vaya, ¿no le parece, madre?

—Sí, Stanley.

La anciana se volvió para irse.

—Oh, un minutito. ¿Supongo que nadie sabrá dónde están mis pantuflas? Supongo que no las tendré hasta dentro de uno o dos meses, ¿verdad?

—Sí —se oyó la voz de Linda—. Están en el bulto de lona que dice «cosas de urgencia», encima de todo.

—¿Podría traérmelas, madre? —Sí, Stanley.

Burnell se puso de pie, se despezó y, volviéndose de espaldas al fuego de la chimenea, se levantó los faldones de la chaqueta.

—¡Por Dios, qué revoltijo! ¿No es verdad, Beryl?

Beryl, que sorbía su té con los codos apoyados en la mesa, le sonrió por encima de la taza. Llevaba un nuevo delantal rosado; su blusa, arremangada hasta los hombros, dejaba al descubierto los hermosos brazos pecosos, y el pelo le caía sobre la espalda anudado en una trenza.

—¿Cuánto tiempo crees que llevará enderezar todo esto... un par de semanas? —zumbó él.

—Por Dios, no —dijo Beryl airada—. Lo peor ya ha pasado. La criada y yo hemos trabajado todo el día como esclavas y también mamá ha trabajado como un caballo desde el momento que llegó. No nos hemos sentado ni un segundo. Ha sido un día duro.

Stanley olió un reproche.

—Bien, supongo que no pretenderán que venga corriendo de la oficina a clavar alfombras, ¿verdad?

—Por cierto que no —rio Beryl. Dejó la taza y salió corriendo del comedor.

—¿Qué pretende que hagamos? —preguntó Stanley—. ¿Que nos sentemos a abanicarla con una hoja de palmera mientras un equipo de profesionales hace todo el trabajo?

¡Por Dios, si ni siquiera puede dar una mano una vez sin reprocharlo...!

Y se quedó mustio, porque las chuletas empezaban a pelearse con el té en su sensible estómago. Pero Linda alzó una mano y lo hizo sentar junto a su sillón de caña.

—Es un mal momento para ti, muchacho —dijo. Tenía las mejillas muy pálidas pero sonrió mientras entrelazaba sus dedos en la mano roja y grande

de él. Burnell se aquietó. De pronto empezó a silbar. *Pura como un lirio libre y feliz...* Buena señal.

—¿Crees que te gustará esto? —preguntó él.

—No quería decirlo, mamá, pero creo que debo hacerlo —dijo Isabel—. Kezia está tomando té de la taza de tía Beryl.

IV

La abuela se las llevó a acostar. Subía delante de ellas, con una vela. La escalera resonaba bajo sus pasos. Isabel y Lottie dormían solas en el mismo cuarto; Kezia se acurrucó en el lecho blando de su abuela.

—¿No tendremos sábanas, abuelita?

—No, esta noche, no.

—Esto hace cosquillas —dijo Kezia—, pero es como la de los indios. —Tironeó a su abuela para que se acercara y la besó en la barbilla—. Ven a acostarte pronto y serás mi jefe indio.

—¡Qué boba eres! —dijo la anciana, arropándola como a la niña le gustaba estar arropada.

—¿No vas a dejarme una vela?

—No. ¡Shh! ¡Duérmete!

—Entonces, ¿se podrá dejar la puerta abierta?

Se quedó hecha un ovillo pero no se durmió. De toda la casa venían ruidos de pasos. La casa misma crujía y se movía; gruesas voces venían cuchicheando desde abajo. Un instante se oyó el brusco estallido de la risa de la tía Beryl y luego, el trompeteo de Burnell que se sonaba la nariz. Por la ventana, centenares de gatos negros, con ojos amarillos, sentados en el cielo, la observaban. Pero no tenía miedo.

Lottie decía a Isabel:

—Esta noche voy a rezar en la cama.

—No, no puedes, Lottie —Isabel era muy enérgica—. Dios permite que se rece en la cama sólo cuando se tiene fiebre.

—Entonces Lottie cedió:

*Gentil Jesús, dulce y bueno,
mira a un pequeño niño.
Ten piedad de mí, simple Lizzie,
permite que vaya hacia ti.*

Después se acostaron espalda contra espalda, y con los traseros rozándose, se durmieron.

De pie en una piscina a la luz de la luna, Beryl Fairfield se desnudó. Estaba cansada, pero no tanto como ella decía, dejando caer sus ropas, echándose hacia atrás, con un gesto lánguido, sus cabellos cálidos y pesados.

—¡Oh! ¡Qué cansada estoy, qué cansada!

Cerró los ojos un momento pero sus labios sonreían. Su respiración subía y bajaba en su pecho como dos alas que la estuviesen abanicando. La ventana estaba abierta de par en par. Hacía calor y en algún sitio, allá abajo, en el jardín, un hombre moreno y esbelto de ojos burlones se paseaba de puntillas entre los arbustos, cogía un gran ramo, se deslizaba bajo la ventana y se lo tendía a Beryl. Ella se asomó para recibirlo. Él sepultó su rostro en las brillantes flores de cera, pícaro y sonriente. «¡No, no!» —dijo Beryl. Se apartó de la ventana y se puso su camisón.

—¡Cuidado que Stanley es poco razonable, a veces! —pensaba ella, mientras lo abrochaba. Después, cuando se acostó, le vino el viejo pensamiento, el cruel pensamiento:

—¡Ah, si tuviera dinero propio!

Un hombre joven, inmensamente rico, acaba de llegar de Inglaterra. Él se la encuentra por una pura casualidad... El nuevo gobernador no es casado... Hay un baile en casa del gobernador... ¿Quién es esa criatura exquisita con un traje de satén verde nilo? Beryl Fairfield...

—Lo que me gusta —dijo Stanley apoyado contra la cama y rascándose fuertemente los hombros y la espalda, antes de acostarse— es que yo he conseguido esta finca por nada, Linda. Al decírselo al pequeño Walle Bell, me respondió que no podía comprender cómo ellos habían aceptado la cifra.

¿Ves? El terreno, aquí, aumentará de precio. Dentro de diez años, poco más o menos... Naturalmente, habrá que empezar muy despacito, y disminuir cuanto más se pueda los gastos. Aún no duermes, ¿verdad?

—No, querido; he oído todas tus palabras —dijo Linda.

Él saltó a la cama, se inclinó sobre ella y sopló la vela.

—Buenas noches, señor negociante —dijo ella; y, cogiéndole la cabeza por las dos orejas, le dió un rápido beso. Su voz lejana parece salir de un pozo muy hondo.

—Buenas noches, querida.

Deslizó el brazo bajo su cuello, y la atrajo hacia él.

—Sí, apriétame bien —dijo la voz débil, desde lo hondo del pozo.

Pat, el criado, estaba recostado en su cuartito, detrás de la cocina. Su chaqueta, de tejido impermeabilizado, y sus pantalones, colgaban de la puerta como un ahorcado. Los dedos de sus pies torcidos sobresalían de los bordes de su manta, y a su lado, en el suelo, había una jaula de pájaros vacía hecha de juncos. Parecía una caricatura.

—Honk, honk —resoplaba la criada. Tenía adenoides.

La última en acostarse fue la abuela.

—¿Cómo? ¿no duermes todavía?

—No; te esperaba —dijo Kezia.

La anciana suspiró y se tendió a su lado. Kezia hundió su cabeza bajo el brazo de su abuela y dio un pequeño grito. Pero la abuela la apretó suavemente contra ella; dio otro suspiro, se quitó los dientes y los puso en un vaso de agua, en el suelo.

En el jardín, unos pequeños búhos, colocados en las ramas de un álamo, llamaban «¡Hu, hu! ¡Hu, hu!». Y de los arbustos, muy de lejos, salía un rudo y precipitado cacareo: «Ha-ha-ha... Ha-ha-ha...».

Vino el alba, áspera y fría, con nubes encarnadas en un cielo verdoso y gotas de agua en cada hoja y cada brizna de hierba. Una brisa sopló sobre el jardín, escurriendo el rocío, haciendo caer los pétalos. Tiritó por encima de las praderas empapadas, y se perdió en el fondo de los setos oscuros. En el cielo, minúsculas estrellas flotaron un momento para desaparecer, disueltas como burbujas de aire. Y, distintamente, en la calma matutina, se oyó el riachuelo que corría a través de la pradera, corría por encima de las piedras oscuras, corría y volvía a salir de los hoyos de arena, se escondía bajo grupos de sombríos matorrales de bayas, y se derramaba en un pantano de berros y de flores amarillas.

Y después, al primer rayo de sol, comenzaron los pájaros. Grandes pájaros atrevidos, estorninos y minás, silbaban en el prado; los pequeños jilgueros, chorlitos y papamoscas revoloteaban de rama en rama. Un gracioso martín pescador, en la valla del cercado, alisaba las plumas de su lozana belleza, y un trepador cantaba sus tres notas, reía y las cantaba de nuevo.

—¡Qué bulliciosos son los pájaros! —se decía Linda en su sueño. Se paseaba con su padre por una pradera verde sembrada de margaritas. De repente, él se inclinó, separó las hierbas y le mostró un minúsculo copo de plumón a sus pies. — «¡Oh! ¡Papá, el amor!»—. Ella hizo de sus manos una copa, tomó el pajarito y le acarició la cabeza con el dedo. Estaba completamente domesticado, pero ocurrió una cosa extraña. Mientras lo acariciaba, comenzó a hincharse, a erizarse, a dilatar su garganta; se puso cada vez más gordo, y sus ojos redondos parecían sonreírla con un aire malicioso. Los brazos de Linda no bastaban ya para contenerlo, y lo dejó caer en su delantal. Aquello se había convertido en un bebé con una cabeza gorda y un pico de pájaro embotado que se abría y se cerraba. Su padre estalló en una gran risa con sonos de castañuelas y ella se despertó para ver a Burnell delante de las ventanas que levantaba por completo el estor.

—Buenos días —dijo él—. ¿No te habré despertado, verdad? Nada hay que decir esta mañana contra el tiempo.

Estaba encantado. Este sol imprimía el sello final sobre su compra... Tenía la impresión de haber comprado también aquel día tan bello, de que lo había hecho añadir gratis, a la casa y al terreno. Corrió a bañarse y Linda se volvió hacia atrás apoyándose en un codo para ver la habitación a la luz del día. Todos los muebles habían encontrado su sitio, todos los viejos arreos —como

ella decía—, hasta las fotografías sobre la chimenea y las botellas de medicina en la repisa, encima del tocador. Los trajes estaban colocados en una silla, sus trajes de salir: una capa de púrpura y un sombrero redondo adornado con una pluma. Linda, mirándolos, deseaba también marcharse de esta casa. Se reía, yéndose lejos de todos ellos, en coche, dejando a todo el mundo, sin mover siquiera la mano.

Stanley volvía, ceñido con una toalla reluciente y golpeándose en los muslos. Tiró la toalla mojada encima del sombrero y de la capa y, manteniéndose firme en el centro exacto de un cuadrado de luz, empezó a hacer sus ejercicios: respiración profunda, flexiones de rana y puntapiés. Era tan feliz con su cuerpo musculoso, obediente, que se golpeó el pecho e hizo salir un «¡ah!» sonoro. Pero este vigor sorprendente parecía alejarlo un mundo entero de Linda, que estaba tendida en la cama blanca y deshecha, mirándolo como desde lo alto de las nubes.

—¡Demonio! —dijo Stanley, que se ponía una camisa blanca, muy tiesa, al descubrir que un idiota cualquiera había abrochado el cuello de modo que él se encontraba prisionero. Anduvo a grandes pasos hacia Linda, agitando los brazos.

—Pareces un gran pavo, muy gordo —dijo ella.

—¡Gordo! ¡No me digas! —dijo Stanley—. No tengo ni un centímetro de grasa. Toca esto.

—Es roca, es hierro —dijo ella, burlona.

—Te sorprendería —dijo Stanley, como si ello fuese de un interés palpitante— el número de tipos gordos que hay en el club. Tipos jóvenes, ¿sabes?, hombres de mi edad.

Empezó a hacerse la raya en su pelo rojo y enmarañado, muy tieso; sus ojos azules, fijos y redondos en el espejo; las rodillas, dobladas, porque el tocador —¡el diablo se lo lleve!— estaba siempre un poco bajo para él...

—El pequeño Wally Bell, por ejemplo... —Se irguió, describiendo con su cepillo de la cabeza una enorme curva sobre sí mismo—. Debo decir que me horrorizaría...

—Querido, no te atormentes. Nunca serás gordo. Eres demasiado enérgico.

—Sí, sí, tienes razón —dijo él, consolado por centésima vez, y sacando de

su bolsillo una navaja de nácar, empezó a arreglarse las uñas.

—¡El desayuno, Stanley! —gritó Beryl desde la puerta—. ¡Oh! Linda, mamá dice que no te levantes todavía.

Se asomó por la puerta entreabierta. Llevaba unas lilas prendidas en el pelo.

—Todo lo que anoche habíamos dejado en el mirador, lo hemos encontrado esta mañana completamente calado. Si hubieseis visto a la pobrecita mamá secando las mesas y las sillas... Pero no hay ningún daño —añadió, esbozando una mirada hacia Stanley.

—¿Le ha dicho a Pat que tenga el coche preparado a tiempo? Hay sus buenas seis millas y media de aquí a la oficina.

—Me imagino lo que va a ser esta salida para la oficina, tan temprano —pensaba Linda—. Realmente será a máxima presión.

—¡Pat! ¡Pat! —llamaba la muchacha.

Pat debía ser, evidentemente, muy difícil de encontrar. La necia voz hablaba a través del jardín.

Linda no volvió a descansar hasta escuchar el portazo que marcaba la salida de Stanley.

Más tarde oyó a los niños jugar en el jardín. La vocecita firme y compacta de Lottie gritaba: «¡Ke... zia! ¡I... sa... bel!» Lottie se perdía siempre o perdía a las otras para encontrarlas con gran sorpresa detrás del árbol próximo o del primer recodo... «¡Oh! ¡Aquí estás, por fin!» Las habían dejado en la puerta, después de desayunar, con la prohibición de volver a la casa sin ser llamadas. Isabel paseaba un coche lleno de muñecas cuidadosamente ordenadas, y permitía a Lottie, como un gran favor, marchar a su lado y mantener la sombrilla de muñeca por encima de la que tenía la cara de cera.

—¿Dónde vas, Kezia? —preguntó Isabel deseando inventar para Kezia algún trabajo fácil e insignificante que hiciera doblegarse a su hermana bajo su dominio.

—¡Oh! Hacia allá.

Después Linda no las oyó más. ¡Qué reverberación había en el cuarto! ¡A todas horas le molestaban los estores completamente alzados, pero por la mañana, era intolerable! Se volvió de cara a la pared y con un dedo vago seguía sobre la tapicería una amapola con la hoja, el tallo y un grueso capullo

que estallaba. En la calma, bajo el dedo que la contorneaba, la amapola parecía tomar vida. Linda podía sentir los pétalos pegajosos, sedños, el tallo peludo como una piel de grosella, la hoja rugosa y el capullo apretado, barnizado. Las cosas tenían así una costumbre de adquirir vida, no sólo las cosas grandes y sustanciales como los muebles, sino también las cortinas, los dibujos de los tejidos, los flecos de los cobertores y los almohadones. ¡Cuántas veces había visto los pompones del fleco de su colcha convertirse en una divertida procesión de danzarinas con sacerdotes ayudantes...! Porque había pompones que no bailaban sino que marchaban gravemente inclinados hacia adelante como si rezaran o cantaran. ¡Cuántas veces los frascos de medicina se habían transformado en una fila de hombrecitos coronados de chisteras oscuras y el jarro del agua tenía una manera de instalarse en la palangana como un gran pájaro en un nido redondo!

«He soñado con pájaros esta noche», pensaba Linda. ¿Qué era? Lo había olvidado. Pero lo extraño en esta vida de los objetos, era lo que hacían. Escuchaban, parecían inflarse con un regocijo misterioso e importante; se dilataban y entonces Linda les sentía sonreír. Pero no era para ella sola esa sonrisa astuta, misteriosa; miembros de una sociedad secreta, *ellos* sonreían entre sí. A veces, cuando se quedaba dormida durante el día, se despertaba sin poder levantar un dedo, ni siquiera mover los ojos a derecha e izquierda, porque ellos estaban allí. Otras veces, si ella salía de una habitación dejándola vacía, sabía que al ruido del portazo *ellos* la ocuparían. Y había momentos, por ejemplo, durante la noche, cuando ella subía, dejando abajo a todo el mundo, en que apenas le era posible escaparse de *ellos*. Entonces no podía apresurarse, no podía tararear una música. Si trataba de decir de la manera más desenvuelta: «¿dónde estará ese dedal viejo?», *ellos* no se equivocaban, *ellos* conocían su miedo, *ellos* veían cómo volvía la cabeza al pasar delante del espejo. Linda sentía siempre que *ellos* querían algo de ella y sabía que si se abandonaba y se quedaba tranquila, más que tranquila, silenciosa, inmóvil, ocurriría algo seguramente.

—Todo está muy tranquilo ahora —pensaba. Abrió mucho los ojos y oyó el silencio hilando su suave tela sin fin. ¡Con qué ligereza respiraba! Casi no tenía necesidad de respirar.

Sí, todo se había hecho viviente, hasta la más pequeña, la más menuda partícula. No sentía su cama; flotaba sostenida por el aire. Solamente parecía

escuchar, con los ojos muy abiertos, atentos, acechando a alguien que debía venir y que no venía, esperando algo que debía ocurrir y que no ocurría.

VI

En la cocina, en la larga mesa de pino colocada bajo las dos ventanas, la anciana señora Fairfield fregaba la vajilla del desayuno. La ventana de la cocina daba sobre una pendiente de hierba que descendía hasta la huerta, hasta las platabandas de ruibarbo. La despensa y el lavadero la bordeaban por un lado y sobre este tejadillo blanqueado de cal trepaba una parra nudosa. Mrs. Fairfield se había dado cuenta ayer de que algunos sarmientos pasaban a través de las grietas del techo del lavadero y que todas las ventanas tenían una espesa chorrera de hierbas tiesas.

—Me gusta mucho la parra —dijo la señora Fairfield—, pero no creo que las uvas maduren aquí; necesitan del sol de Australia. —Ella recordó cómo Beryl, cuando era niña, recogía uvas blancas en la parra del mirador, detrás de su casa de Tasmania, cuando sintió en la pierna el pinchazo de una enorme hormiga roja. Volvía a ver a Beryl con su trajecito escocés, anudado en los hombros con cintas carmesí, aullando tan fuerte que la mitad de la calle se había precipitado a la casa. ¡Cómo se había hinchado la pierna de la niña! «¡Ah!» La señora Fairfield detuvo su respiración pensando en aquello. «¡Pobre pequeña, era espantoso!» Con los labios apretados volvió al horno a tomar agua caliente. El agua hacía espuma de jabón en el gran barreño, con burbujas rosas y azules en la espuma. Los brazos de la anciana señora Fairfield, desnudos hasta el codo, estaban teñidos de un rosa vivo. Llevaba un vestido de fular gris, sembrado de grandes pensamientos violetas, un delantal de tela blanca y un alto gorro de muselina en forma de molde de jalea; en su cuello brillaba una medialuna de plata, coronada de cinco pequeños búhos, y alrededor de su cuello se enrollaba una cadena de perlas negras. Era difícil creer que no estuviese en esta cocina desde hacía muchos años, tanto, que parecía formar parte de ella. Ordenó la loza con una mano precisa y segura, con movimientos lentos y amplios, yendo del horno al aparador, mirando a la

fresquera, a la despensa, como si no existiera un rincón que no le fuese familiar. Cuando hubo terminado, los objetos de la cocina parecían todos alineados por categorías. De pie, en el centro de la pieza, se secaba las manos con un paño a cuadros; una sonrisa florecía en sus labios. Encontraba esto muy bien, muy satisfactorio.

—¡Mamá, mamá! ¿Estás ahí? —llamaba Beryl.

—Sí, querida. ¿Me necesitas?

—¡No, voy yo!

Y Beryl entró como un torbellino, muy colorada, arrastrando dos grandes cuadros.

—Mamá, ¿qué puedo hacer de estas abominables y horribles pinturas chinas que Chung-Wah dió a Stanley cuando quebró? Es absurdo decir que tienen valor, porque estaban colgadas en la tienda de Chung-Wah desde hacía meses. No puedo comprender por qué Stanley quiere guardarlas. Estoy segura de que él es de nuestra opinión, de que las encuentra horribles, pero creo que es por los marcos —dijo con despecho—; supongo que imagina que esos marcos podrán valer algo un día u otro.

—¿Por qué no las cuelgas en el pasillo? —propuso la señora Fairfield—; allí no se les verá mucho.

—No puedo. No hay sitio; he puesto allí todas las fotografías de su oficina antes y después de su construcción, con las fotografías firmadas de sus amigos de negocios y esa horrible ampliación de Isabel, tumbada en camisa sobre la estera... —su mirada sombría recorrió la cocina—; ya sé lo que voy a hacer, las colgaré aquí. Le diré a Stanley que estaban un poco húmedas después de la mudanza y que las he puesto ahí de momento.

Acercó una silla, saltó, tomo del bolsillo de su delantal un martillo y un gran clavo y se puso a clavar.

—Así, ya basta; alcánzame el cuadro, mamá.

—Un momento, hija.

La madre frotaba el marco de ébano cincelado.

—¡Oh, mamá! No tienes necesidad de desempolvarlos; harían falta años para limpiar todos esos agujeritos. —Frunció las cejas por encima de la cabeza de su madre y se mordió el labio con impaciencia. La manera

reflexiva que su madre tenía de hacer las cosas era sencillamente horrible.

—¡La vejez! —pensó ella con desdén.

Los dos cuadros fueron, por fin, colgados uno al lado del otro. Bajó de su silla y volvió a su lugar el martillito.

—No hacen mal papel aquí, ¿verdad? —dijo ella—. En todo caso, nadie tiene necesidad de verlos más que Pot y la muchacha. ¿Llevo una telaraña en la cara, mamá? He ido a rebuscar en esa alacena bajo la escalera, y ahora hay algo que, sin cesar, me hace cosquillas en la nariz.

Antes de que la señora Fairfield hubiera tenido tiempo de mirar, Beryl se había vuelto. Alguien golpeaba en la ventana. Linda estaba allí haciéndoles señas con la cabeza y sonriendo. Ellas le oyeron levantar el picaporte de la despensa, y Linda entró, sin sombrero; su pelo caía en bucles sobre su cabeza y estaba envuelta en un viejo chal de cachemira.

—¡Tengo tanta hambre! —dijo Linda—. ¿Dónde puedo encontrar algo de comer, mamá? Es la primera vez que entro aquí. La cocina entera se parece a mamá; ¡todo está tan en orden!

—¡Te voy a hacer té! —dijo la señora Fairfield, extendiendo una blanca servilleta en la esquina de la mesa— y Beryl podrá tomar una taza contigo.

—Beryl, ¿quieres la mitad de mi tarta? —Linda movió su cuchillo en dirección a ella—. Beryl, ¿te gusta la casa, ahora que estamos en ella?

—¡Ah! Sí, me gusta mucho la casa y el jardín es magnífico, pero tengo la impresión de que todo está un poco lejos de mí. No creo que la gente venga a vernos en ese horrible ómnibus traqueteante; seguramente que no habrá nadie que nos visite. Claro que a ti te es igual, porque...

—Pero está el coche —dijo Linda—; Pat puede llevarte a la ciudad cuando quieras.

Era un consuelo, ciertamente, pero había algo en el cerebro de Beryl, algo que no traducía en palabras ni aun para sí misma.

—En todo caso, esto no nos matará —dijo Beryl, secamente. Dejó su taza vacía, se levantó y se estiró. —Voy a poner las cortinas —y se escapó cantando:

*Cuántos millones de pájaros veo
cantando estrepitosamente en todos los árboles...*

...Pájaros veo cantando estrepitosamente en todos los árboles... —Pero al llegar al comedor cesó de cantar; su expresión cambió, se puso melancólica, enfurruñada.

—Da lo mismo pudrirse aquí que en cualquier otro lado —gruñó entre dientes, huraña, clavando imperdibles de bronce en las cortinas de sarga roja.

En la cocina, las dos mujeres quedaron tranquilas un momento. Linda, con la mejilla apoyada sobre su mano, miraba a su madre. La encontraba notablemente bella, colocada así, apoyada contra la ventana ornada de follaje. Había algo reconfortante en esta visión; algo de lo que Linda sentía que nunca podría prescindir. Tenía necesidad de su madre, del suave olor de su carne, de la sensación, tan dulce, de sus mejillas, de sus brazos y de sus hombros aún más dulces. Le gustaba la manera cómo se rizaban sus cabellos, plateados, en la frente, más claros en la nuca y todavía oscuros y brillantes en el gran moño, bajo su gorro de muselina. Las manos de su madre eran encantadoras; las dos sortijas parecían fundirse en la piel de crema, siempre tan fresca y deliciosa. La anciana no podía soportar más que la tela de hilo sobre su cuerpo y se bañaba invierno y verano con agua fría.

—¿No hay nada que yo pueda hacer? —preguntó Linda.

—No, querida. Quisiera que fueras al jardín a echar una mirada a tus hijos, pero ya sé que no lo harás.

—Pues claro que sí; acuérdate que Isabel es mucho más razonable que todas nosotras.

—Sí, pero no Kezia —dijo la señora Fairfield.

—¡Oh! Hace pocas horas que Kezia ha sido arrojada al aire por un toro —dijo Linda, envolviéndose de nuevo en su chal.

Pero no; Kezia había divisado un toro a través de un agujero, en un nudo de la madera de la empalizada que separaba el tenis de la pradera. Pero no le había gustado mucho el toro; así que había regresado por el huerto, había subido la cuesta de césped a lo largo del empinado sendero que pasaba cerca del abedul y que desembocaba en el vasto jardín enmarañado. Ella creía que un día se perdería en este jardín.

Dos veces había encontrado el camino hacia la gran verja que habían cruzado la noche anterior y había vuelto por la avenida que conducía a la

casa; pero ¡había tantos caminitos por todos lados! Estos caminos conducían todos a una maraña de árboles elevados y de matorrales extractos, de hojas planas de terciopelo y de flores crema, ligeras como plumas, donde zumbaban las moscas cuando se les sacudían. Había un lado terrorífico que no se parecía nada a un jardín con sus senderitos húmedos y arcillosos, atravesados por raíces de árboles parecidos a patas de grandes aves.

Por el otro lado, había un cerco muy alto y todos los senderos también tenían cercos y se hundían en una maraña de flores cada vez más profunda. Las camelias estaban en flor, blancas y carmesíes, rosas y blancas, estriadas con brillantes hojas. No se veían hojas en los arbustos de celinda; estaban tapados de racimos blancos. Las rosas estaban abiertas; rosas pequeñas y blancas, para poner en el ojal de la solapa, pero demasiado llenas de insectos para ponerlas bajo la nariz de cualquiera; rosas rosadas, perennes, con un cerco de pétalos sembrados alrededor de una mazorca; rosas dobles sobre gruesos tallos, rosas musgosas siempre en capullo; rosaleta espléndida, entrelazada ramo a ramo, de un rojo tan oscuro que parecía negra al caer, y una especie de color crema, encantadora, de fino tallo y hojas brillantes escarlata.

Había grupos de campanillas de hadas y toda suerte de geranios, arbustos de verbena, matas de lavándula azulada, un macizo de pelargonium con ojos de terciopelo y follaje de alas de mariposa nocturna. Había todo un macizo de reseda y otro de pensamientos, orlas de margaritas dobles y sencillas y muchas otras pequeñas plantas carnosas, que, Kezia no había visto jamás.

Los tritomas eran más altos que ella, los girasoles japoneses formaban un pequeño juncar. Kezia se sentó sobre uno de los setos, que cuando se hundía mucho parecía muy cómodo. Pero ¡qué polvo en el interior! Kezia se inclinó para mirar, estornudó y se frotó la nariz.

Se encontró en seguida en lo alto de la pendiente de hierba que descendía hasta el huerto. Miró hacia abajo un momento, se tumbó de espaldas, lanzó un gritito y rodó sobre sí misma hasta la hierba espesa y florida del huerto. Tumbada, esperando que las cosas cesaran de bailar, decidió subir a la casa y pedir a la criada una caja de cerillas vacía. Prepararía una sorpresa a su abuela. Pondría primero una hoja en el fondo de la caja, encima una hermosa violeta, después un clavelito blanco quizás y los espolvorearía de espliego pero sin taparles la cabeza.

Hacía muchas veces estas bromas a su abuela y siempre habían tenido un gran éxito.

—¿Quieres una, cerilla, abuelita?

—Sí, nena mía. Creo que lo que yo busco precisamente es una cerilla.

La abuela abrió lentamente la caja y encontraba la sorpresa en el fondo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Cómo me has sorprendido, nena mía!

—Podría hacérselo aquí, todos los días —pensaba Kezia, trepando por la hierba con sus resbaladizos zapatos.

Pero en su camino llegó a ese islote tumbado en la avenida que la dividía en dos brazos, que volvían a cerrarse en seguida ante la casa. Este islote de césped en alto terraplén no tenía en su cima más que una enorme planta de hojas espesas de un verde gris y espinosas. De su centro partía un tallo elevado y fuerte. Algunas de las hojas de esta planta eran tan viejas que no se mantenían tiesas en el aire, sino que se curvaban hendidas, rotas; otras yacían en tierra aplastadas, marchitas.

¿Qué podría ser esto? Kezia no había jamás visto nada parecido y se quedó allí con la mirada fija. Después divisó a su madre, que descendía por la avenida.

—Mamá, ¿qué es esto? —preguntó.

Linda levantó sus ojos hacia la gruesa planta que se henchía con sus hojas crueles y su carnosos tallo. Tranquila y alta, como suspendida en el aire, sin embargo, tan sólidamente agarrada a la tierra de la que salía, que hubiera podido tener garras en lugar de raíces. Las recurvadas hojas parecían ocultar algo; el ciego tallo hendía el aire como si ningún viento pudiera agitarle nunca.

—Es un áloe, Kezia —dijo la madre.

—¿No da flores jamás?

—Sí, Kezia —y Linda le sonrió con los ojos entornados—. Una vez cada cien años.

Al volver de su oficina, Stanley Burnell hizo parar el coche en la Bodega; bajó y compró un frasco grande de ostras en escabeche. En la puerta contigua —en la tienda del Chino— tomó una piña perfectamente en su punto, y fijándose en una cesta de cerezas negras muy frescas, pidió a John que añadiese medio kilo de ellas. Colocó las ostras y la piña en el cofre de delante, pero conservó las cerezas en la mano.

Pat saltó de su asiento y le arropó de nuevo en la manta oscura.

—Levante los pies, señor Burnell, mientras la doblo por debajo.

—Bien, bien, perfectamente —dijo Stanley—. Ahora, derecho a casa.

Pat fustigó la yegua gris y el coche arrancó.

—Creo que tengo aquí un tipo de primer orden —pensaba Stanley, encantado de la apariencia del hombre sentado allá arriba con su abrigo oscuro, muy correcto, y su sombrero hongo, también oscuro. Asimismo le gustaba el modo con que Pat lo había arropado; su mirada, nada servil en él; y si algo había que Stanley odiase sobre todo, era el servilismo. Además, el hombre parecía contento de su trabajo, ya feliz y satisfecho.

La yegua gris marchaba muy bien. Burnell sentía la impaciencia de verse fuera de las casas; quería estar en su casa. ¡Ah! Era maravilloso vivir en el campo, dejar ese tabuco de ciudad tan pronto como se cerraba la oficina, y hacer este viaje en el buen aire cálido. También era magnífico saber que al final estaba su casa, con su jardín, sus prados cerrados, sus tres vacas perfectas, bastantes patos y gallinas para el abastecimiento de aves.

Cuando dejaban los arrabales atrás y corrían por la carretera desierta, su corazón latió fuertemente de alegría. Hundió la mano en la bolsa y comenzó a comerse las cerezas, tres o cuatro a la vez, lanzando los carozos por un costado del coche. ¡Eran deliciosas, tan lozanas y frescas, sin una mancha ni una rozadura!

Había que ver aquellas dos, negras por un lado, blancas por el otro; un perfecto par de pequeñas hermanas siameses. Y las hundió en su ojal... Con mucho gusto, ¡caramba!, hubiera ofrecido un puñado a este buen hombre de allá arriba; pero no, era mejor no hacerlo. Era preferible esperar a tenerlo consigo un poco más de tiempo.

Comenzó a hacer proyectos sobre el empleo de sus tardes del sábado y de

sus domingos. No almorzaría en su club el sábado, y se escaparía de la oficina tan pronto como pudiese; en casa, al llegar, se haría servir dos lonchas de carne fría y la mitad de una lechuga. Por la tarde, habría algunos tipos de la ciudad, que vendrían a jugar al tenis. No demasiados, tres a lo más. También Beryl jugaba bien... Tendió su brazo derecho y lo dobló lentamente, palpando el músculo... Un baño, una buena fricción, un cigarro puro en la veranda después de cenar...

El domingo, a la mañana, irían a la iglesia —los niños y todos—. Eso le recordaba que debía alquilar un reclinatorio, al sol si era posible y muy adelante, para prevenirse contra las corrientes de aire de la puerta. Imaginariamente, se escuchaba a sí mismo entonar con toda perfección: «Cuando hayas vencido el aguijón de la muerte, habrás abierto el reino de los cielos a todos los que creen». Y veía su tarjeta, muy clara, fija en el ángulo del banco con sus cantoneras de bronce: «M. Stanley y familia...» El resto del día divagaría con Linda... Se pasearían por el jardín, ella cogida de su brazo y él explicándole detalladamente lo que pensaba hacer en su oficina a la semana siguiente. La oía contestar: «Querido, creo que eso es muy razonable...». Charlar de cosas con Linda era una maravillosa ayuda, aun cuando a veces ella desviase el tema.

Pat había frenado de nuevo la máquina. ¡Que el diablo se la lleve! ¡No iban muy de prisa! ¡Vaya! ¡Qué asco de manivela! La sentía en el fondo de su estómago.

Una suerte de pánico se apoderaba de Burnell cada vez que se acercaba a su casa. Ya antes de haber pasado la verja, gritaba a la primera persona que veía: «¿Sigue todo bien?». Y no lo creía hasta haber oído a Linda decir: «Buenas noches. ¿Has vuelto?» He aquí el lado desagradable de la vida en el campo. Se necesitaba un buen tiempo para volver... Pero ya no estaban lejos, en lo alto de la última colina; no les quedaba más que una larga y suave pendiente, medio kilómetro poco más o menos.

Pat acarició con el látigo el lomo de la yegua y la azuzó. ¡Arre! ¡Arre! El sol iba a ponerse dentro de algunos minutos. Todo permanecía inmóvil, bañado en una luz brillante, metálica, y, desde las praderas de cada lado, se deslizaba el olor lechoso de la hierba madura. La verja de hierro, estaba abierta; el coche tomó aliento y la atravesó de un tirón; enfiló la avenida, bordeó el islote y se detuvo con toda exactitud frente al centro de la veranda.

—¿Le ha gustado, señor? —preguntó Pat, mientras bajaba de su asiento, con una lenta sonrisa, hacia su amo.

—Mucho, Pat, la verdad —dijo Stanley.

Linda salió de la puerta de cristales; su voz retumbó en la sombra tranquila : «Buenas tardes. ¿Ya has vuelto?»

Al sonido de esa voz, su corazón latió tan fuertemente que apenas pudo reprimir el deseo de subir los peldaños de cuatro en cuatro y de coger a su mujer en los brazos.

—Sí, soy yo. ¿Sigue todo bien?

Pat comenzaba a llevar el coche hacia la verja de al lado, que se abría en el patio.

—Espere un minuto —dijo Burnell—. Tráigame los dos paquetes. Y dijo a Linda: «¡Te he traído un frasco de ostras y una piña!», como si le hubiera traído todas las cosechas de la tierra.

Se encaminaron al hall; Linda llevaba las ostras en una mano y la piña en otra. Burnell cerró la puerta vidriera; se quitó el sombrero. Ya ceñía a su mujer con sus brazos y la apretaba contra sí; la besaba en la frente, en las orejas, en los labios, en los ojos.

—¡Oh! ¡Oh!, querido —dijo ella—. Espera un instante a que deje estas tonterías —y puso el frasco de ostras y la piña sobre una sillita tallada—. ¿Qué tienes en el ojal? ¿Cerezas? —Ella las cogió y las colgó de la oreja de Burnell.

—No hagas eso, querida; son para ti.

Entonces ella las descolgó de nuevo. «¿No te importa que las guarde? Me quitarían la ganas de cenar. Ven a ver las niñas. Están tomando el té.»

La lámpara estaba encendida sobre la mesa del cuarto de los niños. La señora Fairfield cortaba y untaba de manteca las rebanadas de pan. Las tres niñas, sentadas, llevaban anchas servilletas con su nombre bordado. Se limpiaron la boca cuando entró su padre, dispuestas a dejarse besar. Las ventanas estaban abiertas, había un vaso de flores silvestres sobre la chimenea y, en el techo, proyectaba la lámpara un enorme nimbo de suave luz.

—Tienen el aire de estar bien instaladas, madre —dijo Burnell, pestañeando por la claridad. Isabel y Lottie estaban sentadas cada una a un lado de la mesa. Kezia, abajo. El sitio de arriba permanecía vacío.

—Allí es donde deberá mi hijo sentarse —pensó Stanley. Apretó más su brazo alrededor del hombro de Linda. ¡Dios mío! Era grotesco sentirse feliz hasta este punto.

—Lo estamos, Stanley, estamos muy bien —dijo la señora Fairfield, cortando el pan de Kezia en finas rebanadas.

—¿Prefieren eso a la ciudad, eh, niñas? —preguntó Burnell.

—¡Oh, sí! —contestaron las tres niñas; e Isabel añadió, como después de reflexionar:

—Muchas gracias, querido papá.

—Subamos —dijo Linda—, te traeré las zapatillas.

Pero la escalera resultaba demasiado estrecha para subirla cogidos del brazo. Estaba completamente a oscuras la habitación. Burnell oyó la sortija de Linda rozar el mármol de la chimenea, mientras ella buscaba las cerillas.

—Tengo cerillas, querida, voy a encender las velas. Pero, en lugar de eso, vino detrás de ella, la rodeó de nuevo con sus brazos y apretó contra su hombro la cabeza de Linda.

—¡Soy tan ridículamente feliz! —dijo.

—¿De veras? —Se volvió. Colocó sus manos sobre el pecho de Burnell y levantó sus ojos hacia él.

—No sé lo que me ocurre —protestó.

Afuera estaba todo completamente oscuro y se espesaba la niebla. Cuando Linda cerró la ventana, el fresco rocío tocó la extremidad de sus dedos. A lo lejos ladraba un perro. «Creo que saldrá la luna», dijo.

Pronunciando estas palabras, y con la humedad del fresco rocío en los dedos, le pareció que había salido la luna. Se sentía extrañamente desnuda, en una ola de fría luz. Se estremeció, se alejó de la ventana y vino a sentarse en el diván cerca de Stanley.

En el comedor, al fulgor parpadeante de un fuego de leña, Beryl, sentada en un cojín, tocaba la guitarra. Acababa de tomar un baño y cambiarse de todo.

Llevaba ahora un vestido de muselina blanca con lunares negros, y se había prendido en el pelo una rosa de seda negra.

La naturaleza descansa, amor mío.

Mira, estamos solos;

Dame tu mano, para que yo la estreche, amor mío,

Ligeramente con la mía...

Tocaba para sí misma, cantaba a media voz, contemplándose. La llama se reflejaba en sus zapatos, en el vientre rubio de la guitarra y en sus blancos dedos...

«Si yo estuviese ahí fuera y mirase al interior, por la ventana, me sorprendería bastante el verme así», pensaba. Tocó el acompañamiento totalmente en sordina; ya no cantaba, escuchaba.

...La primera vez que te he visto, niña, ¡oh! ¡Te creías muy sola! Estabas sentada con tus piecitos en un cojín y tocabas la guitarra. ¡Dios! No podré nunca olvidar... Beryl levantó la cabeza y se puso a cantar de nuevo.

La luna misma está cansada.

Pero llamaban fuertemente a la puerta. Apareció el rostro carmesí de la criada.

—Haga el favor, señorita Beryl; acabo de poner la mesa.

—Bueno —dijo Beryl con tono glacial, dejando su guitarra en un rincón.

Alicia irrumpió en la habitación, con una pesada bandeja de hierro negro en las manos.

—¡Vaya trabajo que he tenido con este horno! No puedo tostar nada en él.

—¿Sí? —dijo Beryl.

Pero no, no aguantaría a esta tonta muchacha. Huyó al salón oscuro y se puso a recorrerlo de arriba abajo... ¡Oh! Estaba nerviosa, nerviosa. Sobre el tapete de la chimenea había un espejo. Con los brazos apoyados, contempló Beryl su pálida imagen. ¡Qué hermosa era! Pero no había allí nadie para enterarse de eso.

—¿Por qué has de tener que sufrir así? —decía con el rostro en el espejo—. ¿Si no estabas hecha para sufrir?... Sonríe.

Beryl sonrió, y su sonrisa era en verdad tan adorable, que sonrió de nuevo;

pero esta vez, porque ya no podía resistirse a hacerlo.

VIII

—Buenos días, señora Jones.

—¡Oh! Buenos días, señora Smith, estoy muy contenta de verla. ¿Trajo usted sus niños?

—Sí, traje mis dos gemelos. He tenido otro bebé, desde que estuve con usted, pero ha venido muy de repente y no he tenido aún tiempo de hacerle ropa. Así que lo he dejado... ¿Está bien su marido?

—¡Oh! Muy bien, gracias. Es decir, ha tenido un espantoso catarro; pero la reina Victoria es mi madrina, ¿sabe?, y le ha enviado un cajón de piñas, con lo cual se curó inmediatamente. ¿Es su nueva criada?

—Sí, se llama Gwen; la tengo solamente desde hace dos días. Gwen, ésta es mi amiga; la señora Smith.

—Buenos días, señora Smith. La cena no estará a punto hasta dentro de diez minutos.

—Creo que no debiste presentarme a la criada. Creo que debí simplemente ponerme a hablarle así...

—Es más bien una señora de compañía que una criada; y a una señora de compañía se la presenta; lo sé porque la señora Samuel tenía una.

—¡Oh, es igual! —dijo la criada, con aire indiferente. Batía una crema de chocolate con la mitad de una percha rota. La cena se horneaba muy bien en un peldaño de cemento. La criada empezó a poner la mesa sobre un asiento del jardín pintado de rosa. Delante de cada convidado, colocó dos platos de hoja de geranio, un tenedor de aguja de pino y un cuchillo de ramita. Había tres margaritas encima de una hoja de laurel como si fueran huevos escalfados; unos pétalos de fucsia eran unas lonjas de carne fría; había unas exquisitas albóndigas hechas de tierra y agua, mezcladas con semillas de diente de león; y la crema de chocolate, que pensaba servir en la concha en la que la había cocinado.

—Usted no tiene necesidad de preocuparse de mis niños —dijo la señora Smith, amablemente—. Basta con que tome esta botella y la llene en el grifo, quiero decir en la lechería.

—¡Oh!, muy bien —dijo Gwen, y le murmuró a la señora Jones: «¿Y si yo fuese a pedir a Alicia un poco de leche de verdad?»

Pero alguien, ante la casa, llamaba, y los convidados se dispersaron, dejando la deliciosa mesa, dejando las albondiguillas y los huevos escalfados a las hormigas y a un viejo caracol, que sacaba sus cuernos temblorosos al borde de la silla del jardín y empezaba a roer un plato de geranio.

—¡Vengan aquí adelante de la casa! ¡den la vuelta, niños! Pip y Rags acaban de llegar.

Los jóvenes Troud eran esos primos de los cuales había Kezia hablado al almacenero. Vivían aproximadamente a un kilómetro de allí, en una casa llamada «Quinta del árbol de los monos». Pip era alto para su edad, con un pelo negro y liso y un rostro pálido. Pero Rags era tan pequeño y tan delgado que, desnudo, sus omóplatos sobresalían como dos alitas. Tenían un perro mestizo de pálidos ojos azules y de larga cola retorcida, que les seguía por todas partes. Se llamaba Snooker. Pasaban el tiempo peinando y cepillando a Snooker, colocándole diferentes y horribles mezclas preparadas por Pip y que guardaba secretamente en un jarrillo roto cubierto con una tapa de una tetera vieja. Ni aun el fiel pequeño Rags debía conocer la fórmula secreta de estas mezclas: Se toma un poco de polvo dentífrico, una pizca de azufre reducido a fino polvo y quizás un poco de almidón para atiesar el pelo de Snooker. Pero había algo más. En realidad, Rags pensaba que aquello era pólvora... Por miedo al peligro, nunca se le permitía agitar la mixtura. «¡Si te salta un grano en el ojo, te quedas ciego para toda la vida!», decía Pip, mezclándolo todo con una cuchara de hierro. Y siempre quedaba el riesgo, un pequeño riesgo de que aquello hiciese explosión si se le batía con demasiada fuerza... «Dos cucharadas de eso en un bidón de kerosene bastarían para matar millares de pulgas.» Pero Snooker pasaba todos sus momentos de libertad mordisqueándose y refunfuñando, dentro de su pelo, y apestaba abominablemente.

—Ocurre eso porque él es un gran perro de combate —decía Pip—. Todos los perros de combate huelen.

Los jóvenes Troud iban a menudo a pasar el día fuera, en casa de los Burnell. Y ahora que éstos poseían una hermosa casa y este lindo jardín, estaban dispuestos a ser muy amigos.

Además, a los dos les gustaba jugar con las niñas; a Pip, porque podía gastarles bromas y Lottie era muy fácil de asustar; y a Rags por una razón humillante: adoraba las muñecas. ¡Cómo miraba a una muñeca dormida, le hablaba en voz baja, con una sonrisa tímida, y qué fiesta para él cuando se le permitía coger una!

—Rodéala con tus brazos, no los dejes así de tiesos; vas a dejarla caer —decía severamente Isabel.

En aquel momento estaban en la veranda, reteniendo a , que quería entrar en la casa; pero no se le dejaba, porque la tía Linda odiaba a los lindos perros.

—Hemos venido en el ómnibus, con mamá —dijeron—, y vamos a pasar la tarde con ustedes. Hemos traído de nuestra galleta para la tía Linda; es nuestra Minnie quien la ha hecho. Está llena de almendras.

—Yo pelé las almendras —dijo Pip—. Metí mi mano de prisa en una olla de agua hirviendo, las tomé, las pellizqué de un modo especial, y saltaron fuera de la piel, algunas hasta el techo, ¿verdad, Rags?

Rags asintió.

—Cuando hacen los pasteles en casa —dijo Pip— nos quedamos siempre en la cocina Rags y yo; yo tengo el tazón y él la cuchara y el batidor de huevos. El pastel de merengue es el mejor, es muy espumoso.

Corrió a lo largo de la veranda, bajó los peldaños hasta el césped, plantó sus manos encima de la hierba, se inclinó hacia adelante, pero no pudo mantenerse completamente cabeza abajo.

—Este césped está lleno de terrones —dijo—; es preciso un sitio llano para ponerse patas arriba. En casa puedo andar de cabeza todo alrededor del árbol de los monos, ¿verdad, Rags?

—Casi —dijo Rags, muy bajo.

—Sosténate con la cabeza, bajo la veranda; es llano —dijo Kezia.

—No, astuta —dijo Pip—, es preciso hacerlo en un sitio blando, porque si nos impulsamos y hacemos una pirueta, algo en el cuello nos hace «clic» y se rompe. Me lo ha dicho papá.

—¡Oh! Entonces jugaremos —dijo Kezia.

—¡Muy bien! —dijo vivamente Isabel—. Vamos a jugar al hospital, yo seré la enfermera, Pip el médico, y tú, Lottie, y tú, Rags, los enfermos.

Lottie no quería jugar a eso, porque la última vez Pip le había introducido, en el fondo de la garganta, algo que le dolía horriblemente.

Pip se le burló: —¡Pff! No era más que el jugo de una cáscara de mandarina.

—Entonces, juguemos a la señora —dijo Isabel—. Pip podrá ser el padre y ustedes serán nuestros queridos niñitos.

—Detesto jugar a la señora —dijo Kezia—; siempre nos haces ir a la iglesia cogidos de la mano, y después volver para acostarnos.

Bruscamente Pip sacó un pañuelo sucio de su bolsillo: «¡Snooker, aquí, señor!», llamó. Pero Snooker, como de costumbre, trató de escapar, con la cola entre las patas. Pip saltó encima de él y lo apretó entre sus rodillas.

—Sosténle quieta la cabeza, Rags —dijo; y ató el pañuelo alrededor de la cabeza de Snooker, con un gracioso nudo que sacaba las puntas por encima.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Lottie.

—Es para acostumbrar a sus orejas a que se peguen mejor a la cabeza; mira —dijo Pip—. Todos los perros de combate tienen las orejas hacia atrás; pero las de Snooker son demasiado blandas.

—Ya sé —dijo Kezia—; se le vuelven siempre del revés; eso no me gusta.

Snooker se tumbó, hizo un débil esfuerzo con su pata para arrancarse el pañuelo, pero no pudiéndolo conseguir, se arrastró detrás de los niños, temblando de angustia.

IX

Pat venía a grandes zancadas. Llevaba en su mano un pequeño *tomahawk* [especie de cuchillo] que brillaba al sol.

—Vengan conmigo —dijo a los niños—, les enseñaré cómo los reyes de Irlanda le cortan el cuello a un pato.

Ellos retrocedían; no le creían. Además, los muchachos Troud nunca habían visto hasta entonces a Pat.

—Vamos, vengan —les dijo persuasivo, sonriendo y tendiendo la mano a Kezia.

—¿Un pato de verdad, uno del corral?

—Sí —dijo Pat. Kezia puso su mano en la de Pat, dura y seca, él hundió el *tomahawk* en su cintura y tendió la otra mano a Rags. Adoraba a los niñitos.

—Yo tendré que sujetar a Snooker por la cabeza si va a haber sangre —dijo Pip—, porque la sangre le vuelve completamente loco. Corrió adelante, tirando de Snooker por el pañuelo.

—¿Crees que debemos ir? —murmuró Isabel—. No hemos preguntado nada, ¿verdad?

Hacia la parte baja del huerto se abría una barrera en la empalizada. Al otro lado una áspera pendiente ¡conducía a un puente que cruzaba el arroyo. Y una vez en la otra orilla, se estaba ya junto a los corrales. En el primero habían arreglado un viejo establo pequeño, para corral. Las gallinas vagabundeaban a lo lejos, habían atravesado el corral hasta un hoyo lleno de estiércol. Pero los patos permanecían cerca de la parte del arroyo que se deslizaba bajo el puente.

Grandes matorrales de follaje rojo, con flores amarillas y racimos de bayas negras, caían sobre el arroyo. En ciertos sitios era ancho y poco profundo; en otros, se derramaba por agujeros de bordes llenos de espuma y de vibrantes burbujas. En esas charcas habían elegido domicilio los grandes patos, nadando y chapoteando a lo largo de las orillas herbosas.

Arriba y abajo, nadaban, alisando sus plumas con sus pechugas relucientes y sus picos amarillos, y otros patos, con una misma papada y un mismo pico amarillo, les seguían, nadaban con ellos, al revés.

—He aquí la flotilla irlandesa —dijo Pat—; miren aquí el viejo almirante, con el cuello verde y la hermosa oriflama sobre la cola.

Sacó de su bolsillo un puñado de granos y se dirigió hacia el gallinero, indolente, con su viejo sombrero de paja, metido hasta los ojos.

Llamaba: «Ti-ti-ti-ti».

—«Cua-cua-cua-cua» —contestaban los patos, que serpenteaban detrás de él, en una larga línea ondulante. Hacía como que les arrojaba el grano, sacudiéndolo en sus manos, y los llamaba hasta que los patos formaron un círculo blanco a su alrededor.

De lejos, las aves oyeron los gritos. Acudían, ellas también, a través del corral, con las alas extendidas, las patas metidas hacia adentro, a la manera de las gallinas, y cacareaban al venir.

Entonces Pat esparció el grano, los patos golosos empezaron a regodearse. Rápido, Pat se inclinó, agarró a dos de ellos, uno bajo cada brazo, y se adelantó hacia los niños. Las cabezas erizadas, los ojos redondos de los patos, asustaron a los niños. A todos, menos a Pip.

—¡Vamos ya, tontos! —gritó—. No pueden morder, no tienen dientes. Sólo llevan esos dos agujeritos en el pico para respirar por allí.

—¿Quieres sujetar uno, mientras acabo con el otro? —preguntó Pat.

Pip soltó a Snooker.

—¿Que si yo quiero? Dame uno; me da igual que patalee.

Casi le sofocó la alegría al ponerle Pat entre los brazos el blanco paquete.

Había un viejo tronco cerca de la puerta del gallinero. El hombre, sujetándolo por las patas, lo tendió encima. Casi al mismo instante cayó el *tomahawk*; saltó la cabeza del tajo, y la sangre brotó sobre las plumas blancas y sobre la mano.

En cuanto los niños vieron la sangre, cesaron de tener miedo. Rodearon a Pat y se pusieron a gritar. Hasta Isabel saltaba y aullaba: «¡La sangre, la sangre!». Pip olvidó su pato y lo tiró a lo lejos. «¡Lo he visto, lo he visto!» —decía él, dando saltos alrededor del bloque de madera.

Rags, con sus mejillas blancas como el papel, corrió hacia la cabecita, avanzó un dedo como si quisiera tocarla, se echó atrás, y de nuevo acercó un dedo. Temblaba con todo su cuerpo.

Hasta Lottie, la pequeña Lottie, se echó a reír, señaló al pato, y gritó: «¡Mira, Kezia, mira!».

—¡Miren! —exclamó Pat.

Dejó en tierra el cuerpo, que comenzó a oscilar con un gran chorro de sangre en el sitio de la cabeza, y se puso a dar suavemente menudos pasos hacia la áspera pendiente que conducía al arroyo.

—¿Lo ven? ¿Lo ven? —gritaba Pip. Corría alrededor de las pequeñas, tirándoles del delantal.

—¡Es como una pequeña locomotora! —gritaba Isabel—, ¡como una graciosa maquinilla de tren!

Pero, de repente, Kezia se precipitó sobre Pat, le echó los brazos alrededor de las piernas, golpeando con la cabeza tan fuerte como podía, en las rodillas del hombre.

—¡Vuelve a ponerle la cabeza! ¡Vuelve a ponerle la cabeza! —gemía.

Cuando Pat se inclinó para desembarazarse de ella, no quiso soltar la presa. Ella se agarraba con todas sus fuerzas y sollozaba: «Vuelve a ponerle la cabeza, vuelve a ponerle la cabeza...». Hasta que aquello se convirtió en un raro estribillo.

—Se ha parado, ha caído, ha muerto —dijo Pip.

Pat levantó a Kezia en sus brazos. El sombrero de paja de la pequeña había resbalado hacia atrás, pero ella no se dejó mirar. Apretó su cara contra el hombro huesudo de Pat, y sus manos se enlazaron alrededor de su cuello.

Los niños pararon de gritar tan súbitamente como habían empezado. Se mantenían alrededor del pato muerto. Rags ya no tenía miedo de la cabeza. Se arrodilló y la acarició.

—No creo que haya muerto completamente —dijo—. ¿Creen que seguiría con vida si yo le diese algo de beber?

Pero Pip estaba muy enfadado.

—¡Bah! ¡Qué bebé! —dijo. Silbó a Snooker y se marchó.

Cuando Isabel fue al encuentro de Lottie, Lottie se separó bruscamente.

—¿Por qué me zarandeas constantemente Isabel?

—Vamos —decía Pat a Kezia—, ¡ya tenemos aquí una buena niñita!

Levantó las manos y tocó las orejas del hombre. Sintió algo. Lentamente levantó su rostro estremecido, y miró. Pat llevaba anillitos en las orejas. Estaba muy sorprendida.

—¿Se ponen y se quitan? —preguntó Kezia, con voz ronca.

X

En lo alto de la casa, en la cocina caliente y muy en orden, Alicia, la criada, preparaba el té. Estaba «vestida». Llevaba un traje de tela negra que olía bajo los brazos, un delantal blanco, como una gran hoja de papel, y un nudo de encaje sujeto al pelo con dos alfileres de color azabache. Había reemplazado sus confortables zapatillas de fieltro por otras de cuero negro, que le apretaban el callo del dedo pequeño. ¡Algo horrible!

Hacía calor en la cocina; una mosca zumbaba; un abanico de vapor blanquecino salía de la cafetera cuya tapa bailaba al compás del agua hirviendo. El reloj lanzaba al aire tibio un tic—tac lento y medido como el ruido de la aguja de hacer media de una vieja, y de vez en cuando, sin razón ninguna, porque no había brisa, el estor se alzaba y venía a golpear en la ventana.

Alicia preparaba sándwiches de berros; sobre la mesa había un trozo de manteca, una hogaza de pan y hojas de berros apiladas en un paño blanco.

Un librito sucio, grasiento, semidescosido, con las páginas despuntadas, se apoyaba en la mantequera, y mientras batía la manteca, Alicia leía: «Soñar con cucarachas que arrastran un ataúd es de mal agüero. Significa la muerte de algún pariente o de un ser querido: padre, hermano, hijo o novio. Si las cucarachas marchan hacia atrás cuando se las mira, quiere decir muerte por el fuego o como consecuencia de una caída de gran altura, caída por la escalera, de andamios, etc., etc.»

«Arañas. Soñar con arañas que caminan encima de uno es bueno. Anuncian grandes cantidades de dinero, próximamente. Si la persona espera hijos, puede confiar en partos fáciles. Pero debe evitar el comer almejas, si las traen como regalo, en el sexto mes.»

«¡Cuántos millones de pájaros veo!»

—¡Ay, Dios mío! ¡Aquí viene la señorita Beryl!

Alicia dejó caer su cuchillo y escondió la Llave de los Sueños bajo la mantequera. Pero no tuvo el tiempo de disimularlo completamente, porque Beryl venía a la cocina en dirección a la mesa, y los bordes grasientos del libro fueron la primera cosa en la que repararon sus ojos. Alicia vio la sonrisita astuta de la señorita Beryl, y la manera cómo levantó sus cejas como si preguntase qué podía ser aquello. Decidió contestar, si la señorita Beryl le preguntaba: «¡Nada que le interese, miss!». Aunque estaba segura de que la señorita Beryl no lo haría.

Alicia era realmente una criatura suave, pero tenía las más maravillosas respuestas a preguntas que sabía que nunca le harían. Componerlas, repetírselas a sí misma, la consolaba tanto como si las hubiese expresado. Verdaderamente, eso le había permitido seguir adelante en los lugares donde la habían tratado mal, hasta el punto de tener miedo de dormirse con una caja de cerillas sobre la silla, por temor a comérselas durante su sueño.

—¡Oh! ¡Alicia! —anunció la señorita Beryl—. Hay una persona más para el té; de modo que haga el favor de recalentar un plato de los bizcochitos de ayer; y, además del pastel de café, ponga un mazapán. No olvide usted los mantelitos bajo los platos. ¿Comprende? No los puso usted ayer, y la mesa tenía tan mala facha. Y no nos coloque esa horrible cubretetera rosa y verde por la tarde. Está bien por la mañana. Creo, por otra parte, que se debía guardar para la cocina. ¡Tiene un aire tan miserable y huele tan mal! Ponga la cubretetera japonesa. Me ha comprendido bien, ¿verdad?

La señorita Beryl había terminado. Al dejar la cocina iba canturreando:

Cantando tan fuerte desde todos los árboles... Muy satisfecha de la manera enérgica con que manejaba a Alicia.

Alicia se sentía exasperada. No le molestaba que le dieran órdenes, pero había algo en el modo de hablar de la señorita Beryl que no soportaba. No podía realmente soportarlo. Eso le hacía rebelarse interiormente, por decirlo así, y casi temblar. Pero la razón por la cual Alicia detestaba así a Beryl era que la empequeñecía. Beryl hablaba a Alicia con una voz especial, como si no estuviera totalmente presente, y jamás se impacientaba, jamás. Aun cuando Alicia dejara caer una cosa u olvidase alguna otra importante, la señorita Beryl parecía esperarlo.

—Haga el favor, señora Burnell —decía una Alicia imaginaria, mientras ella untaba de manteca los bizcochos—; preferiría no recibir órdenes de la señorita Beryl; quizá yo no sea más que una vulgar criada que no sabe tocar la guitarra, pero...

Este último párrafo la encantaba hasta el punto de devolverle su buen humor.

—La única cosa que se puede hacer —oyó al abrir la puerta del comedor— es cortar enteramente las mangas y reemplazarlas por una amplia banda de terciopelo negro...

XI

El pato blanco parecía no haber tenido jamás cabeza cuando Alicia lo colocó ante Stanley Burnell aquella noche. Reposaba con una resignación admirablemente asada sobre una fuente azul, rodeado de una corona de albondiguillas y con las patas juntas, atadas con una hebra de hilo.

Resultaba difícil decir cuál de los dos, Alicia o el pato, parecía mejor asado. ¡Tenían ambos un color tan hermoso e igual aspecto reluciente y terso! Pero Alicia era de un rojo fuego y el pato de un caoba de España.

Burnell recorrió con la mirada el filo de su cuchillo. Muy orgulloso de su manera de trinchar, se envanecía de hacer de ello un trabajo de primer orden. Detestaba ver trinchar a las mujeres. Demasiado lentas, parecían siempre indiferentes al aspecto que pudiera tener la carne. Pero él si se preocupaba de ello; se esmeraba en cortar delicadas lonjas de carne fría, trocitos de cordero, del espesor exacto, y de trozar con precisión un pollo o un pato.

—¿Es el primero de nuestros productos? —preguntó, sabiendo perfectamente a qué atenerse.

—Sí, el carnicero no ha venido; hemos descubierto que no pasa más que dos días por semana.

No había necesidad de excusa sobre este soberbio animal. No era ni siquiera carne, sino una suerte de refinada gelatina. «Mi padre diría —apuntó

Burnell— que éste debe ser uno de esos pájaros a los que su madre tocaba la flauta alemana en su infancia, y que los dulces sonos de este delicado instrumento han actuado sobre el espíritu juvenil para dar este resultado...» Tome algo más, Beryl. Usted y yo somos los únicos en esta casa que tenemos el sentimiento de lo que comemos. Estoy dispuesto a declarar delante de un tribunal, si es preciso, que adoro la buena comida.

Se sirvió el té en el salón. Beryl, que por una razón cualquiera se había mostrado muy amable con Stanley desde su llegada, le propuso una partida de *cribbage*. Se sentaron junto a una mesita cerca de una ventana abierta. La señora Fairfield desapareció, y Linda, tendida en una mecedora, se balanceaba con los brazos cruzados en la nuca.

—No necesitas luz, ¿verdad, Linda? —preguntó Beryl.

Y cambió de sitio la gran lámpara, de tal modo, que quedó bajo la suave luz.

¡Qué lejos parecían esos dos desde el sitio en que Linda, sentada, se mecía! La mesa verde, las cartas relucientes, las grandes manos de Stanley, las pequeñas de Beryl, parecían formar parte de un mismo movimiento misterioso. Stanley, bien plantado, robusto, en su traje oscuro, estaba a sus anchas, y Beryl, sacudiendo su brillante cabeza, estaba algo disgustada. Llevaba enrollado al cuello un terciopelo negro, nuevo, que la cambiaba en cierto modo, transformaba la forma de su rostro, pero de manera encantadora, concluyó Linda. La habitación olía a lirios; había dos grandes jarras de calas sobre la chimenea.

—Quince dos, quince cuatro y una pareja hacen seis y una serie de tres son nueve —dijo Stanley tan reposadamente que hubiera podido de la misma manera contar carneros.

—Yo no tengo más que dos parejas —dijo Beryl, que exageraba su decepción, sabiendo lo que a él le gustaba ganar.

Los peones parecían dos menudos personajes que subían juntos el camino, dando vuelta al ángulo agudo y bajando de nuevo. Deseaban menos adelantarse uno a otro que acercarse bastante para poderse hablar, o quizá, sencillamente, para sentirse el uno junto al otro.

Pero siempre había uno que se impacientaba, que saltaba hacia adelante cuando el otro se le juntaba, y se negaba a escucharle. ¿Quizás el peón blanco

tenía miedo del rojo? O tal vez, cruel, quitaba al rojo la ocasión de hablarle...

Beryl llevaba prendido al pecho un ramito de pensamientos, y una vez, mientras los peoncillos se encontraban juntos, se inclinó; los pensamientos cayeron cubriendo los peones.

—Es demasiado —dijo ella, recogiendo sus flores—, justamente cuando ellos iban a poder volar uno en brazos del otro.

—¡Hasta la vista, hija mía! —dijo Stanley riendo. Y el peón rojo saltó más lejos.

El salón era largo y estrecho con puertas vidrieras que daban a la veranda. La tapicería era de color crema con un dibujo de rosas doradas, y el mobiliario, que había pertenecido a la vieja señora Fairfield, parecía sombrío y vulgar. Contra el muro se adosaba un pequeño piano con el tablero esculpido, adornado con una seda amarilla plisada. Encima del piano colgaba un óleo de Beryl; sobre el piano un grueso manojó de clemátides con aire de sorpresa. Cada flor de la dimensión de un platillo, tenía un corazón como un ojo asustado, festoneado de negro. La pieza no estaba aún en regla. Stanley soñaba con una butaca *chesterfield* y dos sillas confortables. Linda prefería el salón tal como estaba...

Dos grandes mariposas de noche entraron por la ventana, dando vueltas y formando círculos alrededor del halo de la lámpara.

—¡Aléjense, antes que sea demasiado tarde! ¡Aléjense!

Dando vueltas y más vueltas, parecían traer el silencio y el claro de luna sobre sus alas mudas...

—Tengo dos reyes —dijo Stanley—. ¿Son buenos?

—Muy buenos —dijo Beryl.

Linda cesó de balancearse y se levantó. Stanley le lanzó una mirada.

—¿No estás bien, querida?

—No, nada, voy a reunirme con mamá.

Salió de la pieza y, de pie, en el comienzo de la escalera, llamó, pero la voz de su madre le contestó desde la veranda.

La luna, que Lottie y Kezia habían visto desde el camión, estaba llena, y la casa, el jardín, la anciana, y Linda, todo se bañaba en su deslumbrante

claridad.

—Yo miraba el áloe —dijo la señora Fairfield—, creo que va a florecer este año. ¿Ves allí arriba? ¿Son capullos o un efecto de luz?

Como se mantenían en los peldaños, el alto terraplén de césped sobre el que reposaba el áloe se alzó como una onda; el áloe parecía bogar encima; tal un navío con los remos alzados. El brillante claro de luna goteaba de los remos, como agua, y, en la ola verde, centelleaba el rocío.

—¿También tú lo sientes? —preguntó Linda.

Hablaba a su madre con esa voz especial con la que se hablan las mujeres por la noche, como si se hablasen entre sueños o desde una profunda gruta.

—¿No sientes que él viene hacia nosotras?

Soñó que la arrastraban fuera del agua fría, en el navío de los remos alzados y del mástil con retoños. Ahora los remos se abatían, golpeando a prisa, a prisa. Bogaban lejos por encima de los árboles del jardín, de los cercados y de los sombríos matorrales, más allá. Se estaba oyendo gritar a los remeros: «¡Más de prisa, más de prisa!».

¡Cuánto más real parecía este sueño que tener que volver a casa, donde dormían los niños y donde Stanley y Beryl jugaban al *cribbage*!

—Creo que son capullos —dijo Linda—; vamos al jardín, mamá. Este áloe me gusta. Lo prefiero a todo lo demás de aquí. Y estoy segura que lo recordaré mucho tiempo después de haber olvidado las otras cosas.

Apoyó su mano en el brazo de su madre y bajaron los peldaños, dieron la vuelta al islote y se metieron en la avenida principal que conducía a la verja de la entrada.

Desde abajo veía las largas espinas puntiagudas que terminaban las hojas del áloe, y al mirarlas, su corazón se endureció... Nadie se atrevería a acercarse al buque, ni a seguirlo.

«¡Ni siquiera mi terranova —pensaba ella—, a quien tanto quiero durante el día!»

Porque ella le quería verdaderamente. Lo amaba, lo admiraba y lo respetaba enormemente. ¡Oh! Más que a nadie en este mundo. Lo conocía a fondo. Él era la lealtad, la respetabilidad mismas, y a pesar de toda su experiencia práctica, continuaba sencillo, absolutamente ingenuo, cándido, contento con

poco, disgustado por poco.

¡Si tan sólo no saltase así detrás de ella, ladrando tan fuerte, mirándola con ojos tan ávidos, tan enamorados! Era demasiado fuerte para ella. Desde su niñez, detestaba las cosas que se precipitaban sobre ella. Había momentos en que se ponía aterrador, verdaderamente aterrador; en que ella estaba a punto de gritar con todas sus fuerzas: «¡Me vas a matar!». Y entonces ella tenía gana de decir cosas rudas, cosas detestables...

—Ya sabes, estoy muy delicada; sabes tan bien como yo que tengo el corazón lastimado; el médico te lo ha dicho, puedo morir de un minuto a otro; he tenido ya tres enormes niños...

Sí, sí, era verdad. Linda retiró bruscamente la mano del brazo de su madre... A pesar de su amor, su admiración, su respeto para Stanley, lo odiaba. ¡Y qué tierno se volvía después de momentos como ese! ¡Qué sumiso estaba y atento! Él hubiera hecho cualquier cosa por ella; tenía el deseo de servirla... Linda se estaba oyendo a sí misma pedir con voz débil:

—Stanley, ¿quieres encender la vela?

Oía también la alegre contestación: «Claro que sí, queridita». Y saltaba de la cama, como si fuese a brincar, a descolgarle la luna.

Ella nunca había experimentado eso con tanta claridad; todos esos sentimientos eran precisos y definidos, tan verdaderos el uno como el otro. Y estaba el odio, este odio, muy real, como los demás. Ella hubiera podido repartir otros tantos paquetitos con sus sentimientos y dárselos a Stanley. Tenía ganas de entregarle el último, como sorpresa, y se imaginaba sus ojos cuando lo abriera...

Apretó contra sí sus brazos cruzados, y se puso a reír muy bajo. ¡Qué absurda era la vida, risible, sencillamente risible! ¿Por qué tendría esa manía de continuar viviendo? Porque era una manía —pensaba ella, irónica y riendo.

—¿Por qué me cuido tan preciosamente? Continuaré teniendo niños y Stanley ganando dinero. Los niños y el jardín irán siendo cada vez mayores y habrá flotillas de áloes entre los cuales podré escoger.

Linda había andado, con la cabeza baja, sin mirar a nada. Ahora levantó los ojos y los pasó en derredor suyo. Su madre y ella se hallaban cerca de las

camelias rojas y blancas. Soberbias eran las hojas, ricas y sombrías, bordadas de luz; y las flores redondas posadas entre éstas como otros tantos pájaros rojos y blancos. Linda arrancó una brizna de verbena, la arrugó y tendió las manos a su madre.

—Delicioso —dijo la anciana—. ¿Tienes frío, hija mía? Sí, estás temblando; tus manos están frías, haríamos mejor en retirarnos.

—¿En qué pensabas tú? —dijo Linda—. Dímelo.

—¡Oh! En nada de particular. Me preguntaba al pasar al lado del vergel, cuáles eran los árboles frutales y si podríamos hacer muchas confituras este otoño. Hay soberbios grosellos, muy sanos, en la huerta. Hoy me he dado cuenta. Quisiera ver esas repisas de la despensa bien adornadas con nuestras confituras.

XII

Mi querida Nan:

No me tome usted por una farsante al ver que no le he escrito antes. No he tenido ni un solo instante, querida, y me siento aún tan agotada, que apenas si puedo sujetar una pluma.

¡Bien! La terrible acción fue realizada. De veras hemos dejado el vertiginoso torbellino de la ciudad y no veo la posibilidad de volver otra vez allí, pues mi cuñado ha llegado a adquirir esta finca: construcciones, tierras y servidumbres, como él dice.

Por una parte, en efecto, es un inmenso alivio, pues nos amenaza con tomar algo en el campo, desde que vivo con ellos, y debo confesar que la casa y el jardín son deliciosos; un millón de veces mejor que ese espantoso agujero de ratón en la ciudad.

Pero estoy enterrada, querida! Aunque «enterrada» no es la palabra.

Tenemos vecinos, pero no son más que granjeros, gordos, torpes, que tienen aire de haber pasado el día ordeñando vacas; y dos terribles mujeres, con dientes de conejo; el día de nuestra mudanza, ellas nos trajeron bizcochos,

ofreciéndose a ayudarnos. Mi hermana, que vive siempre lejos de aquí, no conoce ni un alma; de modo que no tenemos la suerte de ver a nadie. Es casi seguro que nadie vendrá de la ciudad, a pesar del ómnibus, porque es una vieja galera ruidosa, tapizada de cuero negro, y cualquier persona respetable preferiría morir antes que rodar en ella seis millas.

Así es la vida... Es un triste fin para la pobrecita B... De aquí a un año o dos me convertiré en una horrible caricatura e iré a visitarlos con un impermeable y un sombrero atado con un velo de gasa blanca. ¡Es tan bonito!

Stanley dice, ahora que estamos instalados —porque lo estamos verdaderamente, después de la más terrible semana de mi vida—, que va a traernos dos amigos de su club para jugar al tenis el sábado por la tarde. A propósito, dos están anunciados para hoy como una gran fiesta. Pero, querida, ¡si pudiese usted ver a esos hombres del club de Stanley! Gorditos, de ese tipo de hombres que parecerían indecentes sin chaleco, y siempre con los dedos de los pies un poco encogidos —esto se ve en seguida cuando se anda por la cancha con sandalias blancas— andan sin cesar subiéndose los pantalones y blandiendo sus raquetas contra obstáculos imaginarios.

Yo jugaba con ellos en el club el verano pasado, y estoy segura de que usted se dará cuenta del tipo de hombre al que me refiero, si le digo que, después de haber ido allí tres veces, me llamaban todos «señorita Beryl».

Mamá adora el sitio, naturalmente. Pero pienso que cuando tenga su edad estaré satisfecha de quedarme sentada al sol limpiando guisantes en una tartera.

¡Pero ahora no, no y no!

Como de costumbre, no tengo ninguna idea de lo que piensa Linda de ello. Misteriosa como siempre.

Querida, usted conoce mi vestido de raso blanco; he cortado las mangas, y he puesto dos bandas de terciopelo negro, como hombreras, y dos grandes amapolas rojas cogidas en el sombrero de mi querida hermana. Un gran éxito, pero no sé cuándo podré ponérmelo.

Beryl escribía esta carta sentada ante una mesita de su habitación. En un sentido, todo ello era verdad, claro es, pero, por otra parte, aquello no eran más que tonterías de las que ella misma no creía una palabra. No, es decir, sentía esas cosas, pero de diferente manera.

Era su otro yo quien había escrito esta carta que molestaba a su verdadero yo a quien repugnaba «una necia palabrería». Con todo, sabía que la enviaría y que escribiría siempre este género de bobadas a Nan Pym. De hecho, éste era un ejemplar bastante anodino de las cartas que le enviaba generalmente.

Beryl apoyó los codos sobre la mesa y releyó su carta, de la que oía subir la voz hasta ella, ensordecida, como en el teléfono, pero aguda, exuberante, con una chispa de acritud en el tono; ¡cómo la detestaba hoy!

—No entiendo cómo haces para estar siempre tan animosa. Pero supongo que es tu naturaleza. Por eso los hombres están locos por ti. —Y había añadido, con cierta tristeza, pues los hombres no enloquecían mucho por Nan, que era una muchacha sólida, de fuertes caderas y tez roja: «No comprendo cómo puedas estar tan animosa, pero pienso que está en tu naturaleza»

¡Que tontería! ¡Qué estupidez! Aquello no era nada natural en ella. ¡Dios mío! Si se hubiese mostrado verdaderamente natural con Nan Pym, ésta, de sorpresa, se hubiera tirado por la ventana. «Querida, usted conoce mí vestido de raso blanco...». Beryl cerró bruscamente su carpeta.

Se levantó de un salto y, sin pensar en ello, se dirigió hacia el espejo. Allí vió a una muchacha, delgada, vestida de blanco, con falda de sarga blanca y blusa de seda blanca, con el talle ceñido por un cinturón de cuero.

Su cara tenía forma de corazón, ancha en las cejas y angulosa en la barbilla, pero no demasiado. Sus ojos eran, sin duda, lo mejor que tenía: de un color extraño, tan poco vulgar, verde azul, moteados de oro.

Tenía hermosas cejas negras y largas pestañas, tan largas que, cuando reposaban en su mejilla, se veía positivamente reflejarse en ellas la luz. Alguien se lo había declarado.

Su boca era un poco grande. ¿Demasiado grande? No, en realidad, no. El labio inferior adelantaba ligeramente y ella tenía una manera de sorbérselo que a otra persona le había parecido seductora.

La nariz era lo menos logrado. No es que fuese realmente fea, pero no era ni la mitad de bien hecha como la de Linda. Linda tenía una naricita perfecta. La suya se extendía un poco, no mucho, y probablemente ella se exageraba esta dimensión, porque se trataba de su propia nariz, y, ¡era tan exigente

consigo misma! La apretó entre el pulgar y el índice e hizo una ligera mueca.

El pelo. ¡Ah! El pelo era espléndido. ¡Y qué masa! Del color de las hojas recién caídas, moreno y rojizo, con un fulgor amarillento. Cuando lo juntaba en una larga trenza, sentía en la espalda como una gruesa serpiente. Le gustaba este peso que arrastraba su cabeza hacia atrás, y le gustaba tenerlo suelto, cubriendo sus brazos desnudos. «Sí, querida, no hay duda, eres encantadora.»

A esas palabras su pecho se alzó, inició una larga respiración de alegría, cerrando a medias los ojos. Pero mientras se miraba, la sonrisa se apagó en sus labios y en sus ojos. ¡Oh, Dios! Había vuelto al mismo juego. Falsa, tan falsa como antes, falsa como cuando había escrito a Nan Pym, falsa ahora, sola consigo misma.

¿Qué relación había entre ella y esta persona del espejo y por qué esta mirada fija? Se dejó caer junto a su cama y hundió la cabeza en sus brazos.

—¡Oh! —gritó—. ¡Soy tan desgraciada! Sé que soy tonta, rencorosa y vanidosa. Represento siempre un papel. No soy nunca verdaderamente yo misma. —Y de una manera muy precisa, vio su falso yo subir y bajar las escaleras riéndose con una risa especial durante las visitas; manteniéndose bajo la lámpara por si venía a cenar algún hombre para que pudiese admirar la luz en su pelo; haciendo muecas, fingiendo ser una niña cuando se le pedía que tocara la guitarra. ¿Por qué? Sostenía el papel aun delante de Stanley. No más tarde que ayer a la noche, mientras él leía su periódico, se le había acercado, apoyándose a propósito en su hombro. ¿No había posado la mano sobre la suya, indicándole algo, para que él pudiese advertir qué blanca era al lado de su mano de hombre, tan morena?

¡Despreciable, despreciable! Su corazón estaba frío de rabia. «Es extraordinario cómo puedes persistir», decía a su falso yo. Pero lo decía sólo porque se sentía tan desgraciada ¡tan desgraciada! Beryl, dichosa y viviendo su vida, su falsedad hubiera cesado de existir. Veía a la verdadera Beryl, una sombra..., una sombra, que radiaba, débil y sin sustancia. ¿Qué tenía de real, aparte de este fulgor? ¿En qué raros instantes había existido? Beryl casi podía recordar cada uno de ellos. Había pensado entonces: «La vida es rica, misteriosa y buena, y yo también soy rica, misteriosa y buena... ¿Alguna vez seré yo esa Beryl para siempre...? ¿Y cómo? ¿Hubo alguna vez un instante en

que no existiera un falso yo...?». Había llegado a este punto cuando oyó resonar pequeños pasos a lo largo del pasillo y moverse el picaporte. Kezia entraba.

—Tía Beryl, mamá pregunta si quieres bajar; te lo ruego; papá está allí con un señor y la comida está dispuesta.

¡Qué aburrimiento! ¡Cómo había arrugado su falda, arrodillándose tan idiotamente!

—¡Muy bien, Kezia!

Y Beryl fue al tocador y se espolvoreó la nariz.

Kezia vino también, destapó un tarro de crema y lo olió. Debajo del brazo llevaba un gato de felpa muy sucio.

Cuando la tía Beryl salió de su habitación corriendo, Kezia sentó el gato sobre el tocador y le puso la tapa del tarro de crema sobre la oreja.

—Ahora, mírate —dijo con tono severo.

El gato de felpa se impresionó tanto al verse, que se cayó hacia atrás, saltó, y volvió a saltar hasta el suelo. La tapa voló por el aire y se fue rodando por el linóleo como una moneda, pero no se rompió.

Pero, para Kezia, se había roto desde el momento en que había volado por el aire; la recogió toda caliente de emoción y la volvió a poner encima del tocador.

Después huyó sobre la punta de los pies, demasiado de prisa y ligeramente.

EL CANARIO

¿Ves aquel clavo grande a la derecha de la puerta de entrada? Todavía me da tristeza mirarlo, y, sin embargo, por nada del mundo lo quitaría. Me complazco en pensar que allí estará siempre, aun después de mi muerte. A veces oigo a los vecinos que dicen: «Antes allí debía de colgar una jaula». Y eso me consuela: así siento que no se le olvida del todo.

...No te puedes figurar cómo cantaba. Su canto no era como el de los otros canarios, y lo que te cuento no es sólo imaginación mía. A menudo, desde la ventana, acostumbraba observar a la gente que se detenía en el portal a escuchar, se quedaban absortos, apoyados largo rato en la verja, junto a la planta de celinda. Supongo que eso te parecerá absurdo, pero si lo hubieses oído no te lo parecería. A mí me hacía el efecto que cantaba canciones enteras que tenían un principio y un final. Por ejemplo, cuando por la tarde había terminado el trabajo de la casa, y después de haberme cambiado la blusa, me sentaba aquí en la varanda a coser: él solía saltar de una percha a otra, dar golpecitos en los barrotes para llamarme la atención, beber un sorbo de agua como suelen hacer los cantantes profesionales, y luego, de repente, se ponía a cantar de un modo tan extraordinario, que yo tenía que dejar la aguja y escucharlo. No puedo darte idea de su canto, y a fe que me gustaría poderlo describir. Todas las tardes pasaba lo mismo, y yo sentía que comprendía cada nota de sus modulaciones.

¡Lo quería! ¡Cuánto lo quería! Quizá en este mundo no importa mucho lo que uno quiere, pero hay que querer algo. Mi casita y el jardín siempre han llenado un vacío, sin duda; pero nunca me han bastado. Las flores son muy agradecidas, pero no se interesan por nuestra vida. Hace tiempo quise a la estrella del atardecer. ¿Te parece una tontería? Solía sentarme en el jardín, detrás de la casa, cuando se había puesto el sol, y esperar a que la estrella saliera y brillara sobre las ramas oscuras del árbol de la goma. Entonces le murmuraba: «¿Ya estás aquí, amor mío?». Y en aquel instante parecía brillar sólo para mí. Parecía que lo comprendiera...; algo que es nostalgia y, sin

embargo, no lo es. O quizá el dolor de lo que uno echa de menos, sí, era este dolor. Pero ¿qué era lo que echaba de menos? He de agradecer lo mucho que he recibido.

...Pero, en cuanto el canario entró en mi vida, olvidé a la estrella del atardecer: ya no me hacía falta. Y aquello ocurrió de una manera extraña. Cuando el chino que vendía pájaros se detuvo delante de mi puerta y levantó la jaulita donde el canario, en vez de sacudirse como hacían los dorados pinzones, lanzó un débil y leve gorjeo, me sorprendí a mí misma diciéndole:

—¿Ya estás aquí, amor mío?

Desde aquel instante fue mío.

...Aún me asombra ahora recordar cómo él y yo compartíamos nuestras vidas. En cuanto por la mañana quitaba el paño que cubría su jaula, me saludaba con una pequeña nota soñolienta. Yo sabía que quería decirme: «¡Señora! ¡Señora!». Luego lo colgaba afuera, mientras preparaba el desayuno de mis tres muchachos pensionistas, y no lo entraba hasta que volvíamos a estar solos en casa. Más tarde, en cuanto terminaba de lavar los platos, empezaba nuestra verdadera diversión. Solía poner una hoja de periódico en la mesa, y, cuando colocaba la jaula encima, el canario sacudía las alas desesperadamente como si no supiera lo que iba a ocurrir. «Eres un verdadero comediante», le decía riñéndolo. Le frotaba el plato de la jaula, lo espolvoreaba de arena limpia, llenaba de alpiste y de agua los recipientes, ponía entre los barrotes unas hojas de pamplina y medio chile. Y estoy segura de que él comprendía y sabía apreciar cada detalle de esta ceremonia. ¿Comprendes? Era, de natural, de una pulcritud exquisita. En su percha jamás había una mancha. Y sólo viendo cómo disfrutaba bañándose se comprendía que su gran debilidad era la limpieza. Lo que yo ponía por último en la jaula era el envase en que se bañaba. Y al momento se metía en él. Primero sacudía un ala, luego la otra, después zambullía la cabeza y se remojaba las plumas del pecho. Toda la cocina se iba salpicando de gotas de agua, pero él no quería salir del baño. Yo solía decirle: «Es más que suficiente. Lo que quieres ahora es que te miren». Y por fin, de un salto, salía del agua, y sosteniéndose con una pata se secaba con el pico, y al terminar se sacudía, movía las alas, ensayaba un gorjeo y levantando la cabeza... ¡Oh! No puedo ni siquiera recordarlo. Yo acostumbraba limpiar los cuchillos mientras tanto, me parecía que también los cuchillos cantaban a medida que se volvían relucientes.

...Me hacía compañía, ¿comprendes? Eso es lo que me hacía. La compañía más perfecta. Si has vivido sola, sabrás lo inapreciable que eso puede ser. Sin duda tenía también a mis tres muchachos que venían a cenar, y a veces se quedaban en casa leyendo los periódicos. Pero no podía suponer que ellos se interesaran en los detalles de mi vida cotidiana. ¿Por qué se iban a interesar? Yo no significaba nada para ellos: tanto es así, que una noche, en la escalera, oí que, hablando de mí, me llamaban «el adefesio». No importa. No tiene importancia, la más mínima importancia. Lo comprendo bien. Ellos son jóvenes. ¿Por qué me iba a incomodar? Pero me acuerdo de que aquella noche; me consoló pensar que no estaba sola del todo. En cuanto los muchachos salieron, le dije a mi canario: «¿Sabes cómo la llaman a tu señora?». Y él ladeó la cabeza, y me miró con su ojito reluciente, de tal forma que tuve que reírme. Parecía como si le hubiese divertido aquello.

...¿Has tenido pájaros alguna vez?... Si no has tenido nunca, quizá todo esto te parezca exagerado. La gente cree que los pájaros no tienen corazón, que son fríos, distintos de los perros y los gatos. Mi lavandera solía decirme cuando venía los lunes: «¿Por qué no tiene un foxterrier bonito? No consuela ni acompaña un canario». No es verdad, estoy segura. Me acuerdo de una noche que había tenido un sueño espantoso (a veces los sueños son terriblemente crueles) y, como que al cabo de un rato de haberme despertado no conseguía tranquilizarme, me puse la bata y bajé a la cocina para beber un vaso de agua. Era una noche de invierno y llovía mucho. Supongo que aún estaba medio dormida; pero, a través de la ventana sin postigo, me parecía que la oscuridad me miraba, me espiaba. Y de pronto sentí que era insoportable no tener a nadie a quien poder decir: «He soñado un sueño horrible» o «Protégeme de la oscuridad». Estaba tan asustada, que incluso me tapé un momento la cara con las manos. Y luego oí un débil «¡Tui—tuí!». La jaula estaba en la mesa, y el paño que la cubría había resbalado de forma que le entraba una rayita de luz. «¡Tui—tuí!», volvía a llamar mi pequeño y querido compañero, como si dijera dulcemente: «Aquí estoy, señora mía: aquí estoy». Aquello fue tan consolador que casi me eché a llorar.

...Pero ahora se ha ido. Nunca más tendré otro pájaro, otro ser querido. ¿Cómo podría tenerlo? Cuando lo encontré tendido en la jaula, con los ojos empañados y las patitas retorcidas, cuando comprendí que nunca más lo oiría cantar, me pareció que algo moría en mí. Me sentí un vacío en el corazón

como si fuera la jaula de mi canario. Me iré resignando, seguramente tengo que acostumbrarme. Con el tiempo todo pasa, y la gente dice que yo tengo un carácter jovial. Tienen razón. Doy gracias a Dios por habérmelo dado.

Sin embargo, a pesar de que no soy melancólica y de que no suelo dejarme llevar por los recuerdos y la tristeza, reconozco que hay algo triste en la vida. Es difícil definir lo que es. No hablo del dolor que todos conocemos, como son la enfermedad, la pobreza y la muerte, no, es otra cosa distinta. Está en nosotros. Es una cosa muy profunda que forma parte de nuestro ser... como nuestra respiración. Aunque trabaje mucho y me canse, no tengo más que detenerme para saber que ahí está esperándome. A menudo me pregunto si todo el mundo siente eso mismo. ¿Quién lo puede saber? Pero ¿no es asombroso que, en su canto dulce y alegre, era esa tristeza, ese no sé qué lo que yo sentía?

LA LECCIÓN DE CANTO

Desesperada, con una desesperación gélida e hiriente que se clavaba en el corazón como una navaja traidora, la señorita Meadows, con toga y birrete y portando una pequeña batuta, avanzó rápidamente por los fríos pasillos que conducían a la sala de música. Niñas de todas las edades, sonrosadas a causa del aire fresco, y alborotadas con la alegre excitación que produce llegar corriendo a la escuela una espléndida mañana de otoño, pasaban corriendo, precipitadas, empujándose; desde el fondo de las aulas llegaba el ávido resonar de las voces; sonó una campana, una voz que parecía la de un pajarillo llamó: «Muriel». Y luego se oyó un tremendo golpe en la escalera, seguido de un clong, clong, clong. Alguien había dejado caer las pesas de gimnasia.

La profesora de ciencias interceptó a la señorita Meadows.

—Buenos días —exclamó con su pronunciación afectada y dulzona—. ¡Qué frío!, ¿verdad? Parece que estamos en invierno.

Pero la señorita Meadows, herida como estaba por aquel puñal traicionero, contempló con odio a la profesora de ciencias. Todo en aquella mujer era almibarado, pálido, meloso. No le hubiera sorprendido lo más mínimo ver a una abeja prendida en la maraña de su pelo rubio.

—Hace un frío que pela —respondió la señorita Meadows, taciturna.

La otra le dirigió una de sus sonrisas dulzonas.

—Pues tú parece que estás helada —dijo. Sus ojos azules se abrieron enormemente, y en ellos apareció un destello burlón. (¿Se habría dado cuenta de algo?)

—No, no tanto —respondió la señorita Meadows, dirigiendo a la profesora de ciencias, en réplica a su sonrisa, una rápida mueca, y prosiguiendo su camino...

Las clases de cuarto, quinto y sexto estaban reunidas en la sala de música. La algarabía que armaban era ensordecedora. En la tarima, junto al piano,

estaba Mary Beazley, la preferida de la señorita Meadows, que tocaba los acompañamientos. Estaba girando el atril cuando descubrió a la señorita Meadows y gritó un fuerte «Ssshhhh! ¡chicas!», mientras la señorita Meadows, con las manos metidas en las mangas de la toga, y la batuta bajo el brazo, bajaba por el pasillo central, subía los peldaños de la tarima, se giraba bruscamente, tomaba el atril de latón, lo plantificaba frente a ella, y daba dos golpes secos con la batuta pidiendo silencio.

—¡Silencio, por favor! ¡Cállense ahora mismo! —Y, sin mirar a nadie en particular, paseó su mirada por aquel mar de variopintas blusas de franela, de relucientes y sonrosadas manos y caras, de lacitos en el pelo que se estremecían cual mariposas, y libros de música abiertos. Sabía perfectamente lo que estaban pensando. «La Meady está de malas pulgas.» ¡Muy bien, que pensasen lo que les viniese en gana! Sus pestañas parpadearon; echó la cabeza atrás, desafiándolas. ¿Qué podían importar los pensamientos de aquellas criaturas a alguien que estaba mortalmente herida, con una navaja clavada en el corazón, en el corazón, a causa de aquella carta...?

«Cada vez presiento con mayor nitidez que nuestro matrimonio sería un error. Y no es que no te quiera. Te quiero con todas las fuerzas con las que soy capaz de amar a una mujer, pero, a decir verdad, he llegado a la conclusión de que no tengo vocación de hombre casado, y la idea de formar un hogar no hace mas que...» y la palabra «~~repugnarme~~» estaba tachada y en su lugar había escrito «apesadumbrarme».

¡Basil! La señorita Meadows se acercó al piano. Y Mary Beazley, que había estado esperando aquel instante, hizo una inclinación; sus rizos le cayeron sobre las mejillas mientras susurraba:

—Buenos días, señorita Meadows. —Y, más que darle, le ofrendaba un maravilloso crisantemo amarillo. Aquel pequeño rito de la flor se repetía desde hacía mucho tiempo, al menos un trimestre y medio. Y ya formaba parte de la lección con la misma entidad, por ejemplo, que abrir el piano. Pero aquella mañana, en lugar de tomarlo, en lugar de ponérselo en el cinto mientras se inclinaba junto a Mary y decía: «Gracias, Mary. ¡Qué maravilla! Busca la página treinta y dos», el horror de Mary no tuvo límites cuando la señorita Meadows ignoró totalmente el crisantemo, no respondió a su saludo, y dijo con voz gélida:

—Página catorce, por favor, y marca bien los acentos.

¡Qué momento de confusión! Mary se ruborizó hasta que lágrimas le asomaron a los ojos, pero la señorita Meadows había vuelto junto al atril, y su voz resonó por toda la sala:

—Página catorce. Vamos a empezar por la página catorce. Un lamento. A ver, niñas, ya deberían saberlo de memoria. Vamos a cantarlo todas juntas, no por partes, sino todo seguido. Y sin expresión. Quiero que lo canten sencillamente, marcando el compás con la mano izquierda.

Levantó la batuta y dio dos golpecitos en el atril. Y Mary atacó los acordes iniciales; y todas las manos izquierdas se pusieron a oscilar en el aire, y aquellas vocecillas chillonas, juveniles, empezaron a cantar lóbregamente:

¡Presto! Oh cuán presto marchitan las rosas del placer; qué pronto cede el otoño ante el lóbrego invierno.

¡Fugaz! Qué fugaz la musical alegría se quiere volver alejándose del oído que la sigue con arrebatos tiernos.

¡Dios mío, no había nada más trágico que aquel lamento! Cada nota era un suspiro, un sollozo, un gemido de incomparable dolor. La señorita Meadows levantó los brazos dentro de la amplia toga y empezó a dirigir con ambas manos. «...Cada vez presiento con mayor nitidez que nuestro matrimonio sería un error...», marcó. Y las voces cantaron lastimeramente: *¡Fugaz! Qué fugaz...* ¡Cómo se le podía haber ocurrido escribir aquella carta! ¿Qué lo podía haber inducido a ello? No tenía ninguna razón de ser. Su última carta había estado exclusivamente dedicada a la compra de unos anaqueles en roble curado al humo para «nuestros» libros, y una «preciosa mesita de recibidor» que había visto, «un mueblecito precioso con un búho tallado, que estaba sobre una rama y sostenía en las garras tres cepillos para los sombreros». ¡Cómo la había hecho sonreír aquella descripción! ¡Era tan típico de un hombre pensar que se necesitaban tres cepillos para los sombreros! *La sigue con arrebatos tiernos...*, cantaban las voces.

—Otra vez —dijo la señorita Meadows—. Pero ahora vamos a cantarla por partes. Todavía sin expresión.

—*¡Presto! Oh cuán presto...* —con la añadidura de la voz triste de los contraltos, era imposible evitar un estremecimiento— *marchitan las rosas del placer.* —La última vez que Basil había ido a verla llevaba una rosa en el

ojal. ¡Qué apuesto estaba con aquel traje azul y la rosa roja! Y el muy pícaro lo sabía. No podía no saberlo. Primero se había alisado el pelo, luego se atusó el bigote; y cuando sonreía sus dientes eran perlas.

—La esposa del director del colegio siempre me está invitando a cenar. Es de lo más engorroso. Nunca consigo tener una tarde para mí en esa escuela.

—¿Y no puedes rechazar la invitación?

—Verás, una persona en mi posición debe procurar ser popular.

—...*la musical alegría se quiere volver* —atronaban las voces. Tras los altos y estrechos ventanales los sauces eran mecidos por el viento. Ya habían perdido la mitad de las hojas. Las que quedaban se agarraban, retorcidas como peces atrapados en el anzuelo. «...No tengo vocación de hombre casado... » Las voces habían cesado; el piano esperaba.

—No está mal —dijo la señorita Meadows, pero todavía en un tono tan extraño y lapidario que las niñas más jóvenes empezaron a sentirse asustadas—. Pero ahora que lo saben, tenemos que cantarlo con expresión. Con toda la expresividad de la que sean capaces. Piensen en la letra, niñas. Empleen la imaginación. ¡*Presto! Oh cuán presto...* —entonó la señorita Meadows—. Esto es lo que debe ser un lamento, algo fuerte, recio, un forte. Y luego, en la segunda línea, cuando dice el *lóbrego invierno*, que ese *lóbrego* sea como si un viento helado soprase por él. ¡*Ló-bre-go!* —cantó en un tono tan lastimero que Mary Beazley, frente al piano, sintió un escalofrío—. Y la tercera línea debe ser un crescendo. ¡*Fugaz! Qué fugaz la musical alegría se quiere volver.* Que se rompe con la primera palabra de la última línea, *alejándose*. Y al llegar a del oído ya tienen que empezar a apagarse, a morir..., hasta que *arrebato tierno* no sea más que un débil susurro... En la última línea pueden demorarse cuanto quieran. Vamos a ver.

Y de nuevo los dos golpecitos; y los brazos levantados.

—¡*Presto! Oh cuán presto...* —«... y la idea de formar un hogar no hace más que repugnarme». Repugnarme, eso era lo que había escrito. Aquello equivalía a decir que su compromiso quedaba roto para siempre. ¡Roto! ¡Su compromiso! La gente ya se había mostrado bastante sorprendida de que estuviese prometida. La profesora de ciencias al principio no le creyó. Pero quizá la más sorprendida había sido ella misma. Tenía treinta años. Basil veinticinco. Había sido un milagro, un puro milagro, oírle decir, mientras

paseaban hacia su casa volviendo de la iglesia aquella noche oscura: «¿Sabes?, no sé exactamente cómo, pero te he tomado cariño». Y le había cogido un extremo de la boa de plumas de avestruz— *que la sigue con arrebatos tiernos*.

—¡A repetirlo, a repetirlo! —exclamó la señorita Meadows—. ¡Un poco más de expresión, muchachas! ¡Una vez más!

—¡Presto! *Oh cuán presto...* —Las chicas mayores ya tenían el rostro congestionado; algunas de las pequeñas empezaron a sollozar. Grandes salpicaduras de lluvia cayeron contra los cristales, y se oía el murmullo de los sauces, «y no es que no te quiera...».

«Pero, querido, si me amas —pensó la señorita Meadows— no me importa que sea mucho o poco, con tal de que sea algo.» Pero sabía que en realidad él no la quería. ¡Que no se hubiera preocupado por borrar bien aquel «repugnarme» para que ella no lo pudiese leer!

—*Qué pronto cede el otoño ante el lóbrego invierno.*

Y también tendría que abandonar la escuela. Nunca más podría soportar la cara de la profesora de ciencias o de las alumnas una vez se supiese. Tendría que desaparecer, irse a otro lugar.

—*Alejándose del oído...* —Las voces empezaron a agonizar, a morir, a desvanecerse... en un susurro...

De pronto se abrió la puerta. Una niña pequeña, vestida de azul, avanzó con aire remilgado por el pasillo, moviendo la cabeza, mordiéndose los labios, y dando vueltas a la pulserita de plata que llevaba en la muñeca. Subió los peldaños y se detuvo ante la señorita Meadows.

—¿Qué sucede, Mónica?

—Señorita Meadows —dijo la niña tartamudeando—, la señorita Wyatt dice que desea verla en la sala de profesoras.

—De acuerdo —respondió la profesora. Y llamó la atención de las muchachas—: Confío por el propio bien de ustedes que sabrán comportarse y no hablar fuerte mientras salgo un momento. —Pero estaban demasiado espantadas para alborotar. La gran mayoría se estaba sonando.

Los pasillos estaban silenciosos y fríos; y resonaban con los pasos de la señorita Meadows. La directora estaba sentada a su mesa. Tardó unos

segundos en mirarla. Como de costumbre, estaba desenredándose las gafas que se le habían enganchado en la corbata de puntillas.

—Siéntese, señorita Meadows —dijo muy amablemente. Y tomó un sobre rosado que se hallaba sobre el secante del escritorio—. Le he hecho avisar en mitad de la clase porque acaba de llegar este telegrama para usted.

—¿Un telegrama para mí, señorita Wyatt?

¡Basil! ¡Basil se había suicidado!, decidió la señorita Meadows. Alargó la mano pero la señorita Wyatt retuvo el telegrama un instante.

—Espero que no sean malas noticias —dijo, con forzada amabilidad. Y la señorita Meadows lo abrió precipitadamente.

«No hagas caso carta, debí estar loco, hoy compré mesita sombrerero. Basil», leyó. No podía apartar los ojos del telegrama.

—Espero que no sea nada grave —dijo la señorita Wyatt inclinándose hacia adelante.

—Oh, no, no. Muchas gracias, señorita Wyatt —replicó la señorita Meadows ruborizándose. No es nada grave. Es... —dijo con una risita de disculpa—, es de mi prometido anunciándome que... que... —se produjo un silencio.

—Ya entiendo —dijo la señorita Wyatt. Hubo otro silencio. Y añadió—: Todavía le quedan quince minutos de clase, señorita Meadows, si no me equivoco.

—Sí, señorita Wyatt —dijo, levantándose. Y casi salió corriendo hacia la puerta.

—Ah, un instante, señorita Meadows —dijo la directora—. Debo recordarle que no me gusta que las profesoras reciban telegramas en horas de clase, a menos que sea por motivos muy graves, la muerte de un familiar —explicó la señorita Wyatt—, un accidente muy grave, o algo así. Las buenas noticias, señorita Meadows, siempre pueden esperar.

En alas de la esperanza, el amor, la alegría, la señorita Meadows se apresuró a regresar a la sala de música, bajando por el pasillo, subiendo a la tarima y acercándose al piano.

—Página treinta y dos, Mary —dijo—, página treinta y dos. —Y tomando aquel amarillísimo crisantemo se lo llevó a los labios para ocultar su sonrisa.

Luego se volvió a las chicas y dio unos golpecitos con la batuta—: Página treinta y dos, niñas, página treinta y dos.

Venimos aquí hoy de flores coronadas, con canastillas de frutas y de cintas adornadas, para así felicitar...

—¡Basta, basta! —exclamó la señorita Meadows—. Esto es terrible, horroroso. —Y sonrió a las muchachas—. ¿Qué demonios les pasa hoy? Piensen, piensen un poco en lo que cantan. Empleen la imaginación. *De flores coronadas, Canastillas de frutas y de cintas adornadas. Y para felicitar* —exhaló la señorita Meadows—. No pongan esa cara tan triste, niñas. Tiene que ser una canción cálida, alegre, placentera. *Para felicitar. Una vez más. Venga, aprisa. Todas juntas ¡Ahora!*

Y esta vez la voz de la señorita Meadows se levantó por encima de todas las demás, matizada, brillante, llena de expresividad.